

CLAUDE JULIEN

La Revolución Cubana

Traducción de Mario Trajtenberg

Título original: La Révolution Cubaine

Copyright 1961 by René Julliard
Primera edición en español, 1961
Todos los derechos reservados.

PRINTED IN URUGUAY

Ediciones MARCHA
MONTEVIDEO

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
<http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm>

071231 107 Jul

Claude Julien, nacido en 1925, es redactor diplomático del diario francés "Le Monde" y dirige su Servicio de Política Extranjera. Especializado de larga data en asuntos americanos, se ha vuelto uno de los mejores expertos franceses en dicho tema y fue muy elogiado por un vasto estudio en dos volúmenes sobre Estados Unidos: *Le nouveau Nouveau-Monde*.

Este libro es el único que hasta la fecha da una visión completa, objetiva y actual del proceso revolucionario cubano. Claude Julien es uno de los pocos periodistas que ha estado en Cuba antes y después del triunfo de Fidel Castro; su experiencia directa le permite aquilatar en toda su dimensión un acontecimiento clave en la historia de América Latina, y contestar a las preguntas cruciales: ¿Cuál es el significado histórico de la revolución fidelista? ¿Cómo reaccionará Estados Unidos ante un proceso que conmueve su posición tradicional en Latinoamérica? ¿Podrá mantener su originalidad la revolución cubana ante el apoyo soviético?

**PROLOGO A
LA EDICION
FRANCESA**

Luego de suscitar mucho entusiasmo, la revolución cubana provoca ahora apasionadas polémicas: ¿Es comunista Fidel Castro? ¿Aporta un factor de guerra a esta América Latina que fue tanto tiempo "coto reservado" de los Estados Unidos? ¿Es su régimen un peón que Moscú consiguió introducir en el corazón de Occidente?

Especialista en cuestiones norteamericanas de LE MONDE, Claude Julien conoce bien esta isla cinco veces más grande que Bélgica pero menos poblada. Para Estados Unidos, era un bastión de vigilancia sobre el canal de Panamá. Por sus inmensas plantaciones de caña, es el "azucarero del mundo". Para sus seis millones y medio de habitantes, fue una madriguera de dictadores y gobernantes corrompidos cuyos crímenes increíbles cuenta este libro. El autor recorrió el país cuando estaba bajo el puño de hierro de Batista. Lo volvió a visitar cuando los jóvenes barbudos llegaron al poder. Relata aquí los aspectos desconocidos de esa aventura y se esfuerza por responder a una pregunta: ¿Ha reemplazado Fidel Castro una tiranía por otra dictadura?

Luego, al analizar el implacable juego de Moscú y Washington con Cuba, plantea problemas que importan no sólo a una pequeña isla del Caribe, sino al porvenir de todos los países subdesarrollados y a la paz del mundo.

UN EXTRAÑO PROCESO

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
<http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm>

“Acá, en esta tiniebla, precedido de sangre en nuestra historia como en la naturaleza, ya nos parece divisar el día.”

JOSE MARTI

10 de octubre de 1887

EN esta ciudad coqueta y apacible, acurrucada entre la sierra y el mar, se desarrolla un extraño proceso. Desde la primera sesión, el lunes, un centenar de soldados armados invade el tribunal. ¿Son tan peligrosos los acusados? Todos parecen muy jóvenes. Al primer vistazo, se dividen netamente en dos grupos. Unos, con aparente buena fe, niegan todo lo que se les reprocha. Los otros, por el contrario, reivindicando orgullosamente los hechos de que hoy se los acusa. Agregan que sus compañeros nada tienen que ver con el asunto.

Uno de los acusados parece dominar a sus camaradas. Tiene veintiséis años, se arrebata en cuanto abre la boca y sin embargo, hasta en sus explosiones más violentas, sigue una línea lógica que, en varios momentos, irrita visiblemente a sus jueces. Durante la primera audiencia es interrogado por espacio de dos horas. Responde sin adular al tribunal. Sí, tomó las armas contra el gobierno. ¿Por qué? Porque ese gobierno está compuesto por “una banda de políticos corrompidos y despreciables”.

Pero, ante la acusación de haber recibido de fuente sospecha un millón de dólares para llevar a cabo sus planes, se indigna: “Con orgullo, declaro que, de acuerdo con nuestros principios, no hemos pedido ni un centavo. Quienes aportaron fondos lo hicieron con inigualado espíritu de sacrificio. Por ejemplo Elpidio Sosa, que abandonó su

trabajo y vino a nosotros con trescientos pesos para la causa; Fernando Chenard, que vendió el equipo fotográfico con el que se ganaba la vida; Pedro Marrero, que nos dio varios meses de su salario y a quien impedí vender los muebles de su casa; Oscar Alcalde, que vendió su laboratorio farmacéutico, y Jesús Montané, que nos dio sus cinco años de ahorros, y así muchos otros; cada uno daba lo poco que tenía..."

Es preciso que una gran pasión haya impulsado a esos jóvenes para que se rebelaran con tanto orgullo contra el orden establecido. El mundo recién comienza a descubrir que, una vez más, se ha abatido sobre Cuba una terrible dictadura. Los hombres que se adueñaron del mando hablan muy alto y muy fuerte. Hablan de democracia, de progreso, de justicia... Y lo que dicen halla eco favorable en el extranjero. Pero aquellos jóvenes están sentados en el banquillo de los acusados por haber proclamado una verdad que quieren hacer pública. ¿Tienen alguna posibilidad de lograrlo? Sus rostros respiran franqueza y sinceridad. Pero ¿no se habrán dejado engañar por aprovechadores siempre dispuestos a explotar el entusiasmo de la juventud?

En todo caso el fiscal está resuelto a hacerlos condenar rápidamente. Luego de su arresto, se prohibió toda comunicación entre los inculcados. Y sin embargo, los que reivindicaban la plena responsabilidad de sus actos adoptan el mismo sistema de defensa. ¿Habían previsto el fracaso de su complot, y habían concertado antes la táctica a seguir? Entonces podría pensarse que disponen de poderoso apoyo en el extranjero y que se les prodigaron juiciosos consejos.

Estos muchachones imberbes tienen algo un poco inquietante en su actitud. Parecen hacer lo posible para que les den la pena máxima. Al terminar la primera audiencia, el jefe del grupo obtiene del tribunal autorización para sentarse en el banco de los abogados de la defensa. Y de pronto, con relámpagos de iluminado en los ojos, comienza a

denunciar "las viles y cobardes calumnias" con que abruma la propaganda a sus amigos. Quiere "revelar con pruebas indiscutibles los crímenes espantosos y repugnantes" de quienes se han adueñado ilegalmente del poder. Quiere "denunciar ante la nación y ante el mundo la desgracia del pueblo cubano, que soporta ahora la más cruel, la más inhumana opresión de su historia".

Al día siguiente, martes, diez testigos desfilan por la barra. Los acusados hacen valer su derecho de contra-interrogarlos. Y así los testigos presentados por la acusación aportan hechos nuevos, relatos de crimen y pillaje, que los inculcados agregan al expediente contra el régimen. De esa masa de hechos se desprende una conclusión irrefutable: el golpe de fuerza que, dieciocho meses antes, permitió a un grupo de hombres hacerse del poder, simplemente reemplazó un gobierno detestado por una banda de aventureros sin escrúpulo.

Aún deben comparecer trescientos testigos. Si la prensa informa sobre sus declaraciones, quedará desprestigiado el equipo nuevo que reina en Cuba. Se hace urgente desviar el curso del proceso.

Y, quiérase o no, la táctica elaborada a ese objeto viene a confirmar las declaraciones de los acusados, ya apoyadas sobre la deposición de los primeros testigos.

La noche anterior a la tercera audiencia, dos médicos de la cárcel se presentan en la celda del principal acusado, cuyo nombre no suscita emoción alguna en el país. Se entabla un diálogo asombroso:

—Venimos a hacerte un reconocimiento — dicen los médicos.

—Y ¿quién se preocupa tanto por mi salud?

—Hemos recibido órdenes. Un oficial nos ha transmitido las consignas del gobierno. Parece que tu actitud en el proceso perjudica mucho al gobierno. Nos encomendaron firmar un certificado de que no estás en capacidad de participar en las demás audiencias... Pero — agregan luego

de un silencio embarazado — no podemos prestarnos alegremente a semejante maniobra. Estamos dispuestos a presentar renuncia, sean cuales fueren las consecuencias. Dejamos el asunto en tus manos. Elige. Obraremos como digas...

El prisionero vacila. El gesto de los médicos le ofrece una posibilidad inesperada. Puede incitarlos a desobedecer. Las sanciones que reciban contribuirán a hacer estallar el escándalo. Pero contesta simplemente:

—Vds. sabrán cuál es su deber; yo sé cuál es el mío.

Los médicos dejan la celda y firman un certificado de que el joven prisionero está enfermo. Este no comparecerá en las audiencias siguientes. Durante la noche, escribe una carta que logra hacer llegar a uno de sus compañeros, un joven llamada Melba Hernández. El tribunal no sesiona el miércoles, el jueves ni el viernes. Pero el sábado, en la tercera audiencia, la carta es leída ante los jueces.

El domingo, dos médicos designados por el tribunal examinan al acusado y lo declaran en perfecto estado de salud. Sin embargo, contra las repetidas órdenes de la corte, el proceso continúa sin él. A despecho de todas las proclamas oficiales, el régimen debe sentirse muy débil para falsear así el funcionamiento de la justicia. El proceso trucado termina en la condena de los acusados, que son conducidos inmediatamente al presidio de Isla de Pinos.

Pero falta enjuiciar al jefe del grupo, ese joven que parece inquietar tanto a las autoridades. Tres semanas después se lo transporta al hospital civil donde será juzgado en secreto. Sin embargo se permite asistir al extraño procedimiento a dos periodistas, que taquigrafían los debates. Aunque está solo frente a sus jueces, el acusado no ha perdido nada de su fogosa elocuencia. Su abogado sólo ha podido entrevistarle durante diez minutos, en presencia de un policía militar. El prisionero lo recusa y decide asumir su propia defensa.

Contra él, el procurador se contenta con leer el artículo 148 del Código y pedir la pena de veintiséis años de pri-

sión. La acusación no ha durado más de dos minutos. El discurso del acusado durará horas. Cada vez más pasmados, los dos periodistas presentes registran palabra por palabra esa asombrosa defensa que se convierte en una violenta requisitoria contra el régimen. Ningún diario publica la transcripción, porque ya no hay libertad de prensa en Cuba.

Pero ese texto se imprime clandestinamente y circula en secreto de un extremo a otro de la isla. Su lectura muestra claramente que el joven acusado y sus amigos esperaban que su tentativa, en cuanto fuera conocida, provocaría un levantamiento popular que barrería con los gobernantes. Se equivocaron de medio a medio. Su tentativa fracasa. La mayoría ha muerto bajo tortura. Los sobrevivientes fueron juzgados como se ha visto. Ahora están internados en el presidio de Isla de Pinos, donde Stevenson había ambientado antes su maravillosa *Isla del tesoro*. Pero ante sus jueces, en aquella pícota de hospital, fuera de la vista del público, su jefe ha expresado una sed de verdad y justicia. Estos jóvenes no se batían por sí mismos sino por el pueblo de Cuba, ese pueblo que, paralizado por el temor, no respondió a la esperanza.

Sin embargo el acusado de veintiséis años declara, ante sus incómodos jueces, lo que es ese pueblo de quien se niega a dudar. Pensando en él, dice, es que corrimos el riesgo. Y traza este cuadro sorprendente:

"700.000 cubanos que están sin trabajo deseando ganarse el pan honradamente sin tener que emigrar de su patria en busca de sustento;

"500.000 obreros del campo que habitan en los bohíos miserables, que trabajan cuatro meses al año y pasan hambre el resto compartiendo con sus hijos la miseria, que no tienen una pulgada de tierra para sembrar y cuya existencia debiera mover más a compasión si no hubiera tantos corazones de piedra;

"400.000 obreros industriales y braceros cuyos retiros, todos están desfalcados, cuyas conquistas les están arre-

batando, cuyas viviendas son las infernales habitaciones de las cuarterías, cuyos salarios pasan de las manos del patrón a las del garrotero, cuyo futuro es la rebaja y el despido, cuya vida es el trabajo perenne y cuyo descanso es la tumba;

"100.000 agricultores pequeños, que viven y mueren trabajando una tierra que no es suya, contemplándola siempre tristemente como Moisés a la tierra prometida, para morir sin llegar a poseerla, que tienen que pagar por sus parcelas como siervos feudales una parte de sus productos, que no pueden amarla, ni mejorarla, ni embellecerla, plantar un cedro o un naranjo porque ignoran el día que vendrá un alguacil con la guardia rural a decirles que tienen que irse;

"30.000 maestros y profesores tan abnegados, sacrificados y necesarios al destino mejor de las futuras generaciones y que tan mal se les trata y se les paga;

"20.000 pequeños comerciantes abrumados de deudas, arruinados por la crisis y rematados por una plaga de funcionarios filibusteros y venales;

"10.000 profesionales jóvenes: médicos, ingenieros, abogados, veterinarios, pedagogos, dentistas, farmacéuticos, periodistas, pintores, escultores, etc., que salen de las aulas con sus títulos deseosos de lucha y llenos de esperanza para encontrarse en un callejón sin salida, cerradas todas las puertas, sordas al clamor y a la súplica!

"¡Ese es el pueblo", prosigue el acusado, "el que sufre todas las desdichas y es por tanto capaz de pelear con todo el coraje!

"A ese pueblo, cuyos caminos de angustias están empedrados de engaños y falsas promesas, no le íbamos a decir: "te vamos a dar", sino "¡Aquí tienes, lucha ahora con todas tus fuerzas para que sea tuya la libertad y la felicidad!"

*
* *

Algo desconcertados por la diatriba, sin comprender bien la vinculación entre el vehemente discurso y el asunto que juzgaban — el levantamiento armado de un grupo de jóvenes —, los jueces condenan al acusado como lo han hecho con sus compañeros. Envían por quince años al presidio de Isla de Pinos a ese joven de veintiséis, que mientras que el pueblo no ha hecho un solo gesto para ayudarlo en su temeraria empresa, se obstina en proclamar la confianza que en él tiene.

Y he aquí que el discurso circula en las ciudades y pueblos, entre los estudiantes y los obreros, hasta el campo recóndito y en las aldeas más aisladas al fondo de la Sierra Maestra. Suscita los comentarios más apasionados, reanima la esperanza, traza una línea de conducta para los que no se resignan ante la nueva tiranía instaurada en el país. Hace conocer el nombre de ese joven que, el 26 de julio de 1953, fracasó en su tentativa de tomar por sorpresa el fuerte Moncada. Pronunciado el 16 de octubre de 1953 en una salita del hospital de Santiago de Cuba, el discurso recién será conocido algunos meses más tarde. Pero su autor, bajo amnistía, abandona el presidio, se refugia en México y, un buen día de noviembre de 1956, vuelve con ochenta compañeros para liberar el país. Los campesinos, los obreros, los estudiantes recuerdan entonces lo que había dicho tres años atrás ante sus jueces. Supo ganarse así su confianza. Y, esta vez, se levantan ante su llamado para limpiar el país en una de las revoluciones más extrañas del mundo moderno.

Esa revolución no surgió *ex nihilo* en la tierra de Cuba. Fidel Castro supo catalizar sus fuerzas y llevarlas a la victoria. Pero Fidel Castro y ese empuje habían sido segregados como anticuerpos por los regímenes precedentes, con su cortejo de crímenes y mentiras. La copa desbordó con la más odiosa de las tiranías, la de Fulgencio Batista.

LA DICTADURA DE BATISTA

(marzo 1952 — diciembre 1958)

ENTRE LA COLERA Y EL MIEDO

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
<http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm>

“¿Ver el consorcio repugnante de los hijos de los héroes, de los héroes mismos, empuerquecidos en la pereza, y los viciosos importados que (...) ostentan su prosperidad inmunda? ¿Saludar, pedir, sonreír, dar nuestra mano, ver a la caterva que florece sobre nuestra angustia, como las mariposas negras y amarillas que nacen del estiércol de los caminos? ¿Ver un burócrata insolente que pasea su lujo, su carruaje, su dama, ante el pensador augusto que va a pie a su lado, sin tener de seguro dónde buscar en su propia tierra el pan para su casa? ¿Ver en el bochorno a los ilustres, en el desamparo a los honrados, en complicidades vergonzosas al talento, en compañía impura a las mujeres, sin los frutos de su suelo al campesino, que tiene que ceder al soldado que mañana lo ha de perseguir, hasta el cultivo de sus propias cañas? ¿Ver a un pueblo entero, a nuestro pueblo, en quien el juicio llega hoy a donde llegó ayer el valor, deshonorarse con la cobardía o el disimulo?...”

JOSE MARTI

10 de octubre de 1887

I

EL DICTADOR

EN la primavera de 1958, meses antes de la victoria de Fidel Castro, Cuba vive en el terror. Una ley del 18 de abril castiga con tres meses a un año de cárcel, y 500 a 5.000 dólares de multa, a quien propague noticias falsas. Se considera falsa toda información desfavorable al régimen. La ley rige también para visitantes extranjeros, periodistas inclusive. ¿Quién es ese hombre contra quien se levanta un puñado de guerrilleros barbudos en la Sierra Maestra?

Pequeño, de mirada viva, nariz chata y labios abultados, Batista respira fuerza e inteligencia: mandíbula amplia, frente ancha. Su primer destello de genio data del 4 de setiembre de 1933. Sargento taquígrafo, oscuro engranaje del estado mayor, descubre la vaguedad del poder civil y militar y mide las posibilidades abiertas a la habilidad y la voluntad.

El periodista Sergio Carbó, luego director de *Prensa Libre*, le arranca los galones de sargento y fija en sus hombros las estrellas de coronel. El ejército, carente de jefes de valor, se adhiere a este desconocido. En todos los cuarteles

del país, los coroneles y generales son sustituidos por cabos y sargentos. Oficialmente gobierna la Pentarquía, que incluye a Sergio Carbó. De hecho, el poder está en manos del "coronel" Batista.

Es cierto que reprime brutalmente la huelga de marzo de 1935. Pero no parece en absoluto un dictador feroz, ebrio de poder y sediento de sangre. Casi inculto, se esfuerza por adquirir un barniz de conocimientos. Aprende inglés, devora los libros que caen en sus manos. Respeta la inteligencia, cree que el orden es perfectamente compatible con la libertad. Tiene un ideal democrático bastante sentimental, que desearía imbuir de un contenido racional. Algunos afirman que ese hombre de estado que parece tan seguro de sí mismo es un blando, roído por complejos de inferioridad. Una noche, al salir de una gran comida, lleva cerca de la ventana a un invitado suyo, profesor universitario, y tímidamente le tiende un papel diciéndole: "Desearía que me diera su opinión sobre esto". Es un poema compuesto en honor de la que ha hecho primera dama del régimen.

LAS LEYES DE LA CORRUPCION

En 1944 prueba sus aspiraciones democráticas, de las que sería simplista dudar. Organiza elecciones. Ante la sorpresa general, son libres. Y, tal como es norma en esas regiones, la libertad de sufragio da la victoria a la oposición.

Batista podría resistir: tiene consigo al ejército y la policía. Pero se inclina ante el veredicto popular y se va a Florida. Si su carrera política hubiera terminado allí, Batista, sin aparecer como un arcángel de virtud, no hubiera llegado a ser un hombre odiado y temido. El pueblo cubano hasta le guardaría cierto reconocimiento.

Porque, después de su partida, no todo va bien en el mejor de los mundos. El presidente electo, Ramón Grau

San Martín, olvida pronto sus promesas electorales. Bajo su mandato, de 1944 a 1948, el tesoro público es sometido una vez más a un pillaje sistemático. Dado que ningún partido permanece largo tiempo en el poder, sus miembros deben enriquecerse *rápido*. El Ministro de Instrucción Pública, José Manuel Alemán, llega un día por avión a Miami: los aduaneros se llevan la sorpresa de encontrar en su valija 20 millones de dólares, en billetes norteamericanos. Y, como nada se opone a la importación de dólares a EE. UU., lo dejan pasar.

Las estrellas de segundo rango no son las únicas que aprovechan la situación. El presidente Ramón Grau San Martín continúa una antigua tradición, sólidamente implantada bajo la colonización española, reforzada cuando Cuba fue sometida a la ocupación militar norteamericana (1906-1909), mantenida después con igual felicidad. Y, luego de expirar su mandato, es perseguido por la sustracción de 174 millones de dólares. El proceso se entabla a oficio bajo la presidencia de Carlos Prío Socarrás, que pertenece también al Partido Revolucionario Auténtico. El expediente será "robado" dos veces, y otras tantas reconstruido. Pero es significativo que, luego de su vuelta al poder, Batista haya hecho sobreeser el caso en favor de Grau San Martín . . .

UN SUICIDIO TEATRAL

En este sombrío anecdotario, ¿dónde residen el derecho y la justicia? Bajo el sol de los trópicos, el sueño de una fortuna rápida ronda en muchas conciencias, no todas cubanas . . . Las empresas extranjeras hallan su parte de ganancia, sin hablar de los dignatarios del régimen. El propio cubano mira con cierto respeto al hombre que ha sabido acaparar los dineros públicos. Carlos Prío reemplaza a Grau San Martín en la presidencia, y el robo sigue siendo

regla de oro para quienes detentan el poder político.

Un líder de la oposición, Eduardo Chibás, ataca a Aureliano Sánchez Arango, ministro de Instrucción Pública y sin duda uno de los hombres menos vulnerables del régimen. Promete aportar prueba de sus acusaciones la semana siguiente. Pero, llegado el día, Chibás tartamudea ante su auditorio, que patatea de impaciencia. Reconociendo que carecía de pruebas, encuentra una sola salida: el suicidio. ¿Deseo de expiación? ¿Gusto por el teatro? Las opiniones difieren. Lo cierto es que ya lo había intentado. Ante el micrófono, se descerraja una bala en el vientre. Durante su larga agonía, la multitud reza y enciende cirios frente a la clínica donde está internado. Pero no hay milagro.

Eduardo Chibás muere (*). Ya no hay freno para el partido dirigente. ¿Alimenta Batista, por ese entonces, el deseo de volver al mando? ¿O cede a la presión del ejército? Este ha recibido numerosas humillaciones en tiempos de Grau San Martín, muy aficionado a un jueguito bastante curioso. Invitaba a oficiales del ejército a una suntuosa comida al volver a su casa, éstos encontraban una carta de licenciamiento firmada por el presidente . . . Bajo Carlos Prío el ejército tiene una suerte muy modesta. Parece verosímil que fuera él quien empujó nuevamente a Batista ante las candilejas.

LA SANGRE INOCENTE

Y entonces, sin derramamiento de sangre, estalla el golpe de estado del 10 de marzo de 1952, mediante el cual

(*) Su hermano Raúl era en Nueva York, dos años antes de la caída de Batista, miembro del comité en el exilio del movimiento de Fidel Castro. Al triunfar la revolución presidió los tribunales revolucionarios, luego fue ministro de Agricultura, y en agosto de 1960 rompió con Fidel Castro para volver al exilio.

Batista vuelve al poder. Carlos Prío, de quien dicen algunos ex-partidarios que esa noche estaba ebrio y drogado, sólo piensa en su seguridad personal y huye. Su hermano Antonio, ministro de Finanzas, era conocido como rey del tráfico de drogas. El régimen que se hunde está podrido, pero ni más ni menos que los que lo precedieron durante por lo menos medio siglo.

Algunos enemigos de Batista lo ven como un dictador involuntario. Si es cierto que quería extirpar la corrupción, ¿cómo habría podido derogar tradiciones tan sólidas? ¿Va a reemplazarse un equipo de ladrones por otro? Entonces ¿quién impediría a los militares ejercer en provecho suyo las prácticas que hicieron la fortuna de tantos civiles? Porque el ejército que otorga su confianza a Batista no posee las tradiciones de honor aún vigentes en otros países latinoamericanos. La mayoría de los oficiales, por cierto conservadores pero cuidadosos de su dignidad y dotados de un cierto ideal militar, se habían opuesto en 1933 al primer golpe de estado del sargento Batista (*). La eliminación de las jerarquías tradicionales del ejército dejaba lugar a arribistas cuya promoción dependía no de su talento militar, sino de su sometimiento al nuevo jefe. Así fue cómo el antiguo cuerpo de oficiales fue sustituido por aventureros sin escrúpulos.

Es con el apoyo de esos hombres que Batista vuelve al poder el 10 de marzo de 1952. ¿Serán capaces de asegurar al país una gestión honesta? El robo, en esa extraña sociedad, no es absolutamente intolerable cuando la oposición tiene reconocido el derecho de denunciarlo, porque así alienta la esperanza de poder meter ella también las manos en el tesoro público, algún día. Este derecho, además, salva las apariencias de la legalidad democrática . . .

Pero surge un incidente trágico en la carrera de Ba-

(*) Sobre el papel de los Estados Unidos en este asunto capital, ver pp. 89-90.

tista. En 1953 este hombre, que no tiene necesariamente vocación de verdugo, da orden de dominar una huelga estudiantil. La policía tira. Cae muerto un muchacho. La fatalidad quiere que se llame Rubén Batista. Ningún parentesco lo une a la familia del presidente. Pero éste tiene un hijo con el mismo nombre de pila. ¿Qué pasó en la conciencia del dictador? Lo que se sabe es que la muerte de Rubén Batista marca el comienzo de una implacable represión e instauro en Cuba el reino del terror.

Batista, que indudablemente quería pasar a la historia como el gobernante que hizo avanzar a Cuba por la vía de la democracia, ve derrumbarse su sueño. ¿Cree acaso que la dictadura puede curar los males de la democracia? Cometió el error de tomar el poder por la fuerza, y sólo la fuerza le permite conservarlo para cumplir su ambición. No quiso derramar sangre — lo atestigua la “suavidad” de su golpe de estado en 1952 —, pero la sangre fue derramada y lo seguirá siendo durante varios años por su culpa. La Universidad cierra sus puertas, y no las volverá a abrir hasta la caída de la dictadura. Los estudiantes pasan de la hostilidad verbal a la acción directa. La policía los persigue cada vez más encarnizadamente.

Varias oposiciones se levantan contra Batista: la gente de Prío Socarrás, cuya lucrativa carrera fue interrumpida por el golpe de 1952; todos los que quieren arrimarse al Pacto, los que desean vengar la sangre vertida por Batista, y por fin los que, agrupados en su mayoría junto a Fidel Castro, quieren terminar a la vez con el terror y con la corrupción.

“LIBERTAD O MUERTE”

Para Batista, atormentado por su complejo de culpa, el primer objetivo es hacer frente. Policía y contrapolicía se vuelven el arma esencial del régimen. Se llenan las cárceles;

arrecian las desapariciones, los asesinatos son un hecho cotidiano. Un diplomático europeo no puede dormir porque vive al lado de un recinto policial, desde donde suben noche a noche los aullidos de los torturados. Los monjes de provincias inician una plegaria a la hora en que los jóvenes que serán castrados imploran a sus verdugos. El jefe de policía de Santiago, capital de la provincia de Oriente, practica con sus propias manos la castración de los sospechosos y culpables. En abril de 1958, al salir de las oficinas de *Bohemia*, vi en la vereda cadáveres de muchachos jóvenes que no estaban allí cuando entré; nadie osa tocarlos; la policía los deja expuestos al público, como escarmiento...

Durante breves períodos, aún a principios de 1958, en el deseo evidente de apaciguar, Batista levanta la censura. La prensa entonces publica fotografías de cadáveres espantosamente mutilados. No puedo describir aquí los documentos que vi, o reproducir los detalles que me fueron citados por los testigos más respetables. Ante tal exposición de atrocidades, la embajada de Francia en La Habana juzgó inoportuno difundir los folletos ilustrados sobre la masacre de Melouza.

La rebelión de Fidel Castro suscita rápidamente el entusiasmo de los elementos más puros de la juventud cubana. A pesar de las severas pérdidas que reciben, toman al pie de la letra la divisa de su movimiento: “Libertad o Muerte”. Asistí a una de sus discusiones, luego de fracasar la huelga insurreccional del 9 de abril de 1958. “Sólo nos queda morir”, decían los más exaltados. Y, bajando la cabeza, se arrojaron a estúpidos atentados de donde no volvieron.

“LA JUSTICIA TARDA...”

Todo permite prever que, cuando se derrumbe ese régimen detestado, la venganza será terrible. En 1957, un ex-

policía que se había exilado al caer el presidente Machado (1933) quiso morir en el país natal al sentirse envejecer. Pero en veinticuatro años las familias de sus víctimas no lo habían olvidado. El viejo fue asesinado. Sobre su cadáver un mensaje: *"La justicia tarda pero llega"*. No hay duda de que muchos jefes de la policía y el ejército de Batista aguardan la misma suerte si no huyen a tiempo.

Pero, al comienzo de 1958, para el propio Batista, el problema es otro. Por cierto que su inmensa fortuna le permite escapar y terminar sus días tranquilamente en el extranjero. Sin embargo no quiere capitular públicamente, y busca el medio de salvar las apariencias. El orgullo del antiguo sargento le impide dejar el puesto antes de expirar su mandato. Sabe que puede contar con la policía, que ha desbaratado varios complots, y cree que sus adversarios son demasiado débiles y están demasiado divididos para derribarlo. Ya piensa en organizar un simulacro de elecciones que le permitiría cargar a otro con el pesado fardo.

Mientras tanto la represión se vuelve cada vez más cruel, ciega, estúpida. La policía arresta a tres alumnos del colegio católico La Salle, los tortura y los mata. Días después, la Sra. de Batista (*) va a ver al superior del colegio, donde estudia un hijo suyo. Es, implícitamente, una visita de excusas. Al preguntar el número de alumnos que hay en una clase, el superior le responde dándole una cifra y agrega: "Pero en la clase de su hijo, señora, hay sólo un alumno". El hijo del dictador no tiene compañeros. Y la Sra. Batista murmura "¡Ay! Tiene que defenderse..."

El que tiene que defenderse es su marido, el hombre que se identifica con un régimen atroz y odiado. Un hombre que reina pero ya no gobierna, prisionero de un sistema de terror que creó en todas sus partes.

(*) Martha Fernández Miranda, segunda mujer del dictador, que se había divorciado de su primera mujer Elisa Godínez, madre del joven Rubén, homónimo de la joven víctima de que hablábamos.

Sin embargo fue uno de los primeros que, contra la hostilidad de Washington, reconoció el gobierno de Francia Libre. Su representante en la ONU en los debates sobre Africa del Norte vota por Francia. Lleva la gran cruz de la Legión de Honor. Su fortuna personal se calcula en 300 millones de dólares.

II

GANGSTERS Y VERDUGOS

LUEGO del segundo golpe de Batista, hace aparición en Cuba una fauna algo particular. Elegante, distinguido, con lentes que le dan un aire de profesor, Luis Santos, que posee grandes intereses en varios hoteles de la capital, supervisa las actividades del casino "Sans Souci". Más conocido como Santo Traficante, fue en Estados Unidos rey del juego de números, buscado por la policía neoyorquina para interrogarlo sobre el asesinato del gángster Anastasia, muerto en la peluquería de un hotel de Manhattan.

En el casino del hotel Nacional, que levanta orgulloosamente sobre la bahía su arquitectura colonial, reina un personaje aún más importante: Meyer Lansky, citado en el informe Kefauver como uno de los seis gángsters principales de Estados Unidos. El es quien ha organizado el juego en La Habana para Batista. Lo secunda su inteligente hermano Jake.

Expertos norteamericanos, y otros de menor envergadura, quieren hacer de La Habana la capital del juego en el hemisferio americano. Su apoyo es muy útil para el

régimen de Batista, y los vínculos que tienen con los medios políticos, sumados a una sólida tradición de corruptela, obligarán al futuro gobierno, sea cual sea, a contar con ellos: hay privilegios tan importantes que sus beneficiarios no los abandonan sin librar rudas batallas.

Sus proyectos de expansión son vastos. Por avión, La Habana está a cinco horas de Nueva York y a una hora de Miami; lo que quieren es poner un barco que en tres horas podría traer ciento cincuenta coches de Cayo Hueso. Otro barco alcanzaría la carretera a México a través de Yucatán. También se establecerían comunicaciones rápidas con Haití y Puerto Rico para drenar hacia La Habana el dinero de los jugadores. Sobre todo hay que aumentar el contingente de los 250 mil turistas norteamericanos que aportan a Cuba 38 millones de dólares. Los grandes hoteles empujan sus rascacielos hasta la orilla del mar; Batista prevé ganar terreno al agua, hacerla retroceder para que surjan nuevos palacios y casinos aún más suntuosos.

Tales planes son muy seductores para Batista, para sus amigos, para los miembros de su gobierno, para los gánsters norteamericanos, para los jefes de la policía y el ejército. A fin de llevarlos a cabo, hay que aniquilar a Fidel Castro, apartar la amenaza de desórdenes que, luego del espectacular rapto de Fangio, perjudica gravemente el turismo. De una manera u otra, hay que mantener en el poder a gente "comprensiva" . . .

EL DINERO, CLAVE DEL PODER

Desde su arribo al poder en 1933, el sargento Batista, coronel por autopromoción, descubrió rápido que necesitaba dinero, mucho dinero, para imponer su voluntad al Congreso y el presidente Miguel Mariano Gómez, reciente hechura suya que, hinchado de ingratitud, no se mostraba muy dócil.

Batista tuvo entonces una idea genial: la lotería pública, en vez de semanal, se hizo diaria. Diputados y senadores recibían números gratuitos que les prometían un mañana mejor. Oficialmente se alentaban las loterías clandestinas: había grupos privados que emitían boletos y premiaban los números ganadores de la lotería nacional. Pero las "bolitas", apoyadas por las autoridades, no dejaban de ser ilegales, y la policía de Batista tenía órdenes de perseguir a sus organizadores, o al menos algunos. El sistema permitía fructíferos chantajes. No se podía controlar el monto de la ganancia clandestina confiscada; los policías tenían en ella a la vez un útil complemento para su sueldo y una causa más de apego al régimen.

EL INFIERNO DEL JUEGO

Todo esto permitió acumular innúmeras fortunas y una cantidad por lo menos igual de odios hasta el momento que Batista, en 1944, fue obligado a exilarse en Florida. Allí conoció a Meyer Lansky, se vinculó a él y apreció sus habilidades, que aprovecharía cuando el golpe de 1952 le devolviera el poder. Batista comprobó, con amargura, que en su ausencia la lotería había vuelto a su periodicidad semanal y la fiebre del juego estaba baja otra vez.

Era preciso volver atrás, construir hoteles para atraer a los turistas y casinos para sacarles la plata. Una ley de 1955 autorizó la operación de un casino en todo hotel o *night club* de valor superior al millón de dólares. Se abrieron amplios créditos para la construcción de los palacios, que crecieron como gigantescos hongos. El "Riviera" costó 14 millones de dólares, de los cuales 6 millones fueron otorgados por bancos bajo control del gobierno. El "Hilton", inaugurado a principios de 1958, costó 24 millones, en su mayoría provenientes de un sindicato también bajo con-

trol gubernamental. En el invierno 1957-1958 se construyeron cuatro hoteles de lujo; cada uno, por supuesto, con su casino.

Para abrir un casino hay que pagar una patente de 25.000 dólares, cifra muy baja, a la cual se agrega el 20% de los beneficios. Pero la "coima" multiplica más o menos por diez la patente oficial.

ASUNTOS DE FAMILIA

Eso no es todo. En cada casino, así como en innumerables sitios públicos, las máquinas tragamonedas solicitan al cliente. Relucientes, tintineantes, anónimas, tienen la ventaja de requerir una apuesta muy pequeña. Constituyen el feudo personal de Roberto Fernández Miranda, cuñado de Batista, que también posee el monopolio de los contadores de estacionamiento en la capital. Según un cálculo prudente, el hermano de la Sra. Batista se asegura así una renta anual de 5 a 10 millones de dólares.

También habría que hablar de las carreras de caballos, las riñas de gallos y las muchísimas formas locales de juego de azar y apuestas. Vasta estructura admirablemente pensada, que exigía un personal supervisor altamente calificado . . .

Si los subalternos son cubanos, la "oficialidad" viene de Las Vegas, de Chicago, de Miami, con veinte o treinta años de experiencia en las maletas. Su competencia está por encima de toda sospecha: todo a lo largo de su carrera, han estado bajo vigilancia de la policía norteamericana sin ser jamás atrapados con las manos en la masa. Merecen entera confianza. Y en Cuba no tienen nada que temer. Son los aliados del régimen, la policía tiene interés en velar por ellos. Las leyes sacrosantas del "ambiente" se respetan con todo escrúpulo.

TERROR Y CORRUPCION

Esta importación de maestros del *gambling* pesa mucho en el destino de Cuba. En los Estados Unidos estos sujetos sabían obtener de la policía local indispensables complicidades, pero no eran absolutamente libres, al tener que contar con la incorruptible policía federal (F.B.I.), el Ministerio de Justicia y los servicios de impuesto a la renta. ¿Dónde va a conseguirse una policía cubana incorruptible? ¿Qué policía cubano podrá más que los agentes de J. Edgar Hoover?

Los diarios anuncian en abril de 1958, por comunicado oficial, que la lotería pública, cuyos beneficios van a la Sra. de Batista, ha distribuido en marzo, por concepto de "obras de caridad", la suma de 80.000 dólares . . . La cifra representa una parte mínima del beneficio mensual, pero la diferencia no va al tesoro público. En cuanto a las mencionadas "obras de caridad", nunca se publica su detalle, por razones de comodidad. Pero la lotería es pública, y se conocen aproximadamente sus ganancias. Los casinos la aventajan en el hecho de que es imposible controlar el monto y el destino de los beneficios que producen. La opinión pública no alimenta ninguna ilusión sobre el paradero de esos millones de dólares.

El presidente no debe hacer frente sólo a sus adversarios declarados, los que han elegido la clandestinidad, la lucha de guerrillas o el exilio. También debe tener en cuenta a sus cómplices, a los que gracias a él hallaron en "la política" el camino de una fortuna rápida, la misma que genera poder político. El terror y la corrupción que reinan en Cuba son inseparables. Es cierto que la corrupción no la introdujo Batista, pero él la ha organizado en beneficio de la policía y el ejército, las dos únicas fuerzas que podían implantar el terror para proteger sus privilegios.

gios. Esa es la causa profunda de la insurrección animada por Fidel Castro.

LOS TORTURADORES

El ejemplo más claro lo da la lotería "nacional". La mayoría de los vendedores son soplones de la policía, y pululan por las calles. No se contentan con vender números. Aceptan apuestas de quiniela sobre las dos últimas cifras. Cada día los agentes del jefe de policía de La Habana toman apuestas por cuenta de su superior. Este paga después del sorteo la apuesta ganadora, y embolsa así sin riesgo varios miles de dólares por día.

En la provincia de Oriente, el general Chaviano, jefe de operaciones contra los guerrilleros de la Sierra Maestra, retira todos los días su parte de beneficio en los casinos y salas de juego. El director de la policía militar de Santiago de Cuba, a su vez, gana 600 dólares diarios con la lotería. En todas las demás provincias se repiten las mismas prácticas.

A ello hay que agregar las pequeñas operaciones paralelas. A fines de 1957 un coche de la Pan American Protective Service Inc., que asegura el transporte de fondos de los bancos y tiendas, es víctima de un accidente de tránsito. La policía caminera llega con excepcional rapidez para registrar el hecho . . . y, aprovechando la ocasión, se lleva el dinero.

Lógicamente, no se firma un solo contrato con el gobierno sin pagar enormes propinas. Las grandes obras públicas se supeditan menos al interés general que a la especulación inmobiliaria. Por ejemplo el gobierno cubano otorga un préstamo de 4 millones de dólares a Haití para asegurarse la neutralidad de ese país vecino a la provincia de Oriente, hogar de la insurrección. El principal intermedia-

rio cubano recibe una comisión de 400.000 dólares.

Entre los beneficiarios de este sistemático pillaje, los hay quienes a la vez se llenan los bolsillos y asesinan o torturan: el general Pilar García, jefe de la policía nacional; el comandante Esteban Ventura, que, a pesar de su aspecto de cantor de tangos, se ha hecho una reputación de maestro torturador como jefe de la 5ª seccional de La Habana; el general Rafael Salas Cañizares, jefe de policía de la capital, que fue muerto en 1956 al querer violar la neutralidad de la embajada de Haití, donde se habían refugiado adversarios del régimen; su hermano, un mastodonte que atemoriza a Oriente; el coronel Ugalde Carrillo, primer jerarca del temible SIM (Servicio de Información Militar), luego director del presidio de Isla de Pinos; el capitán Castaño, director del Buró de Represión de Actividades Comunistas (BRAC), y tantos otros cuyos terribles crímenes esmaltan los relatos de las familias en duelo que hablaron conmigo.

También están los bláncos, los delicados, los que se enriquecen muy rápido pero se asustan al ver sangre. El pueblo cubano les guarda tanto rencor como a los verdugos. Son los torturadores por poder.

III

LA IGLESIA

SI Fidel Castro hoy está vivo se lo debe a Mons. Pérez Serantes, el arzobispo de Santiago de Cuba, capital de la provincia de Oriente. Al fracasar el golpe contra el cuartel Moncada, el 26 de julio de 1953 (fecha que dio su nombre al movimiento), Fidel Castro vaga por la Sierra Maestra. Solo, perseguido por la policía, desconocido para la población, no tardará en ser alcanzado. Y, si lo alcanzan, no será juzgado sino fríamente ejecutado. Entonces interviene el arzobispo de Santiago. Batista sabe que más vale no ofender a la Iglesia y sus dignatarios... Fidel Castro y los demás que huyeron luego de atacar el cuartel, en lugar de ser asesinados, tendrán derecho a juicio.

Poco tiempo después, corre el rumor de que Mons. Pérez Serantes ha transmitido al cardenal Arteaga, arzobispo de La Habana, un importante documento referido al rebelde. El hermano del jefe de policía, José María Salas Cañizares, se dirige al cardenal y, amenazándolo con un revólver, exige que le entregue el documento. Ante la negativa golpea al anciano, sin duda olvidando que Batista había intervenido para hacerlo nombrar arzobispo de La Habana. Luego re-

gistra el despacho, sin encontrar lo que busca, pero se lleva 30.000 dólares. Al día siguiente, la Sra. de Batista visita en nombre de su marido al cardenal y le presenta excusas.

OTROS REBATOS

Si bien el cardenal, viejo prudente que prefiere la diplomacia a la acción militante, evita tomar posición sobre la conducta del régimen, dos prelados tienen fama de oponerse a Batista: el de Santiago y Mons. Alberto Martín, obispo de Matanzas. Los otros dos obispos, de Cienfuegos y Camagüey, se muestran mucho más vacilantes.

Pero el bajo clero ya ha elegido. En una población de seis millones de habitantes, Cuba tiene apenas quinientos sacerdotes. Menos de doscientos son cubanos; los demás vienen en su mayoría de España. En sus filas crece rápidamente la indignación ante atrocidades de las que son día a día testigos impotentes. Por fin, a principios de 1958, deciden pasar a la acción. Circula un texto entre ellos que denuncia sin ambigüedades los crímenes del régimen policiaco. La casi totalidad del clero está dispuesta a firmarlo, pero se decide que por prudencia, para no dar lugar a una respuesta nacionalista, sólo firmarán los curas cubanos.

Y entonces, para evitar un gesto que temen excesivo, los obispos deciden tomar la delantera. Se reúnen y redactan una declaración que será leída en todas las iglesias el 2 de marzo. Ese texto demanda la formación de un gobierno de unión nacional, es decir, claramente, un gobierno donde esté representada la creciente oposición a Batista. Mons. Centoz, nuncio apostólico, aprueba los términos de la carta.

Es un golpe duro para Batista, pero éste se contenta con un ligero cambio ministerial. Y sin embargo sabe que en Venezuela la señal contra el dictador Pérez Jiménez fue lanzada a rebato por las iglesias...

EN NOMBRE DE LA MORAL

En conjunto, la Iglesia cubana es demasiado tradicionalista para representar una fuerza poderosa. Prácticamente no existe en el campo, donde reside sin embargo la mayor parte de la población. Su brazo secular está apenas organizado. Hace cuarenta años no se veía un hombre en las iglesias. Un esfuerzo bastante reciente comienza a dar frutos, pero se hace difícil por el peso de las supersticiones, el espiritismo, el analfabetismo, etc.

Sin embargo, las figuras representativas del catolicismo cubano son hostiles a Batista. El episcopado ha hecho su amonestación. El bajo clero habría querido ir más lejos. Uniéndose a los grandes órdenes profesionales, la Acción Católica, los Caballeros de Colón y la Asociación de Mujeres Católicas han exigido, en proclama común, el alejamiento de Batista; los firmantes deben escapar o refugiarse en las embajadas latinoamericanas. El *Diario de la Marina*, único diario católico de La Habana, está enfeudado al régimen, pero en sus columnas no se manifiesta para nada su catolicismo. Es esencialmente un diario conservador. Pero la única revista católica seria, *La Quincena* (7.000 ejemplares) consigue, a pesar de la censura, formular severas críticas a la dictadura. Traduce sistemáticamente todos los artículos de la prensa católica francesa que condenan las torturas en Argelia. El lector cubano hace por sí mismo el traslado que se impone...

La propia Iglesia se cuida de bajar al ruedo político. Funda su actitud en argumentos exclusivamente morales, reaccionando contra el asesinato político, la tortura y todas las formas de brutalidad policial. Una de las raras excepciones es el padre Ramón O'Farril — un excitado, según sus cofrades —, que participaba activamente en la acción

rebelde y en 1956 fue arrestado y torturado (*). En la Sierra, los guerrilleros tienen su capellán, el padre Sardiñas.

EL SANTUARIO DEL COBRE

A su vez los militantes de Acción Católica están en su mayoría muy comprometidos en el movimiento de insurrección. Se lanza una orden de arresto contra el presidente de Juventud Católica, Antonio Fernández. El presidente de la J.O.C. está exilado en Costa Rica. Enrique Canto, ex-presidente de Acción Católica en la provincia de Santiago, está en la Sierra como tesorero del Movimiento "26 de Julio".

A fin de 1957 un joven llamado Fraga, popular miembro de la Acción Católica de Matanzas, es asesinado por la policía de Batista. El propio arzobispo preside el entierro, pero las "fuerzas del orden" dispersan el cortejo fúnebre. Una carta pastoral, que dispensa elogios a la víctima y cita su actitud como ejemplo de patriotismo lúcido y valiente, protesta inmediatamente contra la violencia policial.

En la segunda semana de abril de 1958, el gobierno anuncia que el santuario del Cobre, gran sitio de peregrinajes cercano a Santiago de Cuba, fue destruido por los rebeldes. Lo que pasó fue que, al ser atacado un grupo de guerrilleros cerca del santuario, la explosión de un depósito de dinamita dañó la capilla. Batista se esfuerza en vano por soliviantar a los católicos contra Fidel Castro. El tiro le sale por la culata: el altar principal y las reliquias se han salvado "milagrosamente" de la destrucción, y la creencia popular ve en ello una intervención divina en favor de los rebeldes.

(*) Luego de la victoria de Fidel Castro, el padre O'Farril emigró a Estados Unidos e hizo propaganda contrarrevolucionaria.

¿MORAL POLITICA?

Estando de incógnito en Santiago de Cuba, Mons. Pérez Serantes me concede una entrevista "por cortesía". La audiencia dura un hora y media, "la más larga que he tenido con un periodista" precisa el arzobispo. Vengo acompañado por personalidades católicas de la ciudad, cuya presencia facilita el contacto.

El prelado se muestra reticente al hablarme de la situación religiosa en Oriente. Pero, sin muchas ganas, me cita algunas cifras que ya conozco y se queja amargamente de la falta de sacerdotes. Le hago entonces la pregunta que me parece fundamental:

—La Habana es la capital donde he visto la mayor cantidad de prostitutas y una de las ciudades del mundo entero donde se practican más abiertamente la mentira, el robo, el escándalo público, el asesinato, la tortura. ¿Cree la Iglesia que es posible salvaguardar la fe e imponer su moral en semejante clima? ¿Y cómo?

Mientras sólo se trata de prostitutas, el arzobispo me mira con benevolencia, pero se agita a medida que avanzo en mi enumeración de las plagas que roen al país. ¿Donde termina la moral y empieza la política? ¿Existe una moral política que la Iglesia cubana vigilaría? ¿Puede permanecer en silencio ante esa inmoralidad política que no ignora?

El prelado menea la cabeza, agita los brazos, y luego se inclina hacia mí:

—Señor, lo felicito, porque es usted el único periodista que me ha hecho esa pregunta clave. Pero no puedo contestar. ¡No! ¡Ni una palabra, nada!

Y se agita aún más, se deshace en protestas, señala la obstinación con que llevo el diálogo a su verdadero terreno.

—Excelencia —le digo—, me es difícil aceptar a la vez sus felicitaciones y su negativa a contestar una pregunta

que, como Ud. reconoce, es de su competencia. Esté seguro de que no publicaré ninguna de sus declaraciones sobre este punto . . .

—No, no, no. Nada. Ni una palabra.

¿AMETRALLADORAS O VITRALES?

Mis amigos cubanos, al lado mío, también se agitan y se lanzan al asalto de ese silencio episcopal. Sin ningún resultado. Hablo entonces de las destrucciones sufridas por el santuario del Cobre. El prelado se tranquiliza y me da el texto de una rectificación a las frases — bastante anodinas — que le han atribuido.

Luego, por tres cuartos de hora, avalúa el costo de las reparaciones necesarias: 10.000 pesos, 30.000 pesos, 60.000 pesos. ¿Cómo diablos va a conseguir el dinero?

Mis amigos cubanos saltan. Es el momento solemne de la entrevista:

—Monseñor, no irá Ud. a aceptar el dinero que le ofreció Batista para las reparaciones. ¡No puede hacer eso! El Cobre debe seguir como está mientras dure la dictadura, como un símbolo de la situación en que Batista ha hundido al país. Se reconstruirá el santuario cuando Cuba sea libre. Se reconstruirá con el dinero del pueblo. Pagaremos nosotros, monseñor. Pero ahora no: toda la plata que tenemos se la damos a los revolucionarios para comprar armas. Necesitamos ametralladoras. Más adelante pensaremos en los vitrales y los altares. No acepte el dinero de Batista. Si no los fieles desertarán El Cobre . . .

No hablan en tono de súplica. Su verbo es ahora imperativo. Me emociona y me turba el contraste entre aquel anciano calculador y santurrón que yo había imaginado como una especie de cardenal Saliège bajo la ocupación alemana, y estos fieles cuya fe es de un solo bloque. Me le-

vanto para poner fin a una visita que se vuelve penosa y ya carece de razón de ser.

—Señor — dice el arzobispo en el umbral del despacho — a Cuba no la van a salvar ni el de La Habana ni el de la Sierra. Sólo la Virgen puede salvarnos . . .

LA VOZ DEL SILENCIO

Horas más tarde, en el patio de una casa amiga, me rodean resistentes y dos sacerdotes. Son cubanos. El arzobispo es español. Dicen que es un interesado y un débil. Los curas cubanos están con la revolución. Saben por qué los jóvenes se van a la Sierra. Los dirigentes de Acción Católica se hacen asesinar en La Habana, torturar en Santiago, matar en la Sierra Maestra. En la frescura de los palacios episcopales, los prelados buscan un compromiso entre fuerzas inconciliables. Contemplan desolados una situación que cada día se envenena más. Sólo ellos pueden hablar sin riesgo de que los arresten o los asesinen. Sólo ellos pueden denunciar la dictadura sin exponerse a la castración . . .

Los fieles no les piden decir que Fidel Castro salvará al país. Pero necesitan, en medio de este torbellino de pasiones, oír una voz autorizada que proclame contra quien sea los derechos del ser humano. Solicitan una palabra clara, y no obtienen más que un vano lamento.

IV

UN PUEBLO POBRE EN UN PAIS RICO

EN el correr de 1957, Suiza exportó relojes a Cuba por valor de 2 millones de dólares. Pero, según las estadísticas cubanas, la importación de relojes suizos no pasó de U\$S 70.000. La diferencia, 1.930.000 dólares, pasó por los "importadores libres", todos amigos fervientes del régimen y casi todos altos jefes del ejército.

Estos "importadores libres" no pagan derechos de aduana: la mercadería les llega en avión militar hasta el aeródromo militar de Columbia, cerca de La Habana, de donde es transportada en camiones militares hasta las tiendas. Esa mercadería se revende a los precios más fantásticos, permitiendo enormes beneficios exentos de impuestos. Esta forma inesperada de comercio es sólo un ejemplo lateral del verdadero pillaje a que se someten el presupuesto público y la economía del país.

Porque en Cuba las "amistades" políticas se pagan muy caras. Es uno de los motivos por los cuales el pueblo cubano figura entre los más pobres de la tierra, viviendo en uno de los países más ricos. El visitante extranjero que se permita criticar al régimen de Batista hará bien en bajar la

voz al pasar ante las tiendas que tienen el cartel de "Importadores libres".

SUELDOS DE MISERIA

A pesar de sus riquezas naturales (agricultura y recursos mineros), Cuba, con una población de 6 millones de habitantes, tiene unos 650.000 desocupados. 43% de los asalariados, o sea 892.000 personas, ganan menos de 75 dólares por mes, pero la vida es mucho más cara que en Estados Unidos, de donde vienen casi todos los bienes de consumo.

Si la capital puede engañar con su aparente prosperidad, el campo presenta el rostro desnudo de la miseria. Los obreros agrícolas sólo trabajan en la zafra de azúcar, o sea diez semanas, y con ese magro salario deben mantener a sus familias todo el año. Y tampoco reciben lo que se les debe: la "ley de coordinación del azúcar" fija un baremo para el reparto del excedente de ganancias, al fin de la cosecha, entre colonos, obreros, transportadores, refinadores. Pero hace diez años que los trabajadores agrícolas no ven los 40 dólares que les corresponden a ese título.

La situación de los obreros, en este país principalmente agrícola, no es mucho más favorable. Sólo algunos entes profesionales, como el de los portuarios, logran ganarse la vida, porque su sindicato, como en Estados Unidos, es un verdadero *racket*. Batista aumentó algunos salarios, pero el mínimo obligatorio rara vez se respeta. En la huelga general del 9 de abril de 1958, pude ver policías que revolver en mano obligaban a los conductores de ómnibus a permanecer en el volante, a pesar de la completa ausencia de pasajeros.

Eusebio Mujal, secretario general de la Confederación de Trabajadores Cubanos (C.T.C.), sólo circula en coche blindado precedido y seguido por autos con sus guardaespaldas, y trabaja en un despacho igualmente blindado.

A sueldo del gobierno, es el amo absoluto del sindicato que preside y que tiene oficialmente un millón doscientos mil miembros. Naturalmente la C.T.C. condenó la huelga general de 1958 y denunció al "Movimiento 26 de Julio" como organización comunista.

Catalán de nacimiento, Eusebio Mujal en principio no podía haber llegado a las altas funciones que ocupa. Obtuvo un certificado de nacimiento, mediante falsos testigos, en una parroquia cuyo registro de estado civil había desaparecido en un incendio. Como cubano, pudo lanzarse a la acción política y llegar a senador. Fue el principio de su fortuna. Se hizo rico, poderoso y odiado por la inmensa mayoría de los trabajadores. De haber tomado serenas precauciones, habría caído bajo las balas de los revolucionarios.

FUNCIONARIOS FICTICIOS

A excepción de una problemática ganancia en la lotería, hay un único camino abierto a la mayoría de los cubanos para salir de su miseria: entrar en el sistema y colocarse entre los aprovechadores del régimen. Varios miles de personas fueron nombradas oficialmente maestros o profesores y reciben todos los meses su cheque sin entrar nunca a un salón de clase. Un eminente periodista me confió que el ex-alcalde de La Habana le había ofrecido un puesto de barrendero: no se le pedía que efectuara ese trabajo indigno de él, sino que tuviera a bien aceptar a fin de mes el cheque que la municipalidad estaría encantada de enviarle a domicilio... Conocí periodistas que ocupaban una decena de empleos oficiales completamente ficticios, por los cuales recibían una decena de cheques muy reales.

El sistema se extiende a todo el que pueda ejercer alguna influencia: tiene abierta la puerta de los ministe-

rios no para hacer acto de presencia sino para pasar por la caja. En La Habana, decenas de miles de personas se aseguran así confortables ingresos acumulando empleos imaginarios. Constituyen la masa de maniobra del gobierno, el grupo de choque que sabe que un cambio de régimen daría al traste con sus privilegios. Si la huelga insurreccional fracasó en La Habana a pesar de haberse generalizado en las otras cinco provincias, fue principalmente porque la capital poseía la mayor concentración de militares y policías, pero también de funcionarios reales o ficticios que vivían de la sangrienta dictadura de Batista. En Santiago, el 9 de abril de 1958 todos los policías y soldados estaban bloqueados en sus cuarteles. En La Habana, el mismo día, un puñado de jóvenes entabla un desesperado combate contra la multitud de parásitos del régimen. Por más victorias que obtengan los revolucionarios en provincia, si quieren triunfar deben apuntar a la cabeza, sublevar a la capital aplastada por la fuerza bruta y por la corrupción.

LA PIRAMIDE APLASTADA

En el pináculo de la economía cubana se hallan algunas familias fabulosamente ricas, que tienen en sus manos la producción de azúcar, tabaco y café. Todo lo que quieren es continuar sus negocios. No les interesa la política mientras no afecte sus ingresos... Evitan todo choque con el equipo gubernamental, pero también evitan comprometerse con él para no ser arrastradas en su caída. Así fue como la mayoría de ellas, incluso Julio Lobo, uno de los principales productores de azúcar —ese hecho, unido a su colección de reliquias napoleónicas, le ha valido el apodo de "Napoleón del azúcar"—, financian a Fidel Castro. Un seguro sobre el porvenir.

Luego de esas grandes familias viene la clase media:

80.000 médicos, dentistas, abogados, técnicos, ingenieros, intelectuales, etc., cuya prosperidad, con pocas excepciones, está ligada a las grandes fortunas. Esta capa social vacila ante los sobresaltos que agitan a Cuba. Algunos son partidarios de Batista, otros de Fidel Castro. Pero la mayoría, encerrada en una prudente espera, se contenta con formular opiniones muy moderadas. ¡Vivir y observar!

Por fin, abajo de la escala, unos cinco millones de cubanos viven modestamente, si no en la miseria. Pero comienzan a tomar conciencia de la paradoja que es su extrema pobreza en un país tan rico. Es cierto que muchos no osan esperar ya que algún día la nación sea gobernada con probidad e inteligencia. Pero los más lúcidos están decididos, y la coalición de miseria y terror policial les aporta nuevos aliados todos los días. Son los revolucionarios que se agrupan bajo el pabellón de Fidel Castro.

EL DINERO DEL POBRE

En el campo, con una moneda a la par del dólar, los campesinos van a comprar unos centavos de harina, porotos, aceite. Al darles el vuelto, como no hay monedas de medio centavo, el comerciante les da un cigarrillo; el paquete de veinte vale 10 centavos. Los trabajadores agrícolas, que se emplean diez semanas al año, compran luego la comida a crédito, y el tendero está autorizado a reembolsarse sobre el salario de la próxima cosecha: algunas familias están así endeudadas por varios años, sin esperanza de librarse.

En la ciudad, 150.000 personas trabajan menos de cuatro días por semana, y muchas otras no reciben el salario mínimo legal de 60 dólares por mes.

Sin embargo es esta pobre gente la que se priva para comprar "bonos de liberación" a un dólar. A principios de

abril de 1958, cuando Fidel Castro pide a todos los trabajadores que den a su Movimiento el "salario de la libertad" (una jornada de salario), la respuesta supera todas las previsiones. En una gran fábrica es el cajero de la empresa quien, en el momento de pagar a los obreros, les pregunta si están de acuerdo en que descuenta el "salario de la libertad". Todos aceptan menos uno, que tampoco osó denunciar al cajero, culpable de "actividades subversivas", porque en seguida le previnieron que sería considerado responsable de cualquier denuncia. Conozco bancos donde, con ciertas precauciones, podían comprarse en la ventanilla "bonos de liberación".

Si los grandes burgueses y los privilegiados de la fortuna financian a Fidel Castro para asegurarse el futuro, los obreros y campesinos ofrecen su modesta contribución para salvaguardar su dignidad y su derecho a la vida. Pero conocí a grandes patronos y banqueros que apoyaban a los rebeldes porque veían en ellos la única esperanza de renovación para el país.

Los interlocutores que me expusieron, con sumo pudor, el mecanismo gubernamental de terror y corrupción, me dijeron que buscara tras ese aparato podrido las virtudes populares que explican el apoyo dado a los rebeldes en algunas provincias. Comprobé esas virtudes sobre todo en Oriente. Allí, 61 años antes que Fidel Castro, desembarcaron el 11 de abril de 1895 José Martí, el "Apóstol de Cuba" (y padre espiritual de la revolución fidelista) y sus quinientos compañeros, lanzando una guerra que pondría fin a la dominación española. Allí, en 1958, el pueblo cubano da un emocionante ejemplo de unión y coraje y se libera de sus tiranos nacionales. Allí, en la Sierra Maestra, habían luchado antes los *rough riders* del coronel Teodoro Roosevelt, junto a un joven en busca de aventuras llamado Winston Churchill.

Si triunfa la sublevación de Fidel Castro es gracias a las cualidades humanas y morales de ese pueblo, junto al

cual se respira libremente al abandonar la atmósfera corrompida de la capital. Fidel levantó la bandera de Martí, y cada capítulo de su programa se inicia con una cita del "Apóstol de Cuba". Para los orientales que conocí es la misma lucha, que se reinicia al cabo de más de medio siglo. "La sangre de los justos no corre jamás en vano" escribió Martí. Los compañeros de lucha de Fidel Castro van a demostrar que su "gran antepasado" no mintió.

Pero su empresa es dura, no sólo porque Batista y su ejército están sólidamente acuartelados en el campamento de Columbia, sino también porque una sombra que llega de afuera planea sobre Cuba.

LA SOMBRA PROTECTORA

“**S**ON armas norteamericanas las que matan al pueblo cubano en lucha por su libertad”. Estamos reunidos en torno a la mesa del comedor. Mis anfitriones constituyen un engranaje importante del movimiento revolucionario. Albergan a una joven cuyo marido acaba de ser arrestado. Todos los oídos se tienden a la radio que nos trae en retrasmisión de Radio Caracas la voz del Dr. Mario Llerena, presidente del comité en el exilio del movimiento de Fidel Castro, a quien conocí poco tiempo atrás en Nueva York. La voz se endurece al denunciar el apoyo que Washington presta a Batista. Oficialmente, Estados Unidos no envía más armas al dictador cubano, pero Gran Bretaña asegura el relevo. Y nada impide a otro dictador, Trujillo, que envíe a Batista no sólo armas fabricadas en la República Dominicana, sino también las que hace comprar por cuenta propia en los Estados Unidos.

El Dr. Urrutia, “presidente de la República de Cuba en armas”, desarrolla el mismo tema en la radio venezolana. En torno a la radio, todas las cabezas aprueban. Tanto

en la capital como en provincia, en todas las clases sociales, crece una fuerte ola de antiyanquismo.

Pasaron los tiempos en que el embajador de Estados Unidos, Earl Smith, era recibido en Santiago de Cuba, al llegar a tomar posesión de su cargo, por un pacífico cortejo de mujeres profundamente enlutadas que querían llamar la atención sobre el terror batistiano. La policía dispersó el cortejo con tal brutalidad que el diplomático hizo una protesta pública. Gesto inconveniente: el Departamento de Estado lo reprendió por intervenir en los asuntos internos de un país amigo . . . Pero hay otras formas de intervención más discretas y más eficaces que un discurso indignado. En 1958 el mismo embajador Smith, y todo su personal, sostienen a fondo el régimen de Batista. ¿Qué ha pasado?

Los primeros periodistas que entrevistaron a Fidel Castro en la Sierra fueron norteamericanos. El gobierno de Batista hizo correr el rumor de que el rebelde había muerto. Herbert Matthews, del *New York Times*, aporta la prueba contraria al publicar la entrevista que le hizo a Fidel en la Sierra Maestra. Otros repórters toman en seguida el camino de la Sierra. Esta suerte de Robin Hood moderno no les desagrada. Gran enderezador de entuertos, habla de ideales y justicia. La fibra democrática norteamericana es siempre sensible a ese lenguaje. La prensa tiene en la Sierra Maestra un tema a la vez sensacional y altamente moral. Trenza guirnaldas a Fidel Castro.

Batista decide entonces pulsar a fondo la otra fibra sensible del alma norteamericana: el anticomunismo. En sus declaraciones, los rebeldes se hacen "fidel-comunistas". El argumento es viejo. Pero ¿está gastado? El *New York Herald Tribune*, al informar de la negativa de Castro a aliarse con los comunistas, observa sin embargo que los sentimientos del rebelde "siguen oscuros". Pero el diario republicano precisa sus temores:

"El fin principal (de Fidel Castro) no es la victoria bélica; es la desorganización de la vida económica hasta

un punto que, como esperan los rebeldes, provocará la caída de Batista."

¿No quedarán con ello amenazados los sólidos intereses que posee EE. UU. en la economía cubana? Numerosos diarios norteamericanos expresan ese temor.

EL IMPERIO DEL AZUCAR

Todo la riqueza de Cuba descansa sobre el azúcar, que en 1957 produjo 600 millones de dólares en un total de ingresos de 810 millones. Viene luego el tabaco, con sólo 45 millones. Luego el café y diversos minerales (níquel, cobre, hierro) por un total de 165 millones.

El mismo año, sobre una producción total de 5:140.000 toneladas de azúcar, 2:681.000 tons., o sea más de la mitad, fueron exportadas a Estados Unidos. La prosperidad de Cuba se halla así en manos de Norteamérica: si ésta rehusa brutalmente comprar el azúcar, la economía cubana conocerá un año de vacas flacas. Y bien, a principios de 1958 el gobierno estadounidense decide aumentar las importaciones de azúcar cubano a fin de compensar la "mala" cosecha de Hawaii y Puerto Rico. Batista no podía ser puesto a flote con más eficacia . . . Las dictaduras, como el dinero, no tienen mal olor.

Pero eso no es todo. Estados Unidos no compra el azúcar cubano al precio mundial de 3,48 centavos la libra (promedio de 1956), sino al precio interno norteamericano de 5,09 centavos. De un plumazo, Washington puede decidir la prosperidad o la miseria de Cuba jugando con el volumen de las importaciones de azúcar.

Este mecanismo, de notable sencillez, presenta numerosas ventajas. Por ejemplo, antes de caer Batista, Francia quiere construir en Cuba un molino que permita importar de Estados Unidos no harina sino trigo, más barato y fácil de trasbordar. El lobby de los molineros norteamericanos entra inmediatamente en acción. El gobierno de EE. UU.

no interviene en el asunto. Pero se informa a los productores cubanos que descenderán las compras norteamericanas de azúcar si los intereses norteamericanos son afectados por la construcción del molino francés. Los grandes azucareros cubanos, para mantener el volumen de sus ventas a Estados Unidos, se encargan entonces personalmente de impedir la concreción del proyecto francés. Y lo consiguen perfectamente. Es sólo un ejemplo entre tantos. Si la creación de una empresa cualquiera en la isla amenaza provocar una disminución en las importaciones norteamericanas, el mismo procedimiento convence a los azucareros de que se opongán. Y el gobierno no puede rehusar nada a quienes controlan el principal recurso de la isla. El Departamento de Estado y la embajada norteamericana respetan celosamente la soberanía de Cuba. Les alcanza con alertar a los productores de azúcar.

EL VIRAJE

Dependía de Washington que Batista hubiera cesado en el poder antes de que Fidel Castro tuviese tiempo de dejarse la barba. Así E.E. UU. se habría ahorrado serias complicaciones futuras. A principios de 1958 se creyó que los días del dictador estaban contados. Por cierto que Estados Unidos no iba a apoyar a Fidel Castro. Pero se inquietaba por lo que veía como un choque de dos impotencias: la del dictador, sólo capaz de gobernar por el terror, sin que consiguiera aplacar con ello la rebelión; la del rebelde, cuyos guerrilleros no parecían capaces de vencer a un ejército de 50.000 hombres, dotado de las armas más modernas. Según el Departamento de Estado, había que encontrar un tercer hombre. Pero éste no parecía existir. "Quienes hacen las revoluciones y quienes las suprimen rara vez se benefician de sus propios actos", escribía por ese entonces el

New York Herald Tribune. Pero, como no se hallaba un tercer hombre satisfactorio, había que volver a Batista . . .

Para los diarios norteamericanos la ocasión llegó con el fracaso de la huelga general del 9 de abril de 1958: el "Movimiento 26 de Julio" está mal organizado, Fidel Castro es un soñador, es tiempo de volver a preocupaciones más serias. En la mejor hipótesis, el rebelde no es comunista pero hace inconscientemente el juego de Moscú en esa isla que, hundida como una cuña entre Florida y Yucatán, garantiza la seguridad del Caribe y el canal de Panamá.

Lo más asombroso es la demora con que Estados Unidos parece haber descubierto las intenciones de Fidel Castro; era evidente que afectarían el dominio norteamericano en la economía nacional. Los periodistas norteamericanos vieron primero el aspecto pintoresco y sensacional del rebelde barbudo, personaje de leyenda en este siglo realista. Tardaron en descubrir el sentido profundo de su lucha: una lucha contra el terror policiaco, terror que era el instrumento de defensa de los beneficiarios de un régimen corrompido.

Esa corrupción tiene causas políticas que los revolucionarios piensan remediar mediante reformas constitucionales. No basta con modificar las instituciones: también habrá que cambiar a los políticos, y en el país sobran los hombres íntegros que se han negado siempre a participar en un sistema podrido. Además la corrupción subsistirá mientras un pequeño grupo de individuos se reparta el poder, escapando a un verdadero control por la masa del pueblo.

Pero esta corrupción tiene también causas económicas. Un régimen como el de Batista, que une el terror a la corrupción, y regímenes como los de Carlos Prío y Grau San Martín, que se contentaban con la corrupción, se beneficiaron del apoyo de Washington; Estados Unidos, que compra a Cuba alrededor de la mitad del azúcar que consume, no le pide más que una cosa: que asegure las remesas de

azúcar. Se las paga a un buen precio, por encima del mundial, lo que comporta una doble ventaja: por una parte, ese azúcar importado no perjudica a los productores norteamericanos, cuyos precios de reventa son muy superiores a los del mercado mundial, y por otra parte, dulcificados por el maná, los gobernantes de Cuba saben mostrarse dóciles. A su vez los productores de azúcar aceptarían a Batista, luego a Grau San Martín, luego a Carlos Prío y luego otra vez a Batista, con tal de que su azúcar se venda bien en los Estados Unidos.

Washington y los detentores de la riqueza económica eran así cómplices de los corrompidos regímenes policíacos. La lucha contra el terror batistiano y contra la venalidad se volvía necesariamente una lucha contra determinada política norteamericana y contra una estructura económica fundada en el monocultivo.

Así se vuelve indispensable minar a la vez todos los cimientos del edificio. Si el ataque se limita a un solo punto, el monstruo resurgirá de las cenizas. Para disfrutar más tiempo del lucro escandaloso que les asegura el régimen, Batista y sus acólitos han impuesto una sangrienta dictadura. Pero la propia corrupción, frecuente en los países subdesarrollados, proviene de un sistema que funda toda la riqueza del país en un solo producto, el azúcar, y en la dependencia económica frente al mercado norteamericano.

Cuba no será libre ni democrática mientras practique una economía de monocultivo. Tendrá que diversificar la producción desarrollando el cultivo del café, el cacao, los cereales, el arroz, las legumbres, que puede producir pero importa de Estados Unidos, porque los terratenientes, satisfechos del rendimiento financiero de su producción azucarera, prefieren mantener inactivas inmensas superficies antes que hacer el gasto necesario para dedicarlas a cultivos destinados sólo al consumo interno, o sea menos rentables (según piensan). Así mantienen la economía cubana en

estancamiento, mientras que los dólares ganados con la venta de azúcar deben volver en su mayoría a Estados Unidos para pagar las importaciones cubanas de víveres.

También había que diversificar la producción industrializando al país, cuyo subsuelo es rico en diversos minerales. Las sociedades norteamericanas han comprado terrenos metalíferos pero no los explotan o los explotan poco, a fin de conservarlos como reserva estratégica. Y a estas compañías no les interesa crear allí industrias de transformación que bien útiles serían para absorber desocupados.

Por fin, Cuba no será ni libre ni democrática mientras el 80% de su población viva en la pobreza o la miseria, mientras cerca de la mitad de sus habitantes sea analfabeta, ignorante de sus intereses y del medio de satisfacer sus necesidades más elementales. También para esto hay que industrializar.

Y los capitales existen: el tesoro público, asaltado por gobernantes que sacan del país sus ganancias y el producto de sus robos, para prepararse un retiro confortable en el extranjero en caso de que caiga el régimen; una vez que el presupuesto público no sea desviado de su destino, la actividad económica prosperará en diversos sectores. Pero hay otros capitales: las fortunas privadas, avaluadas en dos mil millones de dólares, que duermen en los bancos en lugar de invertirse.

Esos planes de reforma, en los cuales trabajan equipos de economistas, banqueros, industriales, grandes comerciantes, afectan directamente los intereses norteamericanos, que serán todopoderosos en Cuba mientras la prosperidad del país esté ligada al mercado yanqui del azúcar.

Y, para desbordar la copa, el "Movimiento 26 de Julio" anuncia su intención de promulgar, si llega al mando, una ley que exige que toda sociedad establecida en la isla posea al menos 50% de capitales cubanos. Y 45% de la industria cubana está en manos de sociedades norteamericanas.

Entonces se vuelve cada vez más tentador pensar que Fidel Castro *podría* ser comunista...

¿PARADOJA?

Sin embargo, es un calificado dirigente comunista, el que me dice a comienzos de 1958 que su partido, claro, es "antiimperialista", pero que por el momento sería tácticamente inoportuno proclamar el antiimperialismo, porque eso sólo podría comprometer la unión de las fuerzas opositoras.

La cuestión hubiera podido plantearse en la época en que ciertos observadores pensaban que el Departamento de Estado abandonaría a Batista. Pero en la primavera de 1958 es una pregunta ociosa. Washington apoya a fondo al dictador. Toda lucha contra él está necesariamente signada por el antiyanquismo. Por eso es que Fidel Castro no se molesta en criticar la política del Departamento de Estado.

Y cuando Washington sabe que los revolucionarios cubanos también quieren hacer una reforma agraria, ven perfilarse ya sobre el hemisferio occidental el peligro rojo que combatió vanamente en China. Pero se impone la reforma agraria si quiere suprimirse el escándalo de las tierras improductivas en un país donde la mayoría de los campesinos vive en la miseria, si quieren diversificarse los cultivos, si también quiere aumentarse su rendimiento, si se quiere que los frutos de la tierra no aprovechen sólo a unos pocos.

Paradoja: por unos dólares, el norteamericano que visita Cuba puede tomar el avión a Puerto Rico, donde verá, bajo los pliegues de la bandera yanqui, todas las realizaciones que Batista nunca cumplió en Cuba. ¿Hay que pensar que Puerto Rico es una onerosa vitrina de propaganda, y que lo que está bien en San Juan no está bien en La Habana? Porque si bien no todos los esfuerzos realizados en

Puerto Rico son parejamente dignos de alabanza, si hasta pueden formularse serias críticas a la influencia norteamericana en Puerto Rico, queda en pie el hecho de que es la isla del Caribe donde aumenta con mayor rapidez el nivel de vida.

Todos los expertos norteamericanos que conocí en Puerto Rico me dijeron: "Lo que se hizo aquí es enorme, y sólo fue posible con un gobierno honesto". Pero en Cuba otros norteamericanos, funcionarios del mismo gobierno, tienden una mano de ayuda al hombre que sólo se mantiene mediante el terror y la corrupción.

Muñoz Marín, gobernador de Puerto Rico, lo ve con ojos inquietos en marzo de 1958, cuando pide al gobierno de EE. UU. que elija "entre los pueblos amigos que viven bajo un régimen democrático y los pueblos amigos sometidos a la dictadura".

Ya es tiempo de que Washington oiga esa advertencia. El apoyo a las dictaduras latinoamericanas sólo beneficia a ciertos capitales privados. Y esas dictaduras están condenadas a desaparecer. El apoyo que les suministra Estados Unidos no puede sino perjudicar al líder del "mundo libre". Porque sólo hay dos explicaciones posibles: o Washington lo justifica por los beneficios que obtienen ciertas empresas privadas, o Washington no comprende la fuerza de la corriente popular que hierve en todo el sur del continente.

Y si es cierto que algunas de esas dictaduras fueron instaladas sin complicidad norteamericana, no es cierto que se puedan mantener mucho tiempo sin ayuda del gobierno de Estados Unidos.

VI.

LOS REBELDES

EL viajero que llega a La Habana a principios de 1958 descubre el miedo en todos los rostros, en la calle, en una evasiva. En Santiago, capital de la rebelión, encuentra el terror. Cuando logré entrar a la provincia de Oriente todos los periodistas extranjeros habían sido expulsados una semana atrás. El primer diario que me llegó a las manos, *Libertad*, publicaba una página de fotografías de rebeldes muertos por las fuerzas del orden. Todos estaban desfigurados. En sus torsos desnudos aparecían huellas de tortura. Todos tenían el pantalón bajo, y un charco de sangre en el bajo vientre. La castración se había vuelto allí un sistema de gobierno.

Publicando tales documentos, *Libertad*, diario del senador Masferrer, quiere atemorizar a la población. Ex-comunista y combatiente en brigadas internacionales, Masferrer ha dado media vuelta, seducido por tentadoras prebendas. Mantiene en Oriente una guardia pretoriana de trescientos hombres que eliminan a todo sospechoso. En todo el país se los conoce como "los tigres de Masferrer". Su crueldad y la de la policía militar se conjugan para pro-

vocar la huida a Sierra Maestra de la mayoría de los muchachos de la ciudad.

¿Qué van a buscar en la sierra? Van a unirse a un joven barbudo, ex-alumno de los jesuitas, que lleva dieciocho meses de guerrillas. "Son setecientos u ochocientos, muy mal armados", me dijo el general Chaviano, jefe de operaciones en Oriente. Y me muestra granadas hechas a mano, tomadas a los guerrilleros. Pero los jóvenes de la Sierra son mucho más numerosos, y multiplican los golpes para apoderarse de armas y municiones. El general Chaviano ha lanzado contra ellos siete mil hombres con tanques, orugas, aviones, artillería, y aún pide refuerzos. Pero los refuerzos consisten en jóvenes reclutas que no quieren pelear. Sólo la desocupación los llevó a enrolarse.

—¿Va usted a la Sierra para perseguir a los rebeldes? — le pregunté al capitán Pedro García Portela, director del SIM, en Santiago, cuando vino a arrestarme por presencia ilegal en la provincia.

—No — dijo, — no vamos allá.

—¿Por qué?

—Por una razón humanitaria: los fidel-comunistas, cuando los atacamos, se esconden detrás de una columna de mujeres y niños. ¡No vamos a matar mujeres y niños!... lo que no impidió al ejército utilizar contra los rebeldes el napalm, que no hace distinciones de sexo o edad. Y fue sin duda en nombre de esos principios humanitarios que la aviación bombardeó la aldea de Sagua la Grande, en la provincia de Las Villas, matando a doscientos cincuenta civiles.

EN EL CUARTEL MONCADA

Con una buena escolta, el capitán Portela me hace subir a un coche que me lleva al cuartel Moncada, el que Fidel Castro intentó tomar sin éxito el 26 de julio de 1953. Como había previsto una eventual detención, puedo exhibir

una carta oficial con sello de la Presidencia, obtenida gracias a la falta de coordinación que reinaba entre los distintos servicios gubernamentales. La carta certifica que estoy en Santiago para entrevistar al general Chaviano. A él me lleva el capitán, en vez de conducirme a la prisión que ha recibido a tantos periodistas.

Con su muro, sus troneras, sus blindados en posición, el cuartel Moncada tiene el aspecto de una pequeña fortaleza. En los pasillos, un centinela armado cada cinco pasos. Me introducen en la antesala del general, donde espero una hora acompañado por hombres de rostro patibulario que juguetean con revólveres de culata sabiamente tallada. Por fin pasa un joven oficial que lleva delicadamente una camisa de uniforme recién planchada, con dos estrellas blancas bordadas en las charreteras. El general es afecto a producir la mejor impresión posible en sus visitantes. Cinco minutos más tarde me introducen en el despacho. Efectivamente, el general se ha puesto la camisa limpia...

—¿Cómo piensan dominar a los rebeldes, si no los atacan?

—No tenemos más que esperar: cuando el hambre aprieta se rinden a mis tropas, a razón de veinte, treinta o cuarenta por día.

—Si no son más de ochocientos, el asunto quedará entonces liquidado en un par de meses.

—En bastante menos — me afirma el general Chaviano.

En aquel entonces — abril de 1958 — el "último cuarto de hora" de la rebelión cubana llevaba ya dieciocho meses...

El general Chaviano me enumera los tanques, aviones y cañones con que cuenta. El combate es realmente desigual. Sin embargo, a pesar de la fuerza impresionante que ha sido puesta a su disposición, ciertos oficiales de Chaviano deciden caer enfermos cuando les toca ir de expedición a la Sierra. La moral no los acompaña. Pero ¿qué pueden hacer esos bandoleros? ¿Tomar un cuartel? Sería inmediatamente

aplastado por la aviación y la artillería. ¿Conquistar una ciudad? Sería implacablemente demolida...

¿Entonces...? Entonces Fidel Castro simplemente ha decidido ganarse a la masa del pueblo, y cada semana le aporta nuevos éxitos en ese sentido. Es una victoria contra la cual las armas más modernas son impotentes.

—Bien— me dice el general Chaviano—, quería verme, y me vio: ¿cuándo se va...?

Le explico en vano que no tengo ninguna prisa; la presencia de un periodista en esta zona en plena efervescencia lo molesta visiblemente. Con un gesto autoritario apenas disimulado por la cortesía, telefona él mismo para reservarme sitio en el próximo avión que salga de Santiago. Y, para concluir la reunión en tono más cordial:

—Me gustan mucho las francesas, pero las cubanas tampoco están mal. Es una pena que se vaya tan pronto: le habría presentado algunas mujercitas muy interesantes...

“Mujercitas muy interesantes...” Cuando cité la frase a diversas personalidades de Santiago, me sonrieron: el general Chaviano, criminal de derecho común, mató con sus manos, durante una fiesta galante en una casa de mala fama, a una amiga que le había descubierto sin querer otros gustos.

Conocí mujeres. Venden “bonos de liberación”, recolectan el “salario de la libertad” entregado voluntariamente por los trabajadores, reúnen víveres y se los hacen llegar a los rebeldes, transportan armas y municiones a la Sierra ocultándolos bajo la falda, y si es preciso manejan armas. Una de las principales figuras de la insurrección en Santiago es una muchacha, Vilma Espín, hija del cónsul honorario de Francia. La policía la busca en vano hace meses, pero tuve con ella una conversación de varias horas en una casa donde me habían llevado otras muchachas haciendo rodeos (*).

(*) Luego de caer la dictadura, Vilma Espín se casó con Raúl Castro, hermano de Fidel.

Antes de tomar el avión para volver a La Habana, un esbirro de Chaviano me lleva para mejor vigilarme al Rancho Club, cuya vasta terraza domina toda la ciudad. Bajo el techado de palmas, el restaurante está enteramente desierto. Mi guardián y yo somos los únicos clientes, y la dueña se queja.

—Mire— me dice mi guía-vigilante— qué tranquilo está todo. Quizá usted pensaba encontrar a Santiago en plena fiebre. Pero vea...

En la noche apacible, las luces del puerto titilan suavemente. Luego del calor del día, una ligera brisa refresca la atmósfera. El aire está delicioso.

—Sí— digo—, todo está tan en calma que nos hallamos solos en un sitio donde vienen habitualmente cientos de personas a comer...

—¡Ay, sí!— responde el esbirro,— la gente se asusta por los rumores que circulan. Y prefiere quedarse en su casa luego de la puesta de sol. Pero ya lo ve: reina la calma en toda la zona...

Y, como para puntuar esa declaración, estalla en la noche una ráfaga de metralla; seguida por varias explosiones: los fidelistas han atacado una comisaría vecina.

EL ATAQUE AL CUARTEL

Santiago se enorgullece de su título de “capital de la revolución”. Porque aquí comenzó todo en 1953, cuando Fidel Castro, poco más de un año después del golpe de estado de Batista, intentó tomar ese cuartel Moncada en que acaba de recibirme el general Chaviano. Desde entonces Santiago sigue siendo el corazón del movimiento.

Jóvenes venidos de todas las provincias reunieron sus ahorros para comprar armas. Preparan el asalto en el mayor secreto, y, con uniformes militares, pasan a la acción el 26 de julio de 1953 a las 5.15, simultáneamente en Santiago

de Cuba y Bayamo, a unos cien kilómetros en línea recta.

Al alba, con veintiún hombres, Abel Santamaría toma el Hospital Civil. Lo acompañan un médico, el Dr. Mario Muñoz, y dos estudiantes para atender a los heridos.

Al mismo tiempo Raúl Castro, hermano de Fidel, ocupa con diez hombres el Palacio de Justicia.

Fidel, con 95 hombres, dirige el ataque contra el cuartel. Lo precede un comando de ocho exploradores, que toma sin un tiro una de las puertas del recinto. La segunda patrulla cuenta 45 jóvenes, y es la que recibe los primeros disparos cuando el coche de Fidel Castro tropieza con una patrulla armada de ametralladoras.

En seguida se pone en estado de alerta todo el cuartel. Pero el primer grupo ya está adentro, donde ha hecho algunos prisioneros. Los rebeldes esperan salirse con la suya. Saben que el tercer grupo, dotado de armas pesadas, llegará y decidirá la suerte de la batalla. Pero ese grupo no consigue llegar: conoce mal la topografía de la ciudad, y se pierde en el laberinto de calles.

Al ver que no tiene ya posibilidades de triunfo, Fidel Castro da la señal de retirada. Protegidas por seis buenos tiradores, sus tropas se repliegan en orden. Reagrupa un tercio en Siboney, a alguna distancia de la ciudad. Muchos están desalentados, y unos veinte deciden rendirse. Pero dieciocho lo siguen a la Sierra llevándose lo que les queda de armas y municiones. Se refugian en las alturas de Gran Piedra, cuya base está ocupada por el ejército gubernamental. Durante varios días, demasiado débiles para volver a la ofensiva, esperan que los soldados de Batista se lancen al asalto. Pero el ataque no llega. Los rebeldes están sitiados en plena naturaleza, en una sierra que no conocen y donde no consiguen vituallas. Se dividen entonces en pequeños grupos, y algunos logran deslizarse entre las líneas.

Pero el asalto provoca mucho ruido en Santiago. Se

cuenta del tratamiento inhumano infligido por el ejército a los rebeldes capturados. Entonces interviene Mons. Pérez Serantes, arzobispo de la ciudad. Obtiene la promesa de un juicio regular para Fidel Castro y sus compañeros que, habiendo escapado a la masacre y la tortura, permanecen inaccesibles en la sierra. Así es que varios insurrectos, conducidos por el prelado, son entregados al ejército. Pero Fidel Castro y dos amigos suyos, José Suárez y Oscar Alcalde, deciden quedarse en la Sierra. Días más tarde, el 1º de agosto, completamente agotados, los capturan durante el sueño. El ejército los encierra y, ante la intervención del arzobispo, no osa ejecutarlos o torturarlos, como había hecho con la mayoría de los rebeldes.

LA REPRESION

En el proceso, Fidel Castro describe ante los jueces la suerte infligida a sus amigos:

—El 27 de julio, en su discurso desde el polígono militar, Batista dijo que los atacantes habíamos tenido 33 muertos; al finalizar la semana los muertos ascendían a más de 80. ¿En qué batallas, en qué lugares, en qué combates murieron esos jóvenes? Antes de hablar Batista habían sido asesinados más de 25 prisioneros; después que habló Batista se asesinaron cincuenta.

Los soldados llamados como testigos confirman lo dicho. Y agrega Fidel Castro:

—No se mató durante un minuto, una hora o un día entero, sino que en una semana completa, los golpes, las torturas, los lanzamientos de azotea y los disparos no cesaron un instante... El cuartel Moncada se convirtió en un taller de tortura y de muerte, y unos hombres indignos convirtieron el uniforme militar en delantales de carniceros. Los muros se salpicaron de sangre.

Los jóvenes participantes en el ataque no fueron los únicos sometidos a ese tratamiento. Enloquecida de ira, la policía militar procedió a numerosos arrestos en las calles de la ciudad. Una cantidad de personas que no habían tomado parte en el asalto, que hasta lo ignoraban, fue torturada y asesinada. Un soldado descerrajó un tiro sobre un niño que jugaba junto a la puerta de su casa. Y cuando el padre se acercó para recoger el pequeño cadáver, fue muerto a su vez de una bala en la cabeza.

—El primer prisionero asesinado— prosigue Fidel Castro, dirigiéndose a sus jueces— fue nuestro médico, el doctor Mario Muñoz, que no llevaba armas ni uniforme y vestía su bata de galeno, un hombre generoso y competente que hubiera atendido con la misma devoción, tanto al adversario como al amigo herido. En el camino del Hospital Civil al Cuartel le dieron un tiro por la espalda y allí lo dejaron tendido boca abajo en un charco de sangre. Pero la matanza en masa de prisioneros no comenzó hasta pasadas las tres de la tarde. Hasta esa hora esperaron órdenes.

“Llegó entonces de La Habana el general Martín Díaz Tamayo, quien trajo instrucciones concretas salidas de una reunión donde se encontraban Batista, el jefe del ejército, el jefe del SIM, el propio Díaz Tamayo y otros. Dijo que “era una vergüenza y un deshonor para el ejército haber tenido en el combate tres veces más bajas que los atacantes y que había que matar diez prisioneros por cada soldado muerto”. ¡Esta fue la orden!

“(…) En medio de las torturas, les ofrecían la vida a los prisioneros si traicionando su posición ideológica se prestaban a declarar falsamente que Prío les había dado el dinero, y como ellos rechazaban indignados la proposición, continuaban torturándolos horriblemente. Les trituraron los testículos y les arrancaron los ojos, pero ninguno claudicó, ni se oyó un lamento ni una súplica... Las fotografías no mienten y esos cadáveres aparecen destrozados.

“Ensayaron otros medios: no podían con el valor de

los hombres y probaron el valor de las mujeres. Con un ojo humano ensangrentado en las manos se presentaron un sargento y varios hombres en el calabozo donde se encontraban las compañeras Melba Hernández y Haydée Santamaría, y dirigiéndose a la última, mostrándole el ojo, le dijeron: “Este es de tu hermano; si tú no dices lo que él no quiso decir, le arrancaremos el otro”. Ella, que quería a su valiente hermano por encima de todas las cosas, les contestó llena de dignidad: “Si ustedes le arrancaron un ojo y él no lo dijo, mucho menos lo diré yo”.

“Más tarde volvieron y las quemaron en los brazos con colillas encendidas, hasta que por último, llenos de despecho, le dijeron nuevamente a la joven Haydée Santamaría: “Ya no tienes novio porque te lo hemos matado también”. Y ella les contestó imperturbable otra vez: “El no está muerto, porque morir por la patria es vivir (*)”.

Los soldados de Batista llegan a un hospital de la ciudad en momentos en que dos jóvenes rebeldes reciben una transfusión de sangre. Los arrojan al suelo y, como los heridos no pueden mantenerse en pie, los arrastran hasta la planta-baja, adonde llegan muertos. En otro hospital, dos heridos deben la vida a un médico que declara fríamente a los soldados que tendrán que matarlo a él si quieren entrar en la sala de operaciones: el azar quiere que los soldados no sean brutos. En un tercer hospital, un médico militar, el capitán Tamayo, interviene revolver en mano para salvar a otros tres heridos. Es así como, en total, sobrevivieron sólo cinco heridos.

Al día siguiente, el 27 de julio de madrugada, grupos de prisioneros son arrastrados a los alrededores de Santiago y fusilados luego de una noche de torturas. Cuando algunos son obligados a cavar su propia tumba, uno de ellos vuelve la pala contra los guardias. Otros son enterrados vivos.

El 30 de julio, cuatro días después del asalto al cuartel,

(*) Frase del himno nacional cubano.

dos rebeldes, Mario Martí y Ciro Redondo, son capturados en una gruta. Con las manos en alto, los llevan a la ciudad bajo fuerte escolta. En el camino los soldados derriban a Mario Martí de un balazo en la espalda, y luego continúan tiroteando su cuerpo yacente. Cuando llegan al cuartel con Ciro Redondo, el capitán Pérez Chaumont se indigna: "Y a éste ¿para qué me lo han traído?" Y Ciro Redondo, que según Pérez Chaumont debe la vida "a una estupidez de los soldados", podrá relatar la aventura ante los jueces del tribunal.

De todos los rebeldes capturados en Bayamo y la región, sólo uno sobrevivirá. Se llama Andrés García. Una noche se lo llevan de la prisión con dos compañeros. En el camino los soldados les pegan hasta que caen sin conocimiento. Entonces los estrangulan con una cuerda y los dejan por muertos. Pero Andrés García vuelve en sí, y el tribunal oirá su testimonio.

Torturados en las prisiones y los cuarteles, muertos en un rapto de cólera porque se niegan a hablar a pesar de su sufrimiento, o derribados simplemente por el placer de descargar un arma sobre un ser vivo, todos estos jóvenes serán declarados oficialmente muertos en el campo de batalla.

En la región de Santiago se capturan más de sesenta rebeldes. Sólo tres, más las dos mujeres y los cinco heridos, podrán comparecer ante el tribunal. Los demás fueron asesinados. El ejército, a su vez, tuvo diecinueve bajas y treinta heridos. Estos, así como los soldados que cayeron en poder rebelde, afirman ante el tribunal que no se los sometió a ningún maltrato.

Pero Batista no puede reconocer que el ejército tuvo tantas bajas mientras que los rebeldes, bien entrenados, sufrieron tan pocas. El honor del ejército exige que los prisioneros sean muertos. Por lo menos esa es la consigna, escrupulosamente llevada a cabo, que dio Batista.

¿POR QUE LA REVOLUCION?

Al pronunciar su defensa, Fidel Castro no se contenta con denunciar los crímenes de la dictadura, cuyo balance hace a partir de marzo de 1952. Indica también las razones profundas de su lucha: brindar al pueblo cubano condiciones de vida que le garanticen la libertad y la dignidad. Y ya se ha visto (*) con qué precisión describe la suerte de los obreros, de los miserables campesinos, de los intelectuales que no tienen lugar en un sistema totalmente sometido a las leyes del terror policial y la corrupción.

Como sabe que no puede escapar a una severa condena, Fidel Castro expone ante sus jueces el programa que había decidido aplicar con sus compañeros en caso de triunfar su tentativa: reforma agraria, reforma escolar, política de vivienda, política de salarios, proyectos de industrialización, etc.

En la salita del hospital donde transcurre este simulacro de juicio, sin que haya público para oírlo, afirma que Cuba es bastante rica para que el pueblo cubano pueda vivir feliz. Pero para ello hay que derribar al régimen corrompido, sustituirlo por hombres y un sistema que no se dejen corromper, y también renovar completamente la estructura de la economía nacional. Sus jueces lo escuchan asombrados, y luego aburridos. Pero lo dejan hablar. ¿A qué tantos discursos? Fidel Castro no escapará a su suerte. Dentro de pocas horas será condenado. Una fuerte sentencia pondrá fin a ese sueño peligroso.

Lo que no pueden prever los jueces es que la versión taquigráfica del discurso, realizada por los dos periodistas presentes, será publicada clandestinamente. Un día, cuando el pueblo cubano se entere de que el mismo Fidel Castro,

(*) Pp. 15-16.

después de toda suerte de aventuras, renueva su loca tentativa contra la dictadura, los campesinos y estudiantes recordarán este discurso pleno de esperanza que pronunció en un momento desesperado. Convencidos de que, en tales circunstancias, no podía pensarse en la demagogia de un político ambicioso atareado en gustar a su auditorio, lo seguirán en masa para llevarlo a la victoria.

Pero Fidel Castro sabe que, por ahora, está perdido. Aquel 16 de octubre de 1953 llega al fin de su alegato. Cada palabra que pronuncia abrumba a la dictadura de Batista. No tiene ninguna posibilidad de gozar de la indulgencia de los jueces. Ya que tan lejos fue en ese peligroso terreno, ¿por qué no aprovechar, para ir hasta el fin y comunicar lo esencial de su pensamiento?

Y el acusado, recordando que es jurista, discute la legitimidad del régimen contra el que se ha sublevado. Evoca las circunstancias en que se produjo el golpe de estado del 10 de marzo de 1952. Luego comienza a criticar las leyes constitucionales en vigencia.

El artículo 1º proclama que "Cuba es un Estado independiente y soberano organizado como República democrática". El artículo 2º precisa que "la soberanía reside en el pueblo y de éste dimanán todos los poderes". Pero el artículo 118, introducido por Batista, agrega que "el Presidente será nombrado por el Consejo de Ministros" mientras que el artículo 120, inciso 13, otorga al mismo presidente el derecho a nombrar los miembros del gabinete y reemplazarlos "en las oportunidades que proceda". Así se plantea una vez más, ironiza Fidel Castro, el viejo problema del huevo y la gallina: ¿cuál inaugura el ciclo?...

Luego, apoyándose en numerosas citas, como un estudiante que no ha digerido bien a los clásicos, expone los fundamentos filosóficos y jurídicos del más sagrado de los deberes: el deber de insurrección contra la tiranía. Evoca en toda abundancia a Grecia y Roma, Santo Tomás de Aquino, Lutero, Milton, Locke, Rousseau, la Declaración de Dere-

chos del Hombre, etc. Para terminar, rinde nuevamente homenaje a José Martí, muerto medio siglo antes en la guerra de independencia, y concluye:

"No temo la cárcel, como no temo la furia del tirano miserable que arrancó la vida a setenta hermanos míos. ¡Condenadme! ¡No importal! ¡La historia me absolverá!"

"ESTAN ATERRORIZADOS..."

La pena: quince años de prisión. Fidel Castro es internado en el presidio de Isla de Pinos. Se organiza una campaña en su favor, y Batista decide su propia pérdida otorgándole amnistía. Fidel Castro se refugia en México. Pero en noviembre de 1956, luego de algunos meses de febril preparación, se embarca para Cuba: 82 hombres a bordo de un mal barco, el *Granma*, que, dada la oscuridad, no atraca en el sitio previsto. Siempre temerario, Fidel ha anunciado que volvía. Avistado por la aviación de Batista, el yate es bombardeado, y los hombres, con su pesado equipo, chapotean en la marisma, en plena noche. Desde la costa, la artillería gubernamental cañonea toda la zona mientras la aviación ametralla a los "invasores".

Y de súbito, en un silencio, resuena una voz: "Están aterrorizados". La voz que acaba de oírse se reconoce entre todas. Es la de Fidel Castro. Para que las fuerzas del orden desplieguen tales medios contra su pequeño comando, Batista tiene que haberse tomado el peligro en serio, a pesar de sus fanfarronadas.

La mayoría de los compañeros de Fidel perecen en el desembarco. ¿Cuántos lograron huir, aprovechando la sombra para deslizarse por entre la red tendida por el ejército y la policía? Los sobrevivientes, aislados, erran por la montaña. ¿Todo va a terminar como el infructuoso asalto del 26 de julio?

En la Sierra, un viejo campesino con aspecto patriarcal reúne a sus hijos y los envía en busca de Fidel Castro. Este, tres años antes, era un completo desconocido para los pequeños granjeros y los trabajadores agrícolas. Pero su alegato ante el tribunal lo reveló ante la masa de hambrientos: un hombre ha denunciado la injusticia de su situación y ha jurado remediarla. La noticia se corre como un reguero de pólvora: ha vuelto. Hay que ayudarlo...

Los campesinos encuentran al joven rebelde, lo alimentan, lo esconden. Uno por uno, le llegan los sobrevivientes del *Granma*. Los cuenta: no son más que doce. Para ellos, no cabe ninguna duda: la tentativa ha fracasado una vez más. ¿Les está representando una comedia? ¿O es un peligroso iluminado? Fidel Castro los mira y dice: "Somos doce; ahora estamos seguros de ganar". Uno de ellos me confiaría más tarde: "En aquel momento, pensé que se había vuelto loco".

Pero a los doce hombres del primer núcleo pronto se les unen campesinos, jóvenes que huyen de la ciudad, estudiantes. Se hacen cien, quinientos, y más. La pequeña tropa crece sin cesar. Hombres que no aprobaban la dictadura pero no habían cometido contra ella ningún acto preciso son arrestados como sospechosos, torturados y muertos. Antes que perecer en manos de un verdugo, sus compañeros prefieren caer con las armas en la mano. Una vez más en la historia del mundo, la represión engrosa las filas de la insurrección. Cada día vienen recién llegados, solos o en pequeños grupos, a reforzar el contingente.

El movimiento se vuelve tan fuerte que se hace preciso frenarlo. ¿Qué hacer con hombres desarmados, que además hay que alimentar? Los candidatos a guerrilleros deberán traer sus propias armas. Y se multiplican las escaramuzas para sacar a las fuerzas de Batista fusiles, revólveres, ametralladoras, cajas de municiones, granadas, etc. Un día Raúl Castro logrará incluso apoderarse de un avión.

Pronto los guerrilleros deben escindir-se en varios gru-

pos. La lucha se extiende. Se cortan las vías de ferrocarril, se detienen autobuses en la carretera, es cada vez más difícil la comunicación entre ciudades. Como el poderío del dictador se funda en el imperio del azúcar, los rebeldes atacan e incendian las plantaciones de caña. Poco a poco es amenazado el porvenir económico de la isla. Ricos plantadores hacen su aporte al movimiento revolucionario para ser protegidos. Pero ya en 1958 se ve que la zafra va a ser probablemente imposible. Serán atacadas las fábricas y las refinерías, y no es seguro que los cargamentos puedan salir de puerto.

Mientras tanto se crean en las ciudades las redes de "resistencia cívica". Sus miembros recolectan fondos, venden los "bonos de liberación", cumplen una intensa labor de propaganda, consiguen armas y víveres. Su poderío se manifiesta con brillo ante el mundo sorprendido cuando, en pleno centro de La Habana, consiguen raptar al célebre corredor Fangio. Pero el corazón del irresistible movimiento está siempre en Santiago de Cuba.

UNA VIDA SUBTERRANEA

En esa ciudad de 200.000 habitantes, acurrucada entre la bahía y la Sierra, antes célebre por la exuberancia de su carnaval, el visitante cree al principio descubrir la imagen de la muerte. Pero la ciudad vive con intensa vida subterránea. En pocos días conozco a casi toda la gente influyente de la ciudad, ricos y pobres, jóvenes y viejos, hombres y mujeres, intelectuales y trabajadores. Todos están contra Batista. Pero mientras que en La Habana la oposición se divide en comunistas, partidarios de Fidel Castro, de Carlos Prío, de Grau San Martín, y algunos traen a Fidel de comunista, otros de fascista, aquí en Santiago todos rodean al barbudo guerrillero de un respeto, una confianza, una

admiración sin límites. La provincia de Oriente es unánime no sólo contra la corrupción y el terror que marcan el régimen de Batista, sino también contra la corrupción sin sangre de Grau y Prío. Toda la provincia respalda a Fidel Castro, el único líder que se ha pronunciado, según su fórmula, "contra el 10 de Marzo", es decir contra el segundo golpe de Batista (1952), y también "contra el 9 de Marzo", es decir contra la pasmosa corrupción de los gobernantes anteriores.

Estos negociantes, banqueros, abogados, estos grandes comerciantes que ven perderse sus beneficios y financian a Fidel Castro, militan en la "resistencia cívica", ocultan a los jóvenes perseguidos por la policía, estos hombres ¿son comunistas o agentes inconscientes del comunismo internacional, como afirman Batista, sus servicios de propaganda y gente quizá bien intencionada pero demasiado ingenua o interesada?

¿UNA REVOLUCION COMUNISTA?

Por cierto que todos me afirman lo contrario. Pero ¿es posible tomar sus protestas como verdad evangélica? La mejor manera de formarme opinión es conocer a dirigentes comunistas, a riesgo de hacerme arrestar, esta vez no por el SIM (Servicio de Información Militar), sino por el BRAC (Buro de Represión de Actividades Comunistas).

Así es como en un gran edificio de La Habana conozco a Carlos Rafael Rodríguez, de la oficina política del Partido Socialista Popular. Me declara que el partido no intervino en la huelga del 9 de abril, juzgándola insuficientemente preparada, y espera que su fracaso convenza a Fidel Castro de la necesidad de mostrarse más conciliador en el futuro, para favorecer la unión de las diversas fuerzas opositoras. Esa unión debe incluir, según él, a los amigos de

Prío y Grau San Martín, ricos con el dinero "ganado" bajo la presidencia de esos dos hombres que han perdido todo prestigio en el país. Deplora las desviaciones "izquierdistas" del partido luego del primer golpe de Batista (4 de setiembre de 1933).

Mi interlocutor insiste en las dos condiciones que cree indispensables para permitir la unión de todas las fuerzas hostiles a Batista. Primero querría que se estableciera un programa común y se creara una especie de *shadow cabinet*, en el que las carteras ministeriales se repartirían equitativamente entre las varias tendencias. Han fracasado unas cuantas tentativas de hacerlo, piensa él, a causa de la intransigencia de Fidel Castro. También cree inoportuno subrayar el "antiimperialismo", es decir la hostilidad a EE.UU., que sostiene a Batista. Hace algunos meses que la propaganda de Fidel Castro y sus compañeros se ha vuelto netamente antiyanqui y, agrega mi interlocutor, dicha orientación impide la unión de las diversas tendencias opositoras. A su entender la tarea más urgente consiste en reagrupar todas las fuerzas contra la dictadura de Batista, y para ello, desde el punto de vista táctico, hay que contemplar a los amigos de Prío y Grau, que tienen intereses en Estados Unidos.

Pocas semanas más tarde, en París, el gran poeta cubano Nicolás Guillén me trae la "respuesta" de Carlos Rafael Rodríguez, que desea hacer "ciertas precisiones" a los artículos que publiqué en *Le Monde* sobre Cuba. Según dice, no he "podido penetrar, en el curso de un breve viaje, la estructura social de Cuba, ni percibir el movimiento de sus clases sociales". Yo estaría "dominado por un enfoque psicoanalítico", y por naturaleza sería incapaz de comprender los vínculos entre la dictadura y el imperialismo económico...

Suponiendo que los reproches fueran merecidos, Carlos Rafael Rodríguez comete en el mismo texto un grave error, que explica toda la táctica del comunismo cubano

en aquel entonces. Escribe: "Si ya hubiera en el país fuerzas capaces de derribar a Batista e instalar en el poder a un gobierno progresista y antiimperialista, las cosas serían fáciles. Desgraciadamente no es así". La carta está fechada el 5 de junio de 1958. Seis meses más tarde, los guerrilleros fidelistas entran en La Habana. El partido comunista se equivocó en su análisis. No creía en la posibilidad de una próxima caída de Batista, y subestimaba gravemente la fuerza de Fidel Castro. Por eso es que Carlos Rafael Rodríguez me escribe que "para derribar a Batista, necesitamos una coalición que vaya más allá del antiimperialismo, que incluya necesariamente algunas fuerzas que no son antiimperialistas". O si no: "Esta necesaria unión supone, obvio es decirlo, la posibilidad de que hombres como Prío Socarrás y Grau San Martín participen en la alianza".

Pero si bien Carlos Prío financió a Fidel Castro, éste nunca firmó un pacto con él, como tampoco con los comunistas. Estos se dan cuenta más tarde de su error. Pocas semanas antes de caer Batista, Carlos Rafael Rodríguez también se va a la Sierra Maestra. En el momento de la victoria, tiene una barba mucho más corta que la de los compañeros de Fidel Castro. Y cuando, en los días siguientes a la victoria, elementos comunistas intentan apoderarse de la central de sindicatos en La Habana, se lo impiden los fidelistas armas en mano.

Carlos Rafael Rodríguez, y con él el comunismo cubano, se muestran extremadamente deseosos de confeccionar un programa de lucha contra la dictadura. Me escribe: "Estamos dispuestos, para conseguir la unidad contra Batista, a reducir el programa y limitarlo a la eliminación de la camarilla de Batista, y a la aplicación efectiva de la Constitución democrática de 1940". Mientras tanto Fidel Castro, aunque no deja de pensar en los problemas que enfrentará luego de la victoria, no promulga ningún programa. Sigue emboscado y multiplica los golpes contra la dictadura. En aquel mismo momento, Carlos Rafael Rodríguez me afirma:

"La situación no está madura para pensar en un cambio que permitiera reemplazar directamente a Batista por un gobierno nacional liberador".

Sin embargo, al cabo de unos meses, ese "gobierno nacional liberador" estará en el poder. Y Fidel Castro irá mucho más lejos, en su política económica, de lo que preveía el partido comunista. Este consideraba a Fidel como un agitador "burgués". Y también parece haber subestimado el papel de los campesinos en la lucha contra la dictadura, y el papel que desempeñarán luego de la victoria. El comunismo contaba principalmente con la oposición urbana, la clase obrera, siendo así que ésta es muy exigua en un país como Cuba. Y es el apoyo de los campesinos lo que hará que la revolución cubana tome concretamente medidas audaces contra el "imperialismo" norteamericano. Luego de huir Batista, el comunismo, sin participar en el gobierno, asistirá a una revolución antiimperialista que apoya desde afuera.

Entre comunistas y partidarios de Fidel Castro existe entonces, desde ese momento, una serie de profundas diferencias de ideología, táctica y objetivos a corto y largo plazo. Los comunistas, según Carlos Rafael Rodríguez, poseían 20.000 militantes; mucho menos según otras fuentes que parecen serias. Casi no tenían armas. Difundían su boletín la *Carta Semanal*, por correo. Durante la segunda guerra mundial apoyaron a Batista, porque era entonces la sagrada unión de todas las fuerzas contra el fascismo, y Moscú estaba aliada a Washington. Seis meses antes de caer la dictadura, preconizaban un programa mínimo bastante moderado para unificar la oposición. Pero Fidel Castro, para extirpar la corrupción que roe al país, ya desea reformas de estructura mucho más radicales. Su propaganda no lo oculta. Por eso es que Estados Unidos sostendrá a Batista a fondo contra Fidel Castro.

LA VICTORIA DE LOS REBELDES

(enero de 1959)

EL CONTAGIOSO FERVOR

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
<http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm>

"El desdén del vecino formidable, que no la conoce, es el peligro mayor de nuestra América; y urge, porque el día de la visita está próximo, que el vecino la conozca, la conozca pronto, para que no la desdeñe. Por ignorancia llegaría, tal vez, a poner en ella la codicia. Por respeto, luego que la conociese, sacaría de ella las manos.

"...Ni ha de suponerse, por antipatía de aldea, una maldad ingénita y fatal al pueblo rubio del continente, porque no habla nuestro idioma, ni ve la casa como nosotros la vemos, ni se nos parece en sus lacras políticas, que son diferentes de las nuestras; ni tiene en mucho a los hombres biliosos y trigueños, ni mira caritativo, desde su eminencia aún mal segura, a los que, con menos favor de la historia, suben a tramos heroicos la vía de las repúblicas."

JOSE MARTI

30 de enero de 1891

I

UN ALBA NUEVA

EN los meses finales de 1958, Batista comprende que está perdido. Lo único que le importa es abandonar el país sin quedar mal. Pero ¿cómo lograrlo? En el fondo, el proyecto no le parece imposible. Su período presidencial termina el 24 de febrero de 1959. Tiene que "aguantar" unos meses antes de pasarle a otro el macizo legado de siete años de sanguinario terror. Y su sucesor se las arreglará como pueda con los insurrectos...

Batista tiene que ganar tiempo. Primero propone una tregua, rechazada por Fidel Castro: no puede detenerse en su apogeo el impulso de las fuerzas revolucionarias. Y prosiguen los combates, redoblando en violencia, mientras la represión castiga aun más al pueblo.

En ese clima Batista organiza, en noviembre de 1958, las elecciones que designarán a su sucesor. Este asumirá el mando el 24 de febrero. Y el fatigado dictador podrá irse tranquilamente a Florida, donde gozará sin remordimientos de la fortuna acumulada gracias al robo y el crimen. No habrá capitulado ante el barbudo rebelde. Se habrá conformado democráticamente al veredicto popular...

Pero los abusos del régimen de Batista pusieron en marcha fuerzas que nada puede detener ahora. El "hombre fuerte" ha perdido control de la situación, y cada una de sus decisiones acelerará el proceso que lo lleva a la derrota.

El vencedor de las elecciones es Rivero Agüero, candidato designado por el propio Batista para pasarle la posta. ¡Pálido triunfador! Votaron menos de la mitad de los 2:800.000 electores, y los otros candidatos recibieron un número importante de sufragios. Así Rivero Agüero no obtiene más que un cuarto de los votos. ¿Cómo podría dominar así la situación? Pero nunca llegará al palacio presidencial; la consulta electoral ha precipitado el colapso del régimen.

UNA RUTA MINADA

Porque tanto los oficiales del ejército como los jefes de policía, sobre los cuales ha descansado siempre la dictadura, deben pensar también en su porvenir personal. Ahora saben que Batista está resuelto a abandonar el juego. Huirá con toda elegancia el 24 de febrero, luego de la ceremonia de transmisión del mando. El dictador y su familia saldrán del llo. Pero ¿qué pasará con los generales, los coroneles, los policías torturadores? ¿Será Rivero más eficaz que Batista para ahogar la insurrección? Tienen buenos motivos para dudar. Ven día a día los progresos realizados por bandas rebeldes, cada vez más numerosas, cada vez mejor armadas, cada vez más audaces también.

Estos oficiales no son verdaderos militares. Su código del honor, si lo tienen, no les impone morir en el cumplimiento de la misión que les ha confiado el gobierno. En sentido estricto son aventureros, cuya promoción rápida dependía de su sumisión a un dictador que poco entiende del honor... Sus galones no son una recompensa a su heroísmo o su competencia, sino el precio de sus crímenes y

sus robos: Los generales obtuvieron sus estrellas derramando la sangre de civiles que hacían torturar, o que atormentaban con sus manos antes de matarlos. La carrera militar ha sido para ellos el medio de salir de la oscuridad y enriquecerse rápidamente. ¿Qué hará por ejemplo el general Chaviano, el que me recibió en Santiago? No me lo imagino defendiendo con su cuerpo el cuartel Moncada contra los barbudos rebeldes. Respetables burgueses de Santiago me aseguraron que, para ganar dinero con mayor rapidez, no vacila en vender armas a los rebeldes. De un extremo a otro de la isla, los jefes del ejército, con pocas excepciones, no poseen más honor ni más coraje que Chaviano.

UN EJERCITO DE AVENTUREROS

Batista sabe entonces que ha rubricado su propia pérdida. Da un vistazo atrás, y descubre que se ha minado el camino. Para mantenerse en el poder, necesitaba hombres sin escrúpulos. Los halló. Y pagó a precio de oro sus sangrientos servicios. Pero a esos aventureros, como a él, lo que primero les importa es salvar el pellejo para disfrutar en el exilio, como él, del fruto de sus rapiñas. Batista creía tener un ejército. No tiene más que mercenarios con los cuales, ahora que ha cambiado el viento, ya no puede contar.

El origen del drama se remonta a más de veinticinco años atrás, cuando el pequeño sargento taquígrafo dio su primer golpe. Al tiempo que él se hacía coronel, en todo el país los sargentos y cabos tomaban el mando de los cuarteles. Los oficiales que suplantaban no eran todos héroes ni santos, por cierto. Pero cultivaban una tradición militar que fijaba un concepto del honor. Varios de esos oficiales, hostiles al golpe de Batista, se refugiaron en el Hotel Nacional.

La arquitectura colonial del suntuoso palacio, construido a orillas del mar, no les ofrecía por cierto protección

suficiente contra el nuevo amo del país. Pero un huésped de campanillas paraba en el Nacional: el embajador Sumner Welles, enviado por EE. UU. a La Habana en una ingenua tentativa de mediación. Batista no podía asaltar sin graves complicaciones el edificio que albergaba al representante oficial de Estados Unidos. Esperó. Y por fin Washington bajó el pulgar: resolviéndose a jugar las cartas de Batista, ordenó a Sumner Welles que hiciera las valijas. Y lo que quedaba de los rangos clásicos del ejército fue aniquilado. En todos los niveles de la jerarquía militar, la plaza quedaba libre para los aventureros.

Y cuando en los años siguientes, y hasta en el período 1952-1958, cualquier oficial organizaba un golpe contra Batista, el complot era mágicamente descubierto minutos antes de la hora H. Los conspiradores, que nunca hubieran hecho más que una revolución muy burguesa, iban a enmohecerse a Isla de Pinos. Al día siguiente, otros recibían un galón más en recompensa por su delación.

OBJETIVO: EL EXILIO

Aunque no descuidan sus intereses personales, estos aventureros permanecen fieles a su jefe. Pero es la fidelidad de los cómplices que corren juntos una serie de riesgos, en operaciones ilegales que les aseguran la fortuna. ¿Qué podrían hacer, llegado el día en que el jefe de la banda anuncie claramente su intención de retirarse del negocio llevándose el cofre? ¿Se mostrarán más realistas que el rey? En todos los escalones militares el ardor se ha enfriado singularmente hace unos meses, y es inevitable que vuelva a caer. Nadie piensa más que en cortar su tajada y preparar la fuga.

Y la presión rebelde se acentúa. Los guerrilleros descienden de la Sierra Maestra y avanzan hacia el oeste, donde

se abre un segundo frente. Se multiplican los asaltos contra cuarteles y comisarías. La respuesta del ejército se hace también más brutal, golpeando ciegamente a rebeldes y civiles, mientras los generales y coroneles activan sus preparativos de huida.

El 26 de diciembre el gobierno publica un comunicado que expresa a las claras su pánico. "Toda persona que permanezca en su domicilio estando éste bajo ocupación enemiga, o estando el techo ocupado por el enemigo, y toda persona que pase a un sector donde las fuerzas de la ley y el orden sean atacadas, será considerada beligerante y sufrirá las consecuencias al mismo título que los atacantes."

GUERRILLEROS Y CIUDADANOS

Pero los "atacantes" no frenan su impulso, cuanto más que en todas partes tienen el apoyo activo de la población. No bien un grupo de barbudos avanza por una calle de aldea o ciudad, los cañones del ejército destruyen todo el barrio. Numerosas son las víctimas civiles, pero el cerco se estrecha. Los rebeldes extienden sus líneas, y el gobierno piensa que así podrá dominarlos. ¿Cómo harán para abastecerse tan lejos de la base?

Felizmente, los grupos de resistencia cívica han hecho bien su trabajo. A veces es tormentoso el primer contacto entre los comandantes guerrilleros y los jefes de la resistencia urbana. Se consideran mutuamente con cierta desconfianza; unos sólo piensan en los riesgos que han corrido quedándose en la ciudad, perseguidos por la policía, mientras que los otros, luego de dos años de áspera vida en la Sierra Maestra, tienden a considerarse los únicos artesanos de la revolución. Están sucios, hirsutos, mal alimentados, cansados, y ven con sorpresa a estos ciudadanos bien vestidos y afeitados que parecen haber sorteado sin problemas los

cepos de la dictadura. Los que bajan de la Sierra han descubierto la condición de los campesinos, cuya miseria compartieron fraternalmente. Los de la ciudad pertenecen a la pequeña clase media. Combaten por la misma causa, pero todo los separa. Y se necesitan unos a otros para obtener el triunfo. No es momento de discutir sino de actuar. El abastecimiento y los relevos que ha organizado la resistencia ciudadana funcionan. Los guerrilleros comprueban que pueden confiar en estos jóvenes de manos limpias. Y juntos se disponen a dar el golpe de gracia a la dictadura.

UN VIEJO GENERAL

El 28 de diciembre, Batista envía 2.000 hombres de refuerzo a la provincia de Las Villas. Pero Fidel Castro ya ocupa todo Escambray, y Santa Clara está rodeada. Las columnas rebeldes avanzan hacia la capital. Reina el pánico en los círculos superiores del ejército. Los oficiales están convencidos de que Batista no luchará hasta el fin. Saben que la menor demora comprometerá su huida. Los soldados se dan cuenta de que sus superiores han perdido la moral. Todo el edificio se resquebraja. La presión de unos centenares de rebeldes hambrientos derrotará a un ejército provisto de las armas más modernas, con aviación y tanques? Los cuarteles se comunican entre sí por radio, pero las carreteras son cortadas una tras otra. Entonces, en un último sobresalto, Batista apela al viejo general José Eleuterio Pedraza, el único resuelto a disparar hasta la última bala. Batista y Pedraza estuvieron juntos en el golpe de 1933. Pero muchas cosas los separan. Por una razón misteriosa, los matones de Batista asesinaron un día a un hijo de Pedraza. El anciano general se lanzó sobre sus huellas y ultimó a dos. Pedraza detesta al dictador pero, respondiendo a su llamado, deja su retiro para tomar el comando de las tropas.

¿Qué puede hacer? Durante tres días se esfuerza por tener a raya el pánico y recuperar las riendas de la situación.

Batista cree que la tentativa es desesperada. Tiene razón. El ejército ha perdido toda moral. No se bate por un jefe que se sabe que va a huir. Los oficiales abandonan su puesto. Y el 31 de diciembre Batista huye del país, dejando el poder a una junta militar presidida por el general Eulogio Cantillo.

Los viejos, con sus galones y sus mercenarios, no han podido derrotar a una juventud entusiasta que nada tenía que perder en la aventura. Había comprendido tiempo atrás que la vida no valía la pena de ser vivida bajo el régimen que les vio crecer. La infancia y la adolescencia de estos muchachos se había exaltado con los relatos de la guerra de independencia, con el sangriento recuerdo de los levantamientos contra la dictadura. El propio Fidel Castro les había dado la divisa de "Libertad o Muerte". Estaban seguros de una u otra, porque el adversario no aceptaba medias tintas. Siguiendo el ejemplo de José Martí, ascendían "a tramos heroicos la vía de las repúblicas". Muchos se habían lanzado a la lucha sin la menor esperanza, convencidos de que los esperaba la muerte. Y demasiados fueron los muertos. Pero para seis millones de cubanos, el 1º de enero de 1959 fue el alba de la libertad.

EL DERRUMBE

Las ratas ya habían dejado el barco. Durante semanas se estuvieron registrando dimisiones en las embajadas de todo el mundo. Estos pseudo diplomáticos no conocían siquiera la gratitud del estómago. No se habían vendido al dictador. Sólo se habían alquilado. Y también los oficiales.

La victoria de Fidel Castro no era exactamente una victoria militar. Era ante todo una victoria moral y popular.

Para alcanzar su objetivo, tuvo que desplegar en muchas ocasiones una verdadera ciencia de la guerrilla. Indudablemente, a la escala del pequeño territorio cubano, había demostrado un innegable talento militar en la tarea de hostigar al adversario. Pero no lo había aplastado. Este, corroído hasta la médula, se había hundido a pesar de sus 50.000 soldados, ante el hábil ímpetu de unos centenares de barbudos.

Cuando Camilo Cienfuegos, personaje de leyenda a los veintiséis años, con aureola de héroe, entra a la capital, no comanda más que un centenar de guerrilleros. Pero eran suficientes para tomar el Campamento de Columbia, verdadera fortaleza cerca de La Habana donde residía Batista. El 10 de marzo de 1952 Batista se había asegurado el control del país ocupando Columbia sin derramar una gota de sangre. El 31 de diciembre de 1958 dominaba Columbia, pero ya no era suficiente para dominar el país. Llegó al poder por un golpe de estado, y lo echó una verdadera revolución. El mismo la había hecho inevitable. Ningún golpe de fuerza, ningún complot podría haberlo desalojado del Campamento de Columbia. Sólo un vasto movimiento revolucionario pudo derrotarlo. Dos años antes, doce sobrevivientes del *Granma* se reunían en la Sierra Maestra. Su ejemplo había sublevado al país; todas las viejas estructuras cedieron y la crueldad de la represión, en vez de demorar el desenlace, sólo lo había acelerado alimentando la cólera popular.

LA REVOLUCION COMIENZA

Así Batista ni siquiera pudo realizar su último sueño. No consiguió salvar las apariencias. Renunció al monstruoso orgullo que lo habría hecho permanecer cincuenta y cinco días más en el poder, hasta el 24 de febrero, para transmitir

con elegancia su sangriento legado al pálido presidente que hizo elegir. El miedo puede más que el orgullo. Escapa. Su derrota es total.

Al saber que Camilo Cienfuegos ha entrado en La Habana, Fidel Castro declara en Santiago, donde instala el gobierno provisorio: "La revolución empieza ahora". Pero había empezado varios años antes. No el 26 de julio de 1953, cuando fracasó en su asalto al cuartel Moncada, sino el 16 de octubre de 1953, cuando pronunció en un cuartito de hospital, sin testigos, la célebre requisitoria contra la dictadura que sería oída por los pobres y los humillados. Y la revolución creció en las cárceles y en el exilio, bajo la tortura y las masacres, y luego en la Sierra, donde ganó corazón a corazón, aldea por aldea, a todo un pueblo oprimido. Cada esfuerzo por resistirle no hacía sino reforzarla, así como cada exceso del dictador la volvía más exigente.

Aquel 1º de enero de 1959, sólo un grupo intenta aún debatirse, con la energía de la desesperación. El senador Masferrer también ha dejado el país. Pero sus "Tigrés" se quedaron. Los mercenarios de segunda no tuvieron la posibilidad de huir. Abandonados por sus amos, saben que es inútil la súplica. Los asesinos se acuartelan en un edificio. Los barbudos se lanzan al asalto. Luego se hace el silencio. Los torturadores conocen una muerte muy suave comparada con sus crímenes sin cuento.

LA EXPLOSION POPULAR

Mientras tanto, la multitud se lanza a las calles. En las provincias, en la capital, la población se precipita a los casinos y rompe los tragamonedas, símbolos de la corrupción que ultrajaba su miseria. Los más prudentes, los más timoratos; miran sin comprender: pero presienten que, por

primera vez, el nuevo régimen no podrá parecerse a los anteriores.

Sin embargo Fidel Castro sigue circunspecto. Pelear era relativamente fácil. Ahora lo aguarda una misión mucho más ardua. "Libertad o muerte" decía. Eso es. ¿Qué libertad? ¿Y qué hacer con la libertad? He aquí el momento decisivo en que la revolución se aboca a una tarea nueva. Los hombres que pelearon ¿sabrán construir el país de sus sueños? Y él ¿será capaz de obtener esa segunda victoria, más difícil, más importante que la de las armas? Porque ¿a qué tanta sangre derramada si no surge un país nuevo de los escombros?

Se demora en Santiago, y saborea plenamente la adhesión popular. Allí está en su casa, entre provincianos que siempre han sentido desconfianza instintiva por la capital. Se queda con su gente simple, ajena a las intrigas de La Habana. No se apresura a entrar en la gran ciudad que lo aguarda al otro extremo del país. Es una advertencia. La revolución nació en el campo, y no en la capital. Y la capital no está conquistada porque Camilo Cienfuegos haya entrado a la cabeza de sus hombres. No habrá que romper sólo las intrigas —eso es bastante fácil—, sino los hábitos que permitieron a tantos habaneros tolerar los regímenes que han tenido en medio siglo.

Entonces, con mucha lentitud, Fidel se pone en marcha hacia La Habana. Avanza por etapas cortas, deteniéndose en los pueblos y aldeas, hablando infatigablemente a las multitudes que lo aclaman. ¿Va a dejarse embriagar por los aplausos? ¿Descubre el vértigo de un "culto de la personalidad", que en aquellos días de regocijo no hace falta organizar? Algunos ya comienzan a murmurarlo. Habla a los campesinos. Habla a sus compañeros de lucha. Habla de los cambios que se imponen. Y la multitud, tanto tiempo reprimida, aúlla de entusiasmo. Fidel Castro se permite degustar ese delirio que hace de él su centro. Pero se recupera y hace un esfuerzo. La revolución no la hará

él sino el pueblo. Y repite sin descanso que la tarea será dura.

EL RECIBIMIENTO DE LA CAPITAL

Por fin, ocho días más tarde, llega a La Habana, precedido por la solemne advertencia de las manifestaciones campesinas. La Habana, donde lo esperan obreros que tan mal respondieron pocos meses antes a su llamado a la huelga, cuando el interior daba la cara. La Habana, donde lo esperan pequeños burgueses que no son malos, pero no están en absoluto preparados para una revolución que empezará por beneficiar a los más humildes. La Habana, donde lo espera gente que no ha hecho más que hablar durante seis años de dictadura, pero que no por eso deja de tener ideas muy precisas sobre lo que debe ser esa revolución que no es suya. La Habana, con la mayor concentración de privilegiados que nada saben de estos campesinos sucios y barbudos, que les traen, como regalo de Año Nuevo, una libertad en que ven un derecho agradable más que un deber difícil...

Otras dificultades esperan a Fidel Castro. Sabía que la dictadura sangraba constantemente la economía. Pero ahora descubre cifras que hablan. La deuda pública sobrepasa 1.200 millones de dólares, y el déficit presupuestal alcanza a 800 millones. La tesorería fue asaltada; en el momento de huir, cada ministro se llevaba todo lo que hallaba. Y también fueron vaciadas las cajas de seguro social y los fondos de jubilación. El tesoro público debe unos 20 millones de dólares a los contratistas con quienes Batista comprometió grandes trabajos. En los últimos meses de 1958 la circulación fiduciaria aumentó en una proporción increíble; los pesos recién impresos se cambiaban inmediatamente por dólares que salían del país. El go-

bierno llegó a vender por adelantado parte de la cosecha azucarera.

LA HOSTILIDAD DE LA PRENSA NORTEAMERICANA

Ya antes de arribar a La Habana, Fidel Castro recibe noticias que no pueden dejar de inquietarlo. Una vez más la prensa norteamericana ha cambiado de tono. Se indigna, protesta. ¿Por qué? En los días posteriores a la huída de Batista, se registraron en el país alrededor de doscientas ejecuciones. Defensora de los derechos del hombre, la prensa de Nueva York, de Miami y de Chicago se pronuncia contra desmanes que le repugnan. En Cuba nadie entiende esa reacción. Porque si bien ciertos diarios no ahorraron críticas a la dictadura, la mayoría no lanzó nunca una campaña semejante contra los arrestos arbitrarios, los asesinatos, las torturas, las ejecuciones sumarias que en seis años hicieron más de 20.000 víctimas inocentes. Y hete aquí que la misma prensa se molesta porque, en un país recién salido de la noche, se han ajusticiado doscientos verdugos.

En 1958, al descubrir toda la amplitud y el horror de la represión batistiana, escribí que cuando el régimen se hundiera la venganza iba a ser terrible. Los más prudentes preveían entonces que varios miles de secuaces del dictador serían ajusticiados sin más trámite; y que entre las víctimas habría auténticos asesinos pero también hombres que habían engordado a expensas de la dictadura, que no derramaron sangre pero que, al poner su talento o su pluma al servicio del régimen para enriquecerse, aparecían como "torturadores por poder", demasiado sensibles para matar, pero no tanto como para rechazar el dinero de los verdugos.

No sucede nada parecido, y los doscientos fusilados no son culpables de delitos políticos: son criminales de dere-

cho común, hombres que han matado con sus propias manos. Sin embargo, en Washington se habla de "baño de sangre". En la Cámara de Representantes el Sr. Brook Háyes, presidente de una comisión investigadora, asegura que los revolucionarios proceden al "asesinato en masa". El Departamento de Estado expresa su desaprobación en términos más circunspectos. "El gobierno de EE. UU.", declaró el 15 de enero Roy Rubottom, Secretario de Estado Adjunto para asuntos latinoamericanos, "está resuelto a mantener una estricta política de no-intervención frente a Cuba, aunque haya sido invitado por el Congreso a hacer gestiones en La Habana para poner fin a la ejecución sumaria de antiguos partidarios de Batista".

CRIMENES MALOS Y CRIMENES BUENOS

Así, apenas quince días luego de la victoria revolucionaria, ya se envenenan las relaciones entre La Habana y Washington. El Departamento de Estado envía a Cuba un nuevo embajador en la persona de Philip W. Bonsal, diplomático de carrera que conoce los problemas de América Latina y se esforzará por calmar la fiebre. Pero el Congreso no le presta oídos. Año a año desde 1952 ha votado créditos de ayuda a Cuba, sin inquietarse nunca por los crímenes espantosos de Batista. Revistió de su autoridad moral los envíos de armas y municiones que se utilizaban no para proteger a Cuba contra una agresión, sino para luchar contra los guerrilleros y fusilar a los estudiantes.

¿Qué pasa, que de repente su conciencia despierta? ¿Ignoraba los hechos y gestos de la dictadura? Su reacción no augura nada bueno para el porvenir de las relaciones entre Cuba y Estados Unidos. Y el 21 de enero, ante una gran asamblea de 500.000 personas, Fidel Castro señala que EE. UU. "no protestó jamás contra las atrocidades co-

metidas por los Somoza, ni contra las de Trujillo en su largo reinado, ni contra las de Batista". En efecto, cuando en setiembre de 1960 EE.UU. se resigna a romper relaciones diplomáticas con Trujillo, luego de haberlo apoyado treinta años, lo hará sin condenar sus innumerables crímenes.

Hay que pensar que no todos los asesinatos, no todas las violaciones de derechos del hombre suscitan la misma condena. La ejecución por el régimen revolucionario de doscientos verdugos pesa más que los veinte mil asesinatos de Batista, más que la sangre derramada por Trujillo. Batista y Trujillo siempre llamaron comunistas a sus víctimas. Y los sobrevivientes de la masacre, cuando por fin quieren hacer justicia, llevan aún la marca de la acusación lanzada contra ellos por el tirano caído. En su maniqueísmo Norteamérica distingue dos formas de violencia: la que se ignora, que hace cerrar públicamente los ojos porque la cometen, en nombre de la defensa de Occidente y de la libre empresa, hombres que se llaman Batista o Trujillo, pero también Chiang Kai-Shek y Syngman Rhee... y la que se denuncia acaloradamente porque se sabe o se teme que afecte intereses norteamericanos.

Entonces, para calmar la cólera norteamericana, Fidel Castro anuncia que no habrá más ejecuciones sumarias, que los culpables serán juzgados públicamente por tribunales revolucionarios. Estos grandes procesos se inician el 22 de enero de 1959, y el gobierno cubano invita a La Habana a trescientos periodistas norteamericanos.

Su iniciativa sólo agrava el mal. Los cubanos están demasiado seguros de la culpa de los acusados, y para juzgarlos no disponen de magistrados profesionales, ya que la mayoría habían sido agentes dóciles del régimen caído. Los periodistas no encuentran en estos procesos el formalismo jurídico al que están habituados. Los testigos no declaran "sin temor y sin odio", sino con pasión tumultuosa. El tribunal se convierte a veces en una arena de circo, y en pocas

semanas seiscientos hombres son enviados a la muerte al cabo de un procedimiento altamente discutible. ¿Eran inocentes? La prensa norteamericana no osa afirmarlo. Pero, vistos desde un país donde el condenado puede retrasar diez años la ejecución de su pena, por artificios de procedimiento, estos juicios expeditivos y desordenados aparecen como una parodia de justicia y alimentan una vigorosa campaña de prensa.

DOCUMENTOS HUMANOS...

Pero la indignación no podía oscurecer los imperativos profesionales. El periodista no es sólo un quijote sino también un informador, siempre a la busca del "documento humano" que tocará la sensibilidad pública y, quizá, lo hará pasar a la posteridad. La tierra de Cuba le ofrece una mina inagotable. Las revistas más serias publican en "film-strip" fotografías de las ejecuciones: la primera muestra al condenado que llega al paredón; la segunda al confesor; la tercera, del momento en que el pelotón hace fuego, inmoviliza por un instante el cuerpo doblado que cae mientras el sombrero de la víctima hace una pirueta; y la última imagen se detiene sobre el cadáver al borde de la fosa.

El pacífico lector, al poner dos terrones de azúcar de caña en su taza de café, siente un delicioso escalofrío de horror que sólo un buen cigarro habano le permitirá saborear plenamente, calmándolo.

Y junto a la prensa escrita aparece la prensa filmada, con su reina, la televisión. Tanto en las salas oscuras, al pasarse el noticiero, como en la intimidad del hogar, ante la pequeña pantalla, el espectador contiene el aliento. Porque las imágenes que le imponen están vivas. Ve caminar el condenado, oye la salva de detonaciones, ve caer el cuerpo crispado. Su diario habitual le informa que, para

dieran registrarse esas imágenes, los operadores de la televisión norteamericana pidieron y obtuvieron que la hora de la ejecución fuera demorada. La pálida claridad del alba habría dado siluetas indecisas y borrosas. Para satisfacer al público indignado había que esperar la plena luz del día, bajo el sol claro del Caribe.

Hasta en Kokomo (Indiana) o Portland (Oregon), el americano impasible ve al prisionero que graba en la piedra de su celda, con el acero de las esposas, el nombre de la Virgen. Espectáculo edificante. Los repórters más audaces nunca habían conseguido fotografiar a ese condenado cuando cumplía su siniestra tarea, sin testigos, en las cárceles de Batista. Los papeles están trocados. El verdugo de ayer es la víctima de hoy. Gracias a los medios modernos de información, es promovido al rango de primera estrella. Y su muerte, cien veces justificada por los crímenes que no se mencionan, lo vuelve el principal instrumento de la propaganda antirrevolucionaria.

PRUDENCIA DEL CAPITAL

Las grandes compañías norteamericanas de la isla exhiben más prudencia que los diarios. Tienen intereses que proteger. Maniobrando con habilidad, han sabido evitar los escollos que les tendía un régimen corrompido. Incluso supieron aprovechar la situación para hacer fuertes ganancias contra toda ética comercial. Un principio básico dictó su línea de conducta: la actividad económica debe plegarse al poder político, sea cual sea la forma que adopte. El azúcar, venga de Batista o de Castro, tendrá siempre el mismo gusto y debe dar los mismos beneficios. El *businessman* que no se ha conmovido con los crímenes de Batista no tiene una lágrima para verter por el fin de los asesinos. Incluso está dispuesto a consentir algunos sacrificios para salvar los mue-

bles, limitar los daños, recuperar la inversión. Su balance se lo permite.

Así, mientras que los diarios norteamericanos atacan al nuevo régimen, éste obtiene de seis grandes empresas un crédito de más de un millón y medio de dólares. La *Nicar Nickel* proporciona U\$S 375.000, seguida por la *Colgate - Palmolive* con 300.000, mientras que el *First National Bank of Boston* larga U\$S 150.000. La *International Harvester* da sólo 125.000 y el *First National City Bank of New York* 100.000. Pero la más generosa de todas —¿quién lo habría dudado?— es la *United Fruit*, cuyo “imperio verde” tiene ramificaciones en todo el Caribe: con gesto amplio, presta 500.000 dólares...

Mientras tanto, en Estados Unidos, el tono de las críticas contra Cuba se hace más y más acerbo. El gobierno revolucionario no ha hecho aún el menor gesto contra los intereses norteamericanos, no ha promulgado la ley de reforma agraria, no ha tocado ninguna propiedad norteamericana. Pero ya hay una avalancha de críticas. Antes de caer Batista, el senador Ellender describía a Fidel Castro como jefe de “una caterva de bandidos que quemar las plantaciones de caña”. En enero de 1959, a menos de un mes del triunfo revolucionario, la revista *U. S. News & World Report* explica que se está instaurando una nueva dictadura en Cuba, y un despacho de la *Associated Press* estima que Estados Unidos podría intervenir para salvar a la isla del caos. Los diarios de la cadena *Hearst* ya consideran a Cuba como una cabecera de puente del comunismo internacional. En mayo, Lyle C. Wilson, vicepresidente de la *United Press International*, estima que el comunismo “probablemente” va a instalarse en Cuba y que entonces “Estados Unidos utilizaría rápidamente la fuerza para evitar que los rojos pusieran pie en la isla”, porque “EE.UU. no toleraría el comunismo en nuestro jardín, detrás de la casa”.

"NI PAN SIN LIBERTAD, NI LIBERTADES SIN PAN"

Pero en abril Fidel Castro va a los Estados Unidos, con la esperanza de despejar la atmósfera. "Espero que el pueblo de Estados Unidos comprenda mejor al pueblo de Cuba, y espero comprender mejor al pueblo de Estados Unidos." (15 de abril de 1959.) A quienes lo acusan de ser comunista, responde: "¿Por qué se preocupan por los comunistas? No hay comunistas en mi gobierno". (19 de abril.) "No estoy de acuerdo con el comunismo. Somos una democracia. Estamos contra toda forma de dictadura... Por eso es que estamos contra el comunismo." (25 de abril.)

Y las proclamas sobre el mismo tema prosiguen incansablemente:

"Entre las dos ideologías o posiciones políticas y económicas que dividen al mundo, tenemos una posición que nos es propia. La hemos llamado "humanista" en razón de sus métodos humanos, porque queremos librar al hombre de los temores, las consignas y los dogmas... El terrible problema del mundo es estar colocado ante la elección entre el capitalismo, que mata de hambre a los pueblos, y el comunismo, que resuelve los problemas económicos pero suprime las libertades que son tan caras al hombre. Cuba y América Latina quieren y hacen votos por una revolución que satisfaga sus necesidades materiales sin sacrificar sus libertades. Si lo conseguimos por medios democráticos, la revolución cubana será un clásico en la historia del mundo."

O si no:

"El capitalismo sacrifica al hombre. El estado comunista, con su concepción totalitaria, sacrifica los derechos del hombre. Por eso es que no estamos con ninguno de los dos sistemas. Cada pueblo debe desarrollar su propia concepción política, extraerla de sus propias necesidades, de

manera que no sea ni impuesta ni copiada. Y la nuestra es una revolución autóctona, cubana, tan cubana como nuestra música."

En Nueva York, el 22 de abril de 1959, ante un gigantesco auditorio popular en el Central Park, Fidel Castro desarrolla sus ideas:

"Nuestra revolución practica el principio democrático por una democracia humanista. Humanismo quiere decir que para satisfacer las necesidades materiales del hombre no hay que sacrificar los anhelos más caros del hombre, que son sus libertades; y que las libertades más esenciales del hombre nada significan si no son satisfechas también las necesidades materiales de los hombres... No democracia teórica sino democracia real, derechos humanos con satisfacción de las necesidades del hombre, porque sobre el hambre y la miseria se podrá erigir una oligarquía, pero jamás una verdadera democracia; sobre el hambre y la miseria se podrá erigir una tiranía, pero jamás una verdadera democracia. Somos demócratas en todo el sentido de la palabra... Ni pan sin libertad, ni libertades sin pan; ni dictaduras del hombre, ni dictaduras de castas, ni oligarquía de clases... Libertad con pan, sin terror..."

LA CAZA DE ERUJAS

Esto tendría que calmar los temores de Norteamérica. Algunas voces de la razón se hacen oír. "No puede saberse si la historia considerará a Fidel Castro como un auténtico patriota o como un aventurero criptocomunista" escribe Chester Bowles, ex-embajador en la India y uno de los principales asesores en política exterior del partido demócrata. "Pero un hecho ya es claro: su programa de reforma agraria se coloca indiscutiblemente en la línea de aspiraciones de América Latina."

Fomentada y explotada por una prensa de extrema

derecha, al servicio de los grandes intereses privados y las pasiones populares, la animosidad del público frente a Cuba inquieta a Chester Bowles, que lo pone en guardia:

"Podemos irnos acostumbrando a la certidumbre de que la razón no siempre ganará la partida, de que casi con seguridad se han de producir injusticias, y que el precio inmediato de una estabilidad a largo plazo parecerá con frecuencia exorbitante. Pero, por encima de todo, no perdamos de vista el problema esencial. En América Latina, así como en Africa y Asia, la única opción está entre la ciudadanía y la servidumbre, entre la esperanza y la desesperación, entre un progreso político ordenado y un levantamiento sanginario. Si no comprendemos esa opción, o si no apoyamos a los nuevos elementos que se esfuerzan por afirmar su liderato, el resultado será catastrófico."

Pero no puede pedirse a la prensa grande y a los congresales que utilicen el mismo lenguaje. El 12 de noviembre de 1959, los diarios de la cadena Hearst hacen esta pregunta: "Los técnicos militares soviéticos ¿están ayudando al gobierno antiyanqui de Castro a construir una base para lanzamiento de cohetes?". Afirman que en la provincia de Camagüey, en lugar secreto, se realizan vastos y misteriosos trabajos... Creería estarse leyendo *Nuestro hombre en La Habana* de Graham Greene, donde un representante comercial envía a los servicios secretos británicos el plano de las aspiradoras que vende, afirmando que se trata de las terribles máquinas que el enemigo instala en la Sierra Maestra.

Mr. Capehart, senador republicano por Indiana, se conmueve "ante el espectáculo del monstruo barbudo que marcha a través de Cuba". Y el representante Hays pregunta al Departamento de Estado qué piensa hacer para "calmar a Castro antes de que aniquile a la población de Cuba".

La prensa Hearst vuelve a la carga: "EE.UU. debe encabezar inmediatamente un movimiento que, mediante

la OEA y las Naciones Unidas, reemplace en Cuba el régimen dominado por los comunistas. Si no, dentro de seis u ocho meses muchas otras naciones latinoamericanas seguirán el camino trazado por Castro y confiscarán todos los bienes norteamericanos".

Por supuesto que las grandes revistas, *Life*, *Time*, *Newsweek*, etc., aportan su grano de arena a la campaña. El mismo *New York Times* está dividido: si Herbert Matthews, que publicó la primera entrevista con Fidel en la Sierra Maestra cuando Batista había anunciado su muerte, continúa explicando con simpatía las realizaciones de la revolución cubana, se encarga a otro redactor que dé simultáneamente un punto de vista menos favorable.

La lectura de todos estos artículos es muy instructiva. Así como en tiempos del macarthismo los "cazadores de brujas" recogían chismes de porteras sin verificarlos, los diarios americanos dan lugar preferente a las declaraciones de antiguos partidarios de Batista (presentados simplemente como cubanos hostiles a Fidel Castro), y de hombres de negocios norteamericanos (cuyo nombre no se cita) con nostalgia de los lucrativos regímenes anteriores. La "caza de brujas" no afecta ahora a individuos sino a una nación. Se registra el pasado de los dirigentes cubanos como antes se hacía con los diplomáticos y universitarios que habían apoyado la causa de la República Española o de China en lucha contra el Japón. Raúl Castro es acusado de comunismo porque, de estudiante, fue a un congreso del Movimiento Pro Paz en Viena. Y cada vez que un embajador de los países del Este es recibido por el gobierno cubano, la revista *U. S. News & World Report* lo ve como una prueba más de confabulación con los países comunistas. Estas visitas no son eclipsadas por las que hacen el embajador norteamericano y el británico...

Numerosas víctimas de McCarthy se perdieron por negarse a ser interrogadas sobre sus opiniones políticas, y no contestar a los inquisidores que les preguntaban si en

alguna oportunidad habían simpatizado con el partido comunista. Pero Fidel Castro no tiene inconveniente en decir: "No soy comunista, y el movimiento revolucionario tampoco lo es, pero no tenemos por qué decir que somos anti-comunistas nada más que para halagar a las potencias extranjeras" (17 de julio de 1959). "Nuestras ideas no tienen nada que ver con el comunismo. No hay ningún tipo de participación de comunistas en nuestro gobierno. Pero lo que no hacemos es perseguir a otra idea política. No tenemos miedo a las otras ideologías." (Agosto de 1959.)

Y por fin, exasperado por la campaña de difamación, el jefe revolucionario declara: "No creo en las mentiras que se dicen sobre el comunismo, porque conozco las mentiras que la misma gente dice sobre mi régimen". (23 de octubre.)

Menos de un mes luego de su victoria, el 25 de enero, había dicho: "Los miembros del Congreso de Estados Unidos han calumniado a Cuba. La prensa norteamericana ha lanzado una criminal campaña de difamación contra el nuevo gobierno cubano".

Mientras se amplía la campaña, la revolución transforma el paisaje cubano. Las acusaciones propagadas por los políticos y los periódicos de EE. UU. ¿impedirán a los revolucionarios continuar su obra? Todo lo contrario. Como el viaje de Fidel Castro a Washington no dio los frutos esperados, y como la revolución fue considerada comunista desde sus primeros pasos, Cuba no espera ya nada de Estados Unidos. A cada nueva ofensiva contra ella, la revolución acelera su ritmo. En pocos meses nace un país nuevo en esta tierra, donde el tardío descubrimiento de la libertad embriaga a los espíritus más ponderados.

II

EL EJERCITO REBELDE TRABAJA

Y lo que hallo en Cuba, más de un año después de triunfar Fidel Castro, es una contagiosa alegría; el miedo y la angustia se leían en todos los rostros durante los últimos meses de Batista. Esa alegría es aun mayor en el campo que en las ciudades.

A pesar de las nubes de polvo que levantan las ruedas, una tropa de chiquillos corre detrás del auto. Son diez, veinte, pronto treinta o cuarenta, casi en harapos, descalzos, gritando de alegría a nuestro paso. Salen de los miserables bohíos que hay a lo largo del mal camino, cuyos baches nos obligan a llevar paso de tortuga. La delirante escolta aclama al comandante Escalona, jefe de la provincia de Pinar del Río, quien ha interrumpido su largo monólogo, pronunciado con voz muy suave y al mismo tiempo llena de fervor.

¿Qué podría decir? Le basta saber que miro. Ahí, bajo mis ojos, la miseria de los campesinos, una miseria que dos años antes, bajo la dictadura de Batista, me parecía indisolublemente ligada al régimen, y quizá al país. Doscientos metros más allá, las casitas nuevas que dentro de

pocos días serán propiedad de cada una de estas familias, que apenas se atreven a creer en el milagro.

Si aquí hay contrarrevolucionarios, como afirman ciertos diarios norteamericanos, no deben ser peligrosos. El comandante de la provincia circula desarmado, y su única escolta son los pequeños desharrapados que en dos años han aprendido a comer lo que desean, y luego aprenderán a usar la canilla de agua corriente.

El comandante es un campesino barbudo de mirada muy dulce, gesto lento y la voz tranquila de un monje trappista habituado a la soledad. ¿Cómo logró ese pacífico personaje, con un puñado de hombres, abrir en 1958 el segundo frente que asestó un severo golpe a la dictadura y sus 40.000 soldados? Parece mucho más la imagen viva del San José de un nacimiento, que no un jefe militar. Con una sonrisa desecha todas mis preguntas sobre su pasado guerrillero y sólo me habla de los campesinos, por quienes se batió para construir una provincia digna de ellos. Pero yo sé que cuando abrió el segundo frente a setecientos u ochocientos kilómetros de allí, al venir de la Sierra Maestra, estaba herido.

No peleó por gusto de la aventura o porque le divirtiera disparar armas de fuego —según cierta literatura, el pecadillo latinoamericano—. Este hombre apacible, campesino e hijo de campesinos, no podía tolerar el horrible espectáculo de miseria que ofrecía el campo cubano desde hacía generaciones. Por eso, como muchos otros, respondió al llamado de Fidel Castro. Es inteligente, se expresa sencillamente y con precisión. No es un intelectual. No hay que preguntarle por qué ideología se ha batido. Perfecto prototipo del revolucionario cubano, luchó contra la miseria, contra la dictadura, contra la corrupción, contra el terror. La dictadura, con sus dos ramas principales —el robo organizado y la represión policial—, se ha derrumbado. Pero la miseria subsiste. Es lo que quiere abatir

ahora el comandante Escalona en esta provincia de Pinar del Río, la más pobre de la isla, la "cenicienta de Cuba".

UNA "NURSERY" EN EL CUARTEL

Es muy tarde cuando volvemos a la capital de la provincia. Hasta donde alcanza la vista, los campos de tabaco están recubiertos por una tela de yute que los protege y asegura una cosecha de calidad superior. En la ciudad la gente toma el fresco en los zaguanes. Entramos al cuartel. Extraño cuartel sin puesto de guardia, sin el menor centinela. El único uniforme es el del comandante, que sonríe bajo la barba.

El edificio es un cuadrado en torno a un patio, donde crece el pasto. Abro una puerta. Una mano toca el interruptor, y junto con la luz surge el llanto de unos treinta bebés que empezaban a dormirse chupándose el pulgar. En las camas pintadas de blanco, los mercenarios del ejército batistiano han cedido lugar a cuarenta niñas que se incorporan en la cama y me colman de preguntas, mostrándome los juguetes que les trajeron los Reyes. Algunas hacen de improviso pícaras guiñadas. Las más correctas no se dignan despertarse, y continúan su sueño apretando las muñecas.

Más allá está el dormitorio de los niños, y luego el comedor, y luego los salones de clase. Enfermeras y visitadoras sociales se ocupan de estos 160 niños que hace dos años erraban todo el día en la calle, abandonados por su familia, cuando no instruidos para la mendicidad y el robo.

No era raro que las niñas, a los trece o catorce años, fueran enviadas a la capital, donde los traficantes las abandonaban a la prostitución. Prostitución sórdida, a una modesta tarifa de dos o tres pesos. Tenían suerte si las

reclutaba una boîte de lujo, de las que se especializaban en la rica clientela norteamericana. Entonces, en el Mambo Club u otro similar, al salir del casino los turistas de Houston o Springfield, las chicas les ofrecían con decorado exótico placeres que, de vuelta en sus ciudades puritanas, les dejarían un cosquilleante recuerdo.

Los muchachos, condenados en su mayoría a la desocupación, eran afortunados si conseguían entrar al ejército de Batista. Los que diez años atrás siguieron ese camino han vuelto a la desocupación. Nadie les quiere dar trabajo. Han perdido hasta a sus amigos, y su propia familia no quiere verlos.

Ayer abandonada, esta juventud tiene ahora techo y comida, y las institutrices —algunas son voluntarias, otras cobran medio sueldo— les enseñan a leer y escribir, a la espera de que les den un oficio. El comandante Escalona se ha casado hace trece días. Su mujer es institutriz en este cuartel transformado en orfanato. No hay vacaciones ni viaje de bodas para los jóvenes revolucionarios.

HORNOS Y CASAS PREFABRICADAS

Fuera de la ciudad entramos a un segundo cuartel, más exactamente un campamento militar. El muro ha sido derribado. Tres guardias discuten a la entrada y ni piensan en dejar el cigarrillo cuando reconocen al comandante. Al cabo de una avenida hay una rica mansión que antes habitaba el coronel Miranda, cuñado de Batista. En la cocina lavamos vasos y abrimos la heladera para servirnos jugos de fruta. El comandante se disculpa por recibirme sin protocolo. Pero, dice, no pudo acostumbrarse a vivir en la casa de un antiguo potentado y prefirió instalarse en una pequeña casita. A los nuevos dirigentes les avergonzaría adoptar para nada la forma de vida de sus predecesores.

Al otro extremo del campamento, se ha destinado un sector a la construcción de elementos prefabricados para casas de campesinos. El ejército rebelde ya no tiene que iniciarse en el manejo de las armas que le han permitido liberar al país. Entonces trabaja. Bajo un vasto hangar, fabrica extrañas cocinas de kerosén: una fina plancha esmaltada de azul o rosa viejo, con dos hornallas y un depósito. De lejos las cocinas impresionan mucho. De cerca, la calidad de la soldadura hace fruncir el ceño a un periodista canadiense, que parece escéptico. No conoce los braseros ni la hoguera de leña que usaban las campesinas para cocinar. Estas cocinas, aunque no representen el último grito del progreso, son con todo mejores. Y el interés que suscitan es tan grande que por mucho tiempo la demanda superará a la oferta.

ESCOLARES EN LUGAR DE TORTURADORES

Y el ejército trabaja en todas partes. Construye o repara los caminos y los puentes. Edifica nuevos pueblos donde la gente estará al abrigo del sol, de la lluvia y de los insectos. Cava piscinas y construye hoteles para el turismo popular. En un cuartel aislado —¿qué diablos hacía en pleno campo?— repara las paredes y el techo dañados por la lucha de liberación, y en una pieza ya en condiciones, un médico ambulante hace una primera consulta a mujeres que han venido de varios kilómetros a la redonda. Se acercan tímidamente a ese doctor de quien les han dicho que podría atender y curar a sus hijos. Algo inquietas, van a intentar la experiencia. Bajo el antiguo régimen, todos los médicos estaban concentrados en la capital y en las ciudades importantes. Para los campesinos, mal alimentados, mal alojados, sin higiene, era preferible no caer enfermos. Jóvenes médicos, que llevan una vida muy sacrificada, están allí para prodigarles los cuidados necesarios.

En La Habana, sobre el majestuoso Malecón, la comisaría de la 5ª seccional está ornada de banderines. Al pasar por allí, hace dos años, mis amigos cubanos fingían desenvoltura. Siguiendo el consejo de un diplomático europeo, fui de noche a vagar por el sitio. A través de los espesos muros me llegaban claramente alaridos de dolor, que me pusieron en fuga. En pleno corazón de la capital, el comandante Ventura estaba al trabajo. El es, parece, quien figura en *Nuestro hombre en La Habana* bajo el nombre de Segura. Hoy Fidel Castro entrega al Ministerio de Instrucción Pública las antiguas salas de tortura transformadas en aulas de clase.

"Antes", me decían todos los oficiales, "el país pertenecía al que dominara los cuarteles, y sobre todo el Campamento de Columbia, esa especie de plaza fuerte de donde Batista no se atrevía a salir en los últimos meses de la dictadura. Ahora los edificios que fueron símbolo de la opresión pertenecen a los escolares..."

En Santiago de Cuba, el célebre cuartel Moncada también tiró abajo el muro exterior para convertirse en centro escolar. Pienso en las escaleras y los pasillos, con un guardia armado cada dos metros, por donde me habían llevado dos años atrás, sólidamente rodeado, por presencia ilegal en la provincia de Oriente. El general Chaviano me explicaba por qué los "bandidos fidel-comunistas" serían impotentes contra las fuerzas del orden. Pero las fuerzas del orden fueron vencidas por campesinos barbudos, y el antiguo bastión de la dictadura, donde se torturó a los primeros camaradas de Fidel Castro, es también ahora una escuela.

EL PISTOLERO Y SAN FRANCISCO

No fue el gusto por las armas lo que llevó a los campesinos y estudiantes a refugiarse en la Sierra Maestra. Su victoria no los hizo hombres de guerra. Temibles en el

combate, conservan el idealismo algo descabellado que les permitió vencer. "Libertad o muerte" decían entonces. Era una opción simple en su brutalidad. Ahora que tienen libertad, su tarea es mucho más compleja. Hay que eliminar la miseria, dar al país independencia económica. Ya no se trata de morir, sino de trabajar. Entonces el ejército rebelde maneja tractores y bulldozers, construye, cava, siembra.

Haber puesto fin a la pesadilla de un pueblo desgarrado entre la cólera y el miedo le vale sólo un privilegio: el de trabajar. El joven soldado que me lleva en coche oficial por la carretera a Matanzas comete la imprudencia de exceder la velocidad permitida. Un motociclista de la policía pronto lo alcanza y le hace una boleta, a pesar de que viene conmigo un capitán rebelde. Decididamente, algo ha cambiado: bajo Batista, el menor sargento creía que todo le estaba permitido y realmente poseía todos los derechos, incluso el derecho de vida y muerte sobre sus compatriotas.

El ejército maneja la azada y el martillo, se integra a la economía del país en lugar de roerlo como un parásito que robaba, violaba, asaltaba, asesinaba. "Nuestra revolución" me dijo Carlos Franqui, uno de los dirigentes principales, "tiene algo de pistolera y algo de franciscana...". Y estos personajes de color subido, barbudos como Cristo, soldados de pelo recogido como los piratas de Lafitte, guerreros de largo pelo castaño que les cae sobre los hombros, negros de amplio sombrero, respiran todos una suavidad franciscana, heredada de varias generaciones en contacto con la tierra y la pobreza, en la humillación y la desesperanza.

Pero no hay que ceder al espejismo. Estos hombres no pertenecen a un pío laicado. Un país no sale brutalmente de la corrupción y la tiranía para convertirse sin sacudidas en una asociación de beneficencia. Tiene que haber una escoria en el metal. Hay adversarios. ¿Qué dicen?

III

LA TIERRA PARA LOS CAMPESINOS

JOVEN y apuesto, calzado con botas cortas elegantemente labradas, me recibe con prudente cortesía. Le prometo que su nombre no será revelado jamás, y que transformaré el personaje hasta volverlo irreconocible. Sus facciones se distienden. ¿Hablará, quizás? Para él es un privilegio bastante raro: ¿qué le asegura que su interlocutor no va a tratarlo de "contrarrevolucionario", no va a imaginar que está complotando? Una vez convencido de que conmigo no corre ese riesgo, se entrega a las confidencias:

—La ley de reforma agraria no se aplica. Dice que nadie puede poseer más de 30 caballerías (400 hectáreas). Pero me han quitado todo, no me han dejado la parcela a la que tengo derecho. Los servicios administrativos van más allá que Fidel. Lo conozco y financié la revolución; trataré de verlo para explicarle que la ley se viola...

Entre las primeras tierras afectadas por la reforma agraria, figuran las de Fidel Castro y su familia. El estatuto jurídico de las tierras "intervenidas" no es muy sencillo; están bajo secuestro. Un tribunal fijará su suerte y

dejará a los antiguos propietarios la porción que la ley les autoriza conservar. Por el resto recibirán una indemnización en bonos públicos.

—Sí —dice—, pero mientras tanto estoy arruinado. Y no es más que un aspecto de la cuestión. Lo más grave es que les falta experiencia. Este año no será tan buena la cosecha de tabaco. La hacienda está mal cuidada: los animales que llegan al matadero pesan hasta 200 kilos menos de lo normal. Los grandes terratenientes conocen su trabajo pero la mayoría se ha ido, así como también los especialistas norteamericanos en ganadería. Esto es una catástrofe. Estoy arruinado, pero lo peor es que todo el país amenaza ir a la quiebra económica.

Otras personas propagan las mismas objeciones. El INRA (Instituto Nacional de Reforma Agraria) trajo a ingenieros holandeses para grandes trabajos de irrigación, pero se les reprocha que no sepan nada de cultivos tropicales. En las arroceras recién creadas hay agrimensores japoneses, pero parece que en Cuba no se puede cultivar el arroz igual que en Japón. Varios críticos, que conocía hostiles a Batista, me expresan también su temor de que la revolución fracase económicamente al querer ir demasiado rápido, haciendo todo a la vez a pesar de la falta de especialistas.

LOS GRANDES FUNDOS

Pero mi interlocutor me interesa más que los otros porque, como muchos cubanos ricos, financió ampliamente una revolución de la que hoy es víctima.

—¿Y si hubiera que empezar de nuevo? —le pregunto.

—Lo haría. Cualquier cosa menos la dictadura de Batista... Aun daría cientos de miles de dólares... Pero así y todo...

Los terratenientes que no desearon ni ayudaron a la

revolución están en el exilio. No los conoceré. En otros círculos hallé adversarios virulentos. Pero todos reconocen que la reforma agraria era indispensable: critican la forma como se aplica.

Fui entonces a las estadísticas hechas bajo la dictadura. Once compañías norteamericanas controlaban 1:181.088 hectáreas, el 47,4% de las tierras destinadas al azúcar. Nueve propietarios cubanos poseían 623.000 hectáreas, 25,1% del total. Por sí sola la *Cuban Atlantic Sugar Co.* poseía 250.000 hectáreas de campos azucareros. Gran parte de esas tierras se dejaba inactiva. Por eso es que la ley de reforma agraria prevé un sistema algo complicado: las tierras inactivas son distribuidas automáticamente a los campesinos; luego la proporción de tierras intervenidas se calcula en función de su productividad. Dicho en otros términos, la ley considera que los "propietarios" no tienen ningún derecho sobre las tierras que no cultivaban, y derechos limitados sobre las tierras de rendimiento insuficiente.

CON LOS "PRECARISTAS"

Las primeras tierras confiscadas pertenecían a dignatarios del régimen caído. Eran dominios robados, o comprados legalmente con dinero robado al tesoro público. Comí con campesinos y "barbudos" de la finca "El Rosario": 5.400 hás., 4.000 vacas, que se había apropiado un ex-ministro. Dominio 45 veces menor que los de la *Cuban Atlantic Sugar Co.*... El par de centenares de familias campesinas que fueron echadas han vuelto, y tienen un trabajo que les asegura la subsistencia. El ejército les contruye casitas de ladrillo con cuatro ambientes, que semejan palacios al lado de los bohíos anteriores.

Pero son casitas modestas si se las compara con las que vi en Pancho Pérez. Un responsable un poco apresurado

quería convencerme de que este pueblo piloto da idea de lo que se está haciendo en todo el país. Pero Pancho Pérez está mucho mejor concebida que las otras aldeas nuevas que vi. Es un ideal que quizá se generalice algún día. Mientras tanto los bohíos se cambian por estructuras que, sin ser lujosas, presentan real confort. Y no se trata de una vidriera para visitantes ingenuos. Lo que se construye varía mucho según las zonas: aquí un pueblito coqueto, más allá casas más simples desperdigadas por el campo. Pero, de un extremo a otro de la isla, el ejército construye casas de material para los campesinos.

Más de cien mil ocupaban tierras que no les pertenecían. Alrededor de 46.000 obtuvieron el privilegio de un domicilio. Cerca de 7.000 eran subarrendatarios. Unos 33.000 trabajaban como aparceros. En un nivel inferior estaban los 13.700 que se designaban con el nombre elocuente de "precaristas": a completa merced de los propietarios, no tenían ningún derecho. Al fondo de la escala social, unos 500.000 trabajadores agrícolas que en su mayoría no podían emplearse más que diez o quince semanas por año, durante la zafra. Endeudados por varios años, se creían anclados en la miseria.

Ahora les han distribuido la tierra. En algunos lugares, un tercio, un cuarto y hasta la mitad estaba inactiva. Cuando un campesino araba una parcela inactiva, el propietario la ocupaba. Esa tierra ahora se explota sistemáticamente, lo que alcanza para dar trabajo y alimento a un número cada vez mayor de campesinos.

TRACTORES Y ARROZ

Conforme a lo prescrito por la ley agraria, se organizan en seguida en cooperativas y eligen un administrador. El campesino posee la tierra, pero la cooperativa se encarga

de vender la cosecha, cuyo producto se distribuye luego. Al escribirse estas líneas existen una seiscientas cooperativas, que agrupan a 180.000 familias con un promedio de cinco miembros cada una. Ha podido triplicarse el salario de los peones. La cooperativa suministra las semillas, el abono y el material necesario. Si un campesino no puede pagar, su deuda se acredita a la cosecha próxima.

Para cultivar las tierras inactivas hace falta maquinaria. El antiguo sistema desalentaba a los campesinos y el propietario, satisfecho de sus ingresos, no se preocupaba de extender sus cultivos. El equipo mecánico de la agricultura cubana era increíblemente pobre. En los meses que siguieron a la caída del dictador, se organizaron colectas públicas para comprar material. Las contribuciones de la clase media y los centavitos ahorrados por los escolares se sumaron para permitir la compra de 916 tractores. Un crédito abierto por el INRA sirvió para importar 994 más. Aún hacían falta 1.500. Pero ¿cómo iba a saber un guajiro usar máquinas modernas que nunca había visto? Un centenar de instructores se desplaza por las distintas provincias para iniciar a los campesinos en el manejo de los tractores. Se crearon cinco unidades móviles de reparación. Treinta y nueve avionetas y nueve helicópteros se utilizan para disseminar abonos e insecticidas.

Las fronteras de la tierra cultivable, antes inmóviles, retroceden a pasos gigantescos. Todo el trabajo se desarrolla bajo el impulso de los barbudos que vienen de la guerrilla para volverse jefes de zona. Al mismo tiempo retroceden las fronteras del hambre. En 1957-58 Cuba consumió 7:500.000 quintales de arroz, pero sólo produjo 3:500.000. La diferencia se importaba de Estados Unidos. Costo: 40 millones de dólares. En un año la producción aumentó en 1:600.000 quintales, con lo que se ahorraron 16 millones de dólares. El gobierno revolucionario, que necesita divisas, prevé entonces que podrá reducir otro tanto las importaciones. Error: el campesino gana más y come

más, pero por lo menos se ha contenido la hemorragia de dólares.

También disminuyen las importaciones de maíz, de porotos y grasas vegetales y animales, que representaban unos 50 millones de dólares bajo Batista. Pero el consumo interno aumenta. Dentro de pocos años, Cuba producirá todos los alimentos que necesita.

VINCULOS ROTOS

"Comete suicidio un pueblo el día en que fía su subsistencia a un solo fruto" escribió José Martí. El país siempre soñó con diversificar su agricultura, que se basaba esencialmente en la caña de azúcar. El sueño se está cumpliendo. Cuba vendía lo mejor de su cosecha azucarera a Estados Unidos y le compraba el arroz, los frijoles, etc., que constituyen la base de su alimentación. El doble vínculo hacía que la isla dependiera estrechamente de EE. UU., y las sociedades norteamericanas que controlaban el 47,4% de la producción azucarera se cuidaban muy bien de modificar la relación de fuerzas...

La dictadura se apoyaba en una estructura económica que arrastró en su caída. Con entusiasmo algo confuso, un orden nuevo está naciendo.

Esto no significa que todo sea perfecto. Cuba carece de expertos y técnicos. Lo principal es que el país va creando con suma lentitud la nueva estructura administrativa, que debe ser racional para ser eficaz. Es mucho lo que queda librado a la improvisación. Mientras algunas cooperativas agrícolas funcionan juiciosamente, otras no han logrado aún encontrar su camino.

Además se han cometido algunos errores de orientación. Si bien era preciso activar las tierras incultas, también urgía obtener rendimiento máximo de las tierras mejores,

y para ello renovar las plantas de caña, que al envejecer disminuyen su rendimiento. También había que romper con las viejas estructuras coloniales, diversificando en cada región los cultivos y la cría para que los campesinos pudieran trabajar todo el año. También hay que renovar la técnica de pasturas bajo clima tropical. Estas mejoras, y algunas más, están realizándose a sugerencia del profesor francés René Dumont, llamado en consulta por Fidel Castro.

IV

AL SERVICIO DEL PUEBLO

“**D**ESE prisa; llevamos 58 años de atraso”. En todas las puertas, esta advertencia recuerda que no es el momento de conversar, y que Cuba está en una carrera contra reloj para ganar medio siglo de corrupción y despilfarro que dejó casi exangüe al país.

El profesor Núñez Jiménez, director ejecutivo del INRA, aplica escrupulosamente esa consigna. Se expresa con precisión, sin palabras inútiles. Nuestra conversación se ve interrumpida por una delegación de tres campesinos que plantean un delicado problema de irrigación. En pocos minutos se lo soluciona. Presencé veinte decisiones rápidas como ésa: se ha trazado una orientación general, y los detalles de ejecución no pueden sufrir demora; no puede haber revolución a paso lento, y aquí la velocidad es garantía de éxito.

Varios cubanos me dijeron: “Esta revolución va demasiado de prisa, es muy radical, y Fidel quiere hacer todo al mismo tiempo”. Un régimen más prudente, como el del presidente Betancourt en Venezuela, adoptó un ritmo más

lento. En su primera etapa, la reforma agraria venezolana afecta únicamente a las tierras inactivas. Los cubanos prefirieron quemar etapas. En otros países de América Latina, fueron demasiadas las reformas agrarias que no pasaron de una distribución de tierras más o menos simbólica.

En su número del 1º de junio de 1959, la revista *Time* reconoce que, en toda América Latina, sólo 5% de la tierra está cultivada, aunque $\frac{2}{3}$ de una población de 190 millones viven de la agricultura. La mayoría de los veinte países latinoamericanos debe importar muchos de sus alimentos. En Venezuela, según la misma fuente, el 3% de los propietarios posee el 90% de la tierra; en Chile 2% poseen 52%, y 2% poseen la mitad del Brasil. La primera reforma agraria fue la mexicana, al lanzar Emiliano Zapata su grito de "Tierra y Libertad"; pero en 1940, cuando se hubieron distribuido 25 millones de hectáreas a familias sin tierra, la producción agrícola había descendido en un 20% con respecto al nivel de 1910 (es cierto que había aumentado el rendimiento en las tierras no distribuidas, porque el temor fue un acicate para sus propietarios). En Guatemala, la United Fruit no le dio tiempo a Arbenz para completar su reforma. En Bolivia, donde 500.000 familias de campesinos han recibido tierras desde 1952, alrededor del 60% de los alimentos debe ser importado. En lo que a Cuba respecta, Fidel Castro teme que le ganen de mano sus enemigos internos o externos. Y, como la mayoría de los cubanos, tiene tanta más prisa por el hecho de que su país sacudió el yugo de la colonización española un siglo más tarde que las "repúblicas hermanas". Quiere ponerse al día con la historia. La reforma agraria es la médula de su movimiento revolucionario. Aunque él mismo preside el INRA, ha dejado su dirección en manos de Núñez Jiménez.

¿Quién iba a reconocer tras la barba hirsuta al autor de una excelente *Geografía de Cuba*? Y los meses de guerrilla no eliminaron los hábitos adquiridos en la cátedra universitaria. Pero el antiguo profesor no se contenta con

enseñar la orografía y el clima de Cuba. Realiza un ejercicio de geografía económica aplicada esforzándose por hacer rendir el máximo al suelo de su país. Su libro hizo fruncir algún entrecejo, porque no se limitaba a señalar los picos más altos de la Sierra Maestra o la extensión y volumen de la hidrografía. Analiza la distribución del terreno, compara la producción real y la producción posible, estudia la población y su empleo, llama la atención sobre la eminencia de las compañías norteamericanas en la agricultura del país. Algunos vieron en ello peligrosas influencias marxistas... En realidad, se trata de una simple exposición de hechos. Hechos que hicieron nacer la revolución, hechos sin los cuales nunca habría existido un Fidel Castro.

"REVOLUCION ES TRABAJAR"

Dado que el país lleva atraso, el objetivo es simple. "Revolución es trabajar", proclama otro slogan. Desde el primer día, una realidad brutal salta a los ojos del visitante que ha conocido el antiguo régimen... En 1958, bajo Batista, vi un país donde el temor apenas disimulaba la cólera, pero también vi un país que no trabajaba. Los funcionarios ficticios se movían una vez por mes para cobrar la remuneración de un trabajo que no cumplían. Los hombres de negocios pasaban más tiempo elaborando combinaciones lucrativas que desarrollando técnicamente sus empresas. Los asalariados sabían que el tráfico menudo les daría más provecho que su trabajo. El ejército, cuya profesión era pelear, pensaba más en acumular ganancias que le garantizarían un cómodo exilio. Los desocupados se creían condenados para siempre a la inactividad.

Y de repente cambió todo. La prensa norteamericana habla ahora de la desocupación que hay en Cuba, mientras que la ignoraba bajo Batista, cuando alcanzaba cifras mu-

cho más elevadas. El nivel de vida del pueblo mejoró sensiblemente en pocos meses: aumento de salarios escandalosamente bajos, reducción autoritaria del precio de varios artículos de consumo corriente, rebaja de los alquileres, sometidos a especulación por la escasez de vivienda: 50% de rebaja en los alquileres inferiores a 100 pesos por mes, 40% para los alquileres entre 100 y 200 pesos, 30% en los alquileres superiores a \$ 200. El trabajo se convirtió en una actividad rentable, que debe permitir alimentarse, vestirse, alojarse. Como resultado los comerciantes están ganando más a pesar de que es menor su margen de beneficio, porque se vende en mayor cantidad. Sólo fue afectado el comercio de lujo: hay que importar máquinas y no perfumes o alhajas. "La revolución bien vale el sacrificio", me dijo uno de los principales joyeros de la capital.

El pueblo se puso a trabajar de un extremo a otro de la isla. Reina una actividad febril en todas partes. La valoración de las tierras inactivas ocupa centenas de millares de brazos. Algunos capitales se expatriaron, pero el presupuesto público, en lugar de enriquecer a los ministros, los generales y sus cómplices, se afecta realmente a los grandes servicios públicos; y eso alcanza para crear mano de obra. Los créditos de Instrucción Pública se utilizan ahora para construir y amoblar escuelas, lo que representa otra fuente de trabajo. "Es demasiado simple", me dijo en provincia un jefe de trabajos; "alcanza con decir a la gente «Es para la revolución», y en seguida se ponen a trabajar...".

TRANSFORMACION DE LA LOTERIA

En la época de Batista, tres categorías profesionales dominaban netamente el mercado, en ciertos barrios de La Habana: los policías, los vendedores de números de lotería y las prostitutas. Y no siempre era fácil distinguirlos. Los

agentes de la fuerza pública acumulaban la función de alcahuetes, y los pobres vendedores pregonaban la misma mercadería. Así las prostitutas eran las más honestas. Estas tres profesiones que simbolizaban a la corrompida dictadura han desaparecido casi por completo.

Pero la lotería subsiste. Batista decretó que ese medio ideal de fraude haría sorteos diarios. Para los desocupados, representaba la única esperanza de salir de la miseria. Esperanza de ilusos, porque había un sabio mecanismo de engaño que hacía la admiración de los entendidos.

Como toda revolución es puritana, podía preverse que la lotería se iba a suprimir al igual que la prostitución. Pero Fidel Castro sabía que no apagaría de la noche a la mañana una pasión del juego arraigada tan sólidamente por una larga tradición de miseria. Prefirió transformarla. La lotería volvió a su ritmo semanal, más razonable. Se redujo el monto total de los premios para disimular la tentación. Y el principio mismo del juego fue radicalmente transformado.

El que compra un número efectúa una inversión. El producido neto de la lotería ya no va más al bolsillo de la Sra. Batista; se deposita en una cuenta especial destinada a financiar la construcción de viviendas populares. El número cuesta 22 pesos, y se vende también en participaciones de 25 centavos. El que compra un número, gane o no, debe conservarlo; la suma se considera un adelanto sobre la vivienda que ocupará. El número se acepta al 40% de su valor el primer año, y al 100% luego de cinco. Así la lotería se ha vuelto una suerte de caja de ahorro para la construcción.

—Ahora —me dijo en tono sarcástico un adversario del régimen— Fidel Castro piensa que los cubanos no juegan bastante...

Un dirigente revolucionario me dijo lo mismo. Pero con una sonrisa encantada... Porque los "barbudos" lucharon demasiado contra la corrupción como para no alegrarse porque decline la pasión del juego. La baja autoritaria de

los alquileres asestó un golpe a la edificación privada. Pero en todas partes surgen las obras que el estado financia gracias a la nueva lotería.

ARQUITECTOS TAN JOVENES...

Porque en La Habana fueron iniciadas así las obras de 5.000 unidades de alojamiento. Y alrededor de 3.000 en el interior. En la capital, al este de la bahía, un inmenso terreno que Batista destinaba a construcciones de lujo se dedica ahora a viviendas baratas: edificios y casitas individuales que se otorgan contra la presentación de los números de lotería. La diferencia en el precio se compensa mediante un sistema de venta-alquiler.

En las oficinas y estudios provisorios, los arquitectos y dibujantes no hallan tiempo de levantar la cabeza al entrar el visitante. Una atmósfera de colmena. Todos son muy jóvenes. El decano no tiene 35 años. Bajo el antiguo régimen tenían una sola perspectiva: emplearse con los grandes patronos vinculados al gobierno, que trabajaban sólo para los pontífices del régimen, enriquecidos por operaciones fraudulentas. Su única esperanza de llevar a cabo sus ideas era integrarse en el sistema de la corrupción. Preferían el exilio, y conocí a muchos de ellos en Puerto Rico y otros lugares. Ahora, estos jóvenes de treinta a treinta y cinco años son responsables del plan de urbanismo de la capital. Estudiaron en Nueva York y París, y agitan las ideas más audaces.

"Construir un palacete para un general o un ministro no nos interesa", me dijeron. "Aquí trabajamos para el pueblo". La expresión es quizá anticuada y un poco ridícula, pero es la única que conviene: trabajan con amor. Y así imprimen una nueva orientación a la arquitectura cubana. La influencia de Estados Unidos hizo surgir en La Habana

raścacielos como los de Nueva York: grandes superficies planas de cristal, aluminio y acero pulido, como vastos espejos deslumbrantes bajo el sol del Caribe. Los jóvenes arquitectos de ahora, por el contrario, redescubren los méritos del estilo colonial, con sus zonas de sombra en la fachada para asegurar el fresco. Aunque utilizan técnicas y materiales modernos, vuelven a las galerías de arcadas, a los balcones, a los patios, y saben organizar una ventilación natural que prefieren al aire acondicionado norteamericano. El carácter nacionalista de la revolución cubana se manifiesta así hasta en su arquitectura.

De noche, al irse del estudio o de la obra, cambian la regla T por una ametralladora. Todos reciben instrucción militar. Quieren estar preparados para defender no una revolución abstracta, sino una revolución sin la cual no habrían podido realizar nunca su vocación de arquitectos.

Y no son los únicos que están en esa situación. Tanto en la capital como en los suburbios y el interior, se puede ver entrenar a milicias de estudiantes, de médicos, de profesores. Todos, convencidos de haber encontrado por fin la posibilidad de ejercer dignamente sus profesiones, quieren capacitarse para defender la revolución por las armas: saben que ha despertado en el mundo por lo menos tanto temor y odio como admiración.

LAS VIRTUDES DEL ALCOHOL

Pocos meses después de su victoria, un buen día Fidel Castro tuvo un momento de inquietud; el consumo de alcohol había aumentado en proporciones enormes. Al mejorar el nivel de vida, los obreros y campesinos se habían puesto a beber. ¿Iba a alentar el alcoholismo una revolución puritana? Los barbudos quieren que su aventura no se ensucie. Y en un país que se esfuerza por arrancar a las dé-

cadadas de miseria, el dinero puede hallar salida más útil que la compra de alcohol, aunque sea una industria nacional...

El consejo de ministros decidió en seguida gravar el alcohol con un impuesto especial. El producto se destinaria a crear centros de turismo popular. Los cubanos ricos gastaban 34 millones de dólares por año en viajes de turismo. Para el pueblo no podía haber vacaciones. Ahora la exportación de divisas para turismo está prácticamente prohibida. Pero las maravillosas playas de Cuba, mucho más atrayentes que las piscinas de Miami Beach, son puestas bajo explotación. Y el pueblo se precipita a la costa, mientras permanecen casi vacíos los suntuosos palacios contruidos antes para el turismo norteamericano.

La industria de la construcción está en apogeo, aunque los particulares hayan dejado de edificar luego de la rebaja de alquileres. Viviendas baratas, moteles populares: no se trata sólo de probar que la revolución quiere mejorar la suerte de los trabajadores. También hay que crear empleos para absorber la desocupación. La operación se financia con una lotería que ya no lo es más, y con un impuesto al consumo de alcohol.

—Fidel se queja: los cubanos no beben bastante —me dice el mismo gruñón.

Pero la multitud corre a las playas recién habilitadas y, bajo el sol de fuego, rodea los puestos donde se vende jugo de frutas, cerveza y, oh paradoja de esta revolución "antiyanqui", Coca-Cola, símbolo azucarado del imperialismo...

Y los obreros de la construcción, los empleados, los trabajadores de todo tipo, van noche a noche, como los arquitectos, a hacer el servicio militar. Pero la verdadera fuerza del régimen está en los campesinos de las cooperativas agrícolas, también armados. De noche efectúan patrullas para sorprender a los "contrarrevolucionarios", que a veces prenden fuego a las cosechas.

Obreros o campesinos, no abandonarán sin más ni más el trabajo que ahora tienen, la tierra que es de ellos. Los

mercenarios de la dictadura caída parecen impotentes contra ese pueblo armado para defender su derecho al trabajo. Una reedición cubana del "golpe de Guatemala" estaría seguramente condenada al fracaso (*).

(*) La predicción se confirmó con el fracasado desembarco del 17 de abril — (N. del T.).

LOS DOS HERMANOS

NO bien llegué, un representante oficial me dijo: "Fidel sabe que Vd. está aquí. No ha olvidado los artículos que escribió durante la dictadura, y quiere recibirlo. Ahora está en la Sierra Maestra con cuatrocientos estudiantes, vigilando su instrucción militar. Pero cuando vuelva...".

Pero Fidel Castro había vuelto a la capital hacía más de una semana, y yo estaba por irme. Cada veinticuatro horas su secretario me informaba de que estaba por fijarme cita. Durante tres días no salí del hotel donde, según me habían dicho, mandaría a buscar de un momento a otro. "Pero está muy ocupado", agregaban. La retórica del "mañana" me irritaba lenta pero seguramente. Sin embargo mi obligado encierro tenía una ventaja: me permitía reflexionar a mis anchas. En 1958, la policía de Batista me arrestó pocas horas antes de que un convoy clandestino me llevara ante el jefe de los guerrilleros. Pero esta vez, con el antiguo rebelde en el poder, lo único que me impedía ver a Fidel Castro era el desorden del nuevo régimen.

El caos revolucionario me resultó visible desde que

llegué. Una sólida tradición hispano - tropical me hacía perder un tiempo respetable en cada cita, ya que el interlocutor era muy rara vez puntual. Es cierto que Fidel Castro tiene varias cosas en qué pensar además de recibir a un periodista entre tantos que llegan a Cuba. Pero yo no era el único que esperaba. Sus propios ministros tienen dificultades para verlo. Él mismo no sabe dónde estará dentro de un minuto, y si lo sabe no lo dice. Puede ser una sabia precaución de seguridad: ¿cómo organizar un atentado contra una estrella fugaz? No duerme dos noches seguidas en el mismo sitio. Y hace bien en desconfiar. Un avión de Florida bombardeó la casita donde a veces descansaba, cerca de La Habana.

Pero esta falta de horario, de empleo preciso del tiempo, también tiene que ver con su temperamento. No puede quedarse donde está, tiene que ver todo personalmente, está en todas partes, o sea que en principio es inhallable. Y sin embargo sé que uno termina por verlo. Basta cruzarse en su camino. Pero ¿tendré esa suerte?

Muchos responsables viven como él. Un espíritu cartesiano no entiende cómo puede cumplirse tanto trabajo en medio de tal desorden. Es cierto que vi el ardor de los jefes revolucionarios que trabajaban 15 ó 16 horas por día, durmiendo cuando podían, sacrificando su vida de familia a la tarea inmensa que se han fijado: poner nuevamente en marcha a un país cuyos engranajes administrativos hay que sustituir por completo. Ese prodigioso impulso da cierta cohesión al desorden; las partes del rompecabezas se unen por la rapidez tumultuosa de la corriente que las arrastra. Pero esta desorganización comprometerá el porvenir de la revolución.

EN UN BAR

... En ese punto de mis meditaciones, a las 23.45, decidí reservar mi pasaje de vuelta para el día siguiente

de mañana, cuando en el hotel se percibe una animación desacostumbrada. Me llaman. Está Fidel Castro. Hay que creer que deseaba verme, ya que ha venido en mi busca.

—Venga, pronto. ¿Ya comió?

Yo sí. Pero él todavía no. Me hace entrar a su auto. A la primera luz roja, la multitud, que parece que nunca durmiera, se aprieta contra las ventanillas y aclama al héroe nacional que, infatigable, estrecha manos, contesta todas las preguntas, reconoce a antiguos discípulos. Dos autos de escolta nos flanquean en el Malecón, bañado por la llovizna de las olas. A un signo de Fidel Castro, los choferes suben a la calzada y nos dejan en un bar abierto al viento marino.

Sentados en taburetes altos, contemplamos la sorpresa de los mozos, aturcidos por la imprevista visita del primer ministro a un café... El viento está frío, y Fidel se cierra la campera verde olivo.

—¿Qué es lo que no le gusta en nuestra revolución?

—Ese desorden que hay en todas partes.

—¡No hay ningún desorden!

El término era ambiguo. Es cierto que la ciudad y el campo están en calma, que todo el mundo trabaja.

—La inmensa mayoría de los cubanos apoya la revolución —agrega—, y no hace falta que intervenga la policía para mantener el orden.

Por lo que he podido ver, los opositores son casi todos dueños de tierras intervenidas, o de casas de apartamentos que sufrieron rebaja de alquiler. Son minoría. El único foco de agitación podría estar en los 50.000 soldados de Batista, abandonados por sus oficiales y condenados a la inactividad.

EL ALMA DE LA REVOLUCION

Pero me refiero al desorden que se manifiesta en las altas esferas dirigentes:

—Usted, por ejemplo, hace tres días que tenía que recibirme... Sé que pasa lo mismo con algunos ministros. Con más método ganarían en eficacia...

—Es un desorden organizado —replica imperturbablemente—. Mi papel es dar un impulso, suscitar iniciativas. Por eso viajo todo el tiempo entre las provincias para ver qué se hace, corregir lo que no marcha, mantener contacto con el pueblo. Nuestra revolución es una revolución popular. No puedo encerrarme en un palacio donde sería inaccesible...

Mientras habla Fidel engulle dos grandes cócteles de ostras, un plato de langosta, un plato de pollo con arroz y cantidad de galletitas. Se expresa calma y reposadamente. Pero la conversación transcurre a ritmo muy rápido. No vacila un segundo antes de contestar. Se siente que los meses de prisión, exilio y guerrilla le han permitido reflexionar en los problemas que ahora intenta resolver. Pero a veces me da la impresión de que sus respuestas se parecen a slogans muy repetidos. Yo quería una conversación tranquila, pero ¿cómo es posible en este café al viento, donde nos interrumpen los pasantes entusiastas que vienen a estrechar la mano de Fidel y palpearle afectuosamente el hombro? No me gustan los tribunos, desconfío de los héroes, y nunca creí en los hombres providenciales. Este mocetón que no cesa de comer y hablar es las tres cosas a la vez. Y sin embargo su simpatía es indiscutible.

Habla por espacio de dos horas sobre las realizaciones del movimiento revolucionario: reforma agraria, cooperativas de campesinos y de pescadores, tiendas del pueblo, construcción de viviendas, de carreteras, desarrollo de la enseñanza, creación de las milicias populares. Todo eso lo conozco, y Fidel Castro no me cuenta nada nuevo. Pero me demuestra su fe en el porvenir, y la confianza del pueblo. Aparece como lo que es: el alma de la revolución. En los ministerios y los comandos de provincia, otros organizan, dirigen, administran, él mantiene el fervor que

se propaga de hombre a hombre, el entusiasmo que no debe flaquear, la voluntad de renovarlo todo. Es idealista, pero está al corriente de todo lo que pasa en la isla. A los informes escritos prefiere los contactos humanos. Uno lo ve dondequiera pueda surgir una dificultad, dondequiera el ejército rebelde ponga en práctica una nueva idea. ¿Por cuánto tiempo podrá mantener ese ritmo trepidante?

JEFE DEL EJERCITO A LOS 23 AÑOS

Son las 2 de la mañana. Hemos vuelto al coche. Fidel Castro se vuelve:

—¿Qué es lo que no vio en Cuba?...

El ministro de Instrucción Pública y el joven diplomático cubano que nos acompañan palidecen de inquietud: si contesto que no vi el pico Turquino, el más alto de la Sierra Maestra, saben que iremos a parar al otro extremo de la isla en helicóptero.

—No vi a su hermano Raúl...

Los rostros se tranquilizan. Algo más joven que Fidel, Raúl Castro es comandante del ejército rebelde a los veintiocho años. Está en el cuartel general instalado en el viejo Ministerio de Marina, más accesible que el pico Turquino.

Un cuarto de hora más tarde, los guardias del edificio se apartan para darnos paso: avisado por radio, nos espera Raúl Castro. En la planta baja, una exposición a la gloria de José Martí. Hace 65 años que murió en una guerra que debía librar al país de la sujeción a España, lejana y débil, para hacerlo caer bajo la dependencia económica del gigantesco y poderoso vecino. Fidel Castro se detiene ante las fotografías del poeta y gran revolucionario, su maestro. Luego entramos al ascensor. En el cuarto piso empujamos varias puertas, y por fin llegamos a una pieza grande donde el comandante preside una reunión

de trabajo. Antes de toda discusión, me muestra viejas fotografías que acaba de encontrar. Son de una manifestación estudiantil ante la Universidad en tiempos de Batista.

—Este es Fidel. Este está muerto. Aquél comanda una provincia. Estos: muerto, muerto, ministro de Instrucción, muerto, desaparecido. Este se unió a Batista y nos traicionó. Estos muerto, muerto...

La conversación se detiene. Aquellos mozos apenas salidos de la adolescencia increpaban a la dictadura. No han envejecido. Y helos en el poder. Sonríen al sentirse aún vivos. Pero quizá han tenido que madurar antes de tiempo. La seriedad se mezcla a su ardor juvenil, porque han desencadenado un movimiento popular que cuenta con ellos para llegar al triunfo total. Si fracasaran, y cualquiera fuese el régimen que los sucediera, muchas de sus realizaciones quedarían: nadie podrá quitar las tierras distribuidas a los campesinos armados. Pero la decepción del fracaso arrojaría al país en el caos.

—No podemos, no debemos fracasar —me dice Raúl Castro—. El golpe de Guatemala es imposible aquí. Habría que aplastar a todo un pueblo...

Estamos ahora en la cocina de su casa, donde su mujer Vilma Espín, de origen francés por parte de madre y heredera de una rica familia de Santiago de Cuba, le sirve una comida liviana.

—América Latina —dice Raúl Castro— es como una gran planicie de hierba seca, donde hay una fogata que se llama Cuba y que es preciso apagar. Una agresión militar contra nosotros es imposible. Nuestro ejército tiene cuarenta mil hombres, pero dentro de algunos meses será reducido a veinticinco mil. Usted vio a los campesinos armados. Pronto habremos armado a 100.000 civiles. Trujillo, en la República Dominicana, constituyó una legión

extranjera de algunos cientos de hombres. Pero ninguna fuerza exterior podrá hacer nada contra un pueblo en armas.

El comandante del ejército rebelde no se parece nada al retrato que de él me habían hecho. Al primer contacto, le falta el calor humano que caracteriza a Fidel y que suscita un entusiasmo delirante en algunos admiradores. Raúl Castro es más frío, más racional, mucho menos tribuno. Su pensamiento parece más matizado.

—La revolución cubana —dice— hizo derrumbarse muchos mitos. Primero el mito de que no había revolución posible contra el ejército o sin concurso del ejército: por eso es que la revolución cubana no se parece a las de otros países de América Latina. Luego el mito de que la insubordinación contra Estados Unidos era un sueño peligroso: por muchos conductos la dictadura había recibido ayuda norteamericana, y no podíamos tolerar aquí intereses que habían apoyado al dictador. La caída de Batista consagró la pérdida de esos intereses extranjeros...

Los campesinos y estudiantes que derribaron al ejército de la dictadura no quieren otro ejército. Los militares profesionales fueron mucho tiempo serviles ejecutores de la tiranía, y los jóvenes revolucionarios no confían, para la defensa del país, más que en el pueblo armado. Sus adversarios se asustan; Fidel Castro les contestó, en un gran discurso pronunciado el 26 de octubre de 1959:

—Los contrarrevolucionarios dicen: para defenderse contra sus enemigos, la Revolución no necesita armar a los obreros y los campesinos (...) ¿Por qué se oponen a que entrenemos a los obreros y los campesinos? Es muy simple: porque quieren un ejército profesional como el de antes, así podrán tener la esperanza de que ese ejército, al correr de los años, pueda convertirse en un instrumento de la reacción, porque esperan encontrar a algún ambicioso, algún traidor. Creen que con un ejército profesional podrían corromper oficiales, corromper soldados, y que

en un momento dado las fuerzas armadas de la República se volverían el elemento decisivo para los destinos del país. Porque no olviden que los grandes privilegios, los grandes intereses de los latifundistas, los poderosos intereses afectados por la Revolución, todos esos intereses y privilegios tienen un instrumento: el ejército. El ejército era el instrumento de los intereses extranjeros y de los peores intereses nacionales. No en vano el ejército cubano tenía instructores extranjeros. Como los contrarrevolucionarios saben que el pueblo es una formidable arma revolucionaria, como saben que un pueblo entrenado es un pueblo pronto para pelear en defensa de sus conquistas, son alérgicos a todo lo que significa el entrenamiento de obreros y campesinos.

El pueblo está dispuesto a luchar en defensa de una revolución que costó muy cara. Pero al mismo tiempo ha abordado una nueva etapa, la del desarrollo económico; y es el hecho que debe reconocer Estados Unidos, a pesar de las violencias verbales de que es objeto.

VI

EN LAS NARICES DEL MONSTRUO

ES medianoche cuando se entreabre la maciza puerta y penetro en la guarida del diablo rojo. El también prefiere ver a la gente de noche, porque así no lo molesta el teléfono. Su madriguera es el Banco Nacional, desde donde dirige prácticamente toda la economía cubana. Este médico argentino conoció a Fidel Castro en el exilio, y unió a él su suerte. Se llama Ernesto "Che" Guevara. La prensa norteamericana lo llama comunista. El dice que está influido por el pensamiento marxista, pero afirma que no es comunista.

Cuando termina de hablar con el joven director de los proyectos de industrialización, me hace levantar del cómodo sillón donde un ordenanza muy diestro me ha servido un voluptuoso café, para hacerme pasar el rato. Extraño director de banco: todavía tiene barba, pelo largo y la camisa guerrillera de cuello abierto. En el austero ambiente del Banco Nacional, parece Robin Hood en el atrio de un castillo feudal. Un amigo francés me había dicho:

—Vas a ver; es como Robin Hood; roba a los ricos para dar a los pobres...

—Pero ¿es competente?

—Vi a toda clase de hombres de negocios que fueron a verlo, convencidos de que el médico-revolucionario se dejaría atrapar en argucias comerciales. Saliéron con la cabeza gacha, luego de entrevistas muy ceñidas con un hombre que conoce a fondo los problemas y defiende los intereses cubanos con sólida competencia...

El "Che" Guevara habla correcto francés. Comprendo que un *businessman* norteamericano, lampiño y de riguroso traje gris, me haya confesado su turbación ante este banquero desmadejado, de sonrisa franca y mirada que chispea de inteligencia. Iba a concederme una entrevista de un cuarto de hora, porque el Che Guevara debe ser el único jerarca cubano con horario metódico. Pero parece que la conversación le agrada, y la extiende por más de una hora.

EL RITMO DE LA REVOLUCION

Las dificultades que encara parecen insuperables. En 1952, cuando el segundo golpe de Batista, la deuda pública de Cuba alcanzaba a 177 millones de dólares. A la caída de la dictadura estaba en U\$S 1.238 millones. Estas dos cifras dan la medida de la prosperidad ficticia que entonces reinaba. Al subir al poder, Batista encuentra reservas de más de U\$S 600 millones en oro. Al irse deja 72. Desde principios de siglo, la seguidilla de regímenes corrompidos pidió a la banca norteamericana 568 millones de dólares, por los cuales hubo que pagar 229 millones en intereses...

—Mientras nos compren el azúcar —me dice Guevara— la economía cubana estará a salvo. Si Estados Unidos quiere reducir o suprimir sus importaciones, ¡y bueno!

le vendemos a otro. Los países del Este están dispuestos a comprar. ¿Qué es lo que quiere Washington? ¿Echarnos en brazos de Moscú...?

En el *New York Herald Tribune*, Walter Lippmann (30-31 de enero 1960) y Joseph Alsop (14 y 16 de marzo) vieron el peligro que comportarían las represalias económicas norteamericanas. No consideran a la revolución cubana una revolución comunista, sino una revolución nacionalista que hay que mantener en el campo neutral en vez de empujarla hacia Moscú o Pekín. Pero, en toda la prensa norteamericana, son casi los únicos que usan ese lenguaje prudente.

El 22 de enero de 1960 habla a la Comisión de Relaciones Exteriores de la Cámara de Representantes, que acaba de oír al Secretario de Estado Christian Herter, su presidente T. Morgan. Declara: "Nuestra política consistía en enviar infantes de marina. Es lo que hicimos en el pasado. Pero esa diplomacia ya se acabó".

Sí; en este mundo dividido en dos bloques hostiles, esa forma de intervención, utilizada en México, en Nicaragua, en Haití, en Santo Domingo, etc., ya no es más practicable. Y hasta se vuelve peligroso, como lo fue en 1954 en Guatemala, alentar y ayudar a un grupo nacional resuelto a derribar un régimen revolucionario.

La primera arma de que quiere valerse Washington es la guerra económica. Y en vano Walter Lippmann pone en guardia al gobierno: "Nuestra experiencia, que empezó con la revolución mexicana hace unos cuarenta años, nos enseña que la intervención armada o aun la coerción económica por bloqueo, embargo y represalias económicas, hacen poco bien y mucho mal. No protegen los legítimos intereses norteamericanos amenazados por la revolución, y hacen muy difícil llegar después a un arreglo razonable cuando el fervor revolucionario decae y llega el tiempo de la reconciliación y la reconstrucción". (*New York Herald Tribune*, 30-31 de enero).

—La revolución está dando los primeros pasos —le digo al “Che” Guevara—, y por eso es turbulenta. Pero ¿no cree Vd. que el entusiasmo inicial se enfriará, que la revolución se suavizará, se aburguesará?

Es visible que, a pesar del frenesí de los horarios de trabajo, ha pensado en el problema. Y su respuesta debiera ser comprendida por Washington:

—El ritmo de la revolución —dice— se adaptará al ritmo de la contrarrevolución.

A cada nueva maniobra o ataque contra el régimen fidelista, éste replica con las únicas armas que posee contra Estados Unidos. Da un nuevo paso adelante. Joseph Alsop se inquieta y recuerda en el *New York Herald Tribune* (14 y 16 de marzo) que la “maniobra de póker” de Foster Dulles sobre la financiación de la represa de Asuan empujó a Nasser a nacionalizar el canal de Suez. A cada gesto de Washington, La Habana responde por una nueva confiscación de empresas norteamericanas.

“UN PUEBLO QUE DESEA MORIR...”

—La revolución es temeraria —me dice Che Guevara, riendo—. No estamos a miles de kilómetros de Washington. En toda América Latina, por lo menos en Cuba, el despotismo político y el atraso social se deben al subdesarrollo económico, en gran parte fomentado y explotado por los intereses extranjeros. Teníamos que romper vínculos con el imperialismo...

Se echa atrás en el sillón, enciende un cigarro y lanza una carcajada:

—¡Hacemos la revolución en las narices del monstruo!

Esa fórmula no hace sino parafrasear una expresión de José Martí. En una carta escrita antes de morir, el 18 de mayo de 1895, y considerada su testamento político, el

“Apóstol de Cuba” evoca su exilio en Estados Unidos, y lanza un grito de alarma: “Viví en el monstruo y le conozco las entrañas; y mi honda es la de David”. Porque ¿qué puede hacer un pequeño país de seis millones de habitantes contra el formidable poderío de Estados Unidos? Desde el siglo pasado, se manifestó en la opinión cubana una tendencia que preconizaba la pura y simple integración a los Estados Unidos, cuya bandera ganaría así una estrella. Pero otra corriente reclamaba la independencia total, tanto del colonialismo político español como del neocolonialismo económico de los Estados Unidos. Esa corriente, inspirada por José Martí, es la que triunfa con Fidel Castro. Pero ¿servirá contra el gigante la honda de David?

Desde las cajas de fósforos, desde los diarios y discursos, las frases de José Martí recuerdan que la liberación económica de Cuba es condición para una democracia honesta. Es una constante y larga aspiración histórica, que ninguna amenaza podrá ahogar. “El pueblo que quiere morir vende a un solo pueblo” escribía Martí, “y el que quiere salvarse vende a más de uno”.

Pero Martí murió antes de ver al imperialismo norteamericano tomar el puesto de la dominación española. En 1901 una Asamblea Constituyente redactó la ley fundamental de la nueva república. Pero no pudo evitar que el gobierno de Estados Unidos agregara la enmienda Platt, que estipulaba en uno de sus ocho artículos: “El gobierno de Cuba concede a los Estados Unidos el derecho de intervenir para garantizar la independencia y para ayudar a cualquier gobierno a proteger las vidas, la propiedad y la libertad individual”.

LA ESTRATEGIA DEL AZUCAR

Fue bajo esa amenaza que nació en 1902 la república. El primer presidente electo, Tomás Estrada Palma, recu-

peró la nacionalidad cubana que durante su exilio había abandonado para hacerse ciudadano norteamericano. Y en 1906, para inmovilizar a los opositores que querían impedir su reelección, invocó la enmienda Platt y pidió la intervención norteamericana... De 1906 a 1909, Estados Unidos gobierna otra vez en Cuba. La enmienda Platt sería abolida recién en 1934, pero en el futerin los EE.UU. hallan otros medios de intervención.

El primer tratado de reciprocidad entre Cuba y Estados Unidos (1903) acuerda a EE. UU. tarifas preferenciales con una bonificación del 20 al 40%. Las exportaciones norteamericanas a Cuba saltan entonces del 45% al 75%. Por su parte Cuba disfruta de una tarifa preferencial para las ventas de azúcar a Estados Unidos. Pero en 1930 Washington aumenta sus aranceles aduaneros y provoca una caída vertiginosa de las compras de azúcar. Cuatro años más tarde hay que negociar un nuevo acuerdo. Al mismo tiempo EE. UU. inaugura el sistema de cuotas para la importación de azúcar. Cuba ya no tiene compensaciones: la modificación de aranceles exigía una negociación entre dos gobiernos, pero ahora la cuota del azúcar cubano es fijada unilateralmente por Washington. Hasta 1950 EE.UU. compraba a Cuba el 53% de su azúcar; en 1956 la participación cubana había bajado a 29%. Los diversos regímenes imperantes en La Habana se inclinaron ante la ley del más fuerte.

El sistema de cuotas afectó gravemente la economía cubana: de 1925 a 1958, la población de la isla casi se duplicó para pasar de 3:500.000 a 6:500.000 habitantes, mientras que la producción de azúcar seguía estacionaria. Y los plantadores, en el temor de que la superproducción provocara un derrumbe de precios, hacían política malthusiana con la aprobación de Washington. No fue simple coincidencia que el 12 de junio de 1952, tres meses después del golpe de marzo, Batista anunciara que Cuba tenía un excedente de 1:800.000 toneladas y que había que reducir

la producción de azúcar a 5 millones de toneladas por año.

Pero hoy día el gobierno de Fidel Castro pide que el comercio de azúcar se determine por vía de acuerdos comerciales, ya que un tratado bilateral tendría la ventaja de no poder ser modificado, como las cuotas, por la sola voluntad de Washington.

En seguida los Estados Unidos y el mismo presidente Eisenhower se indignan y deploran que las naciones proletarias sean tan ingratas. Cuba, según ellos, se beneficiaba de un régimen de favor, porque EE.UU. le compraba el azúcar al precio interno norteamericano, muy superior al mundial. En 1958 EE.UU. le pagaba a Cuba 5,09 centavos la libra, mientras que en el mercado mundial valía 3,48. La razón de esa política fue definida claramente el 8 de febrero de 1934 por el presidente Roosevelt, que en un mensaje al Congreso señalaba que la producción azucarera norteamericana era insuficiente y muy cara, agregando que la *Sugar Quota Act* precisamente debía "protegerlos contra una nueva expansión de esa industria necesariamente cara" (*To provide against the further expansion of that necessarily expensive industry.*)

Vi a Fidel Castro tratar el problema en un largo discurso televisado. Metódicamente, enumera las cifras. No es por hacerle un favor a Cuba que EE.UU. le compra azúcar por encima del precio mundial, explica. Estados Unidos produce azúcar de caña en Hawaii y Puerto Rico. También produce en el Medio Oeste azúcar de remolacha. Es el *lobby* de los remolacheros que obliga al gobierno a importar azúcar a la elevada cotización del azúcar nacional de remolacha. Si EE.UU. comprara azúcar al precio mundial, haría quebrar a todos sus remolacheros.

Era la primera vez que el pueblo cubano oía explicar el mecanismo de subsidio a los precios agrícolas norteamericanos. Fidel Castro habló tres cuartos de hora sobre el tema. La prensa extranjera no dijo nada. Lo único que

recordó del discurso fue un violento incidente con el embajador de España, que fue expulsado del país en el término de 48 horas.

EL "ROBO ECONOMICO"

El canciller Raúl Roa da una razón suplementaria. Las dos guerras mundiales hicieron subir el precio del azúcar en los mercados externos. En el período 1914-18, Cuba vendió a Estados Unidos 7:400.000 toneladas que podrían haberse vendido a otro cliente en 4 centavos más la libra. Pérdida: 600 millones de dólares. En la segunda guerra mundial se repite el fenómeno: EE.UU. compra el azúcar cubano entre 1,8 y 3 centavos la libra, mientras que en el mercado vale 6.

Las desigualdades del acuerdo comercial tuvieron otra consecuencia, según los dirigentes revolucionarios. En los diez últimos años la balanza de pagos ha sido desfavorable en mil millones de dólares, más o menos. Luego de 1945, agregan, las inversiones norteamericanas en Cuba alcanzan a 700 millones, y los beneficios a 548 millones. Estados Unidos, teniendo en cuenta sólo la primera cifra, habla de "generosidad". Pensando en la segunda, Cuba habla de "robo económico".

Así, bajo la dictadura de Machado, bajo los diversos regímenes controlados luego del primer golpe de Batista en 1933, bajo los gobiernos corrompidos de Grau San Martín (1944-1948) y Prío Socarrás, luego bajo la dictadura de Batista (1952-1958), el cielo de las relaciones entre Cuba y EE.UU. mantiene perfecta serenidad. Las primeras nubes aparecen con la victoria de Fidel Castro.

Pocos meses antes de caer la dictadura, EE.UU. promete a Batista aumentar sus importaciones de azúcar. Pero la prensa y el Congreso amenazan reducirlas apenas pa-

sados unos meses de la toma del poder por Fidel Castro. Y, en julio de 1960, EE.UU. decide disminuir en 700.000 toneladas sus importaciones para ese año, dando poderes al presidente para fijar nuevas reducciones.

La paradoja no es quizá sólo aparente. En agosto de 1960, en la conferencia de San José de Costa Rica, Estados Unidos se esfuerza por aislar a Cuba de los demás países latinoamericanos, y hace a éstos una importante concesión: les sacrifica al dictador Trujillo, que sostiene desde hace 30 años. El viejo tirano cometió, entre otros, el error de organizar un atentado contra Rómulo Betancourt, que levanta contra él un abrumador expediente. Ante las pruebas, los países miembros de la OEA condenan a la República Dominicana y deciden romper con ella relaciones diplomáticas y comerciales. Estados Unidos espera obtener en cambio una condena de la revolución cubana, considerada un peón de Moscú en pleno hemisferio occidental, y se pliega a la resolución. Pero, seis semanas más tarde, decide comprar azúcar dominicano...

Puede parecer extraño que Washington tenga debilidades con Batista y Trujillo, pero sea inflexible con Fidel Castro.

Earl Smith, embajador de EE.UU. en La Habana hasta la caída de Batista, expone el 11 de setiembre de 1960, ante una subcomisión del Senado norteamericano, las razones de esa actitud. "Si la oposición entre dictadura y democracia fuera la única cuestión a resolver, no sería difícil tomar una decisión. Pero estamos en plena lucha por nuestra supervivencia, y se imponen otras consideraciones. Si la política de EE.UU. es provocar el fin de las dictaduras en la fe de que la democracia vendrá a reemplazarlas, entonces creo que EE.UU. debe estar dispuesto a tomar todas las medidas necesarias para mantener la ley y el orden y evitar el caos durante el período de transición (...). Si debemos intervenir para provocar la caída de las dictaduras, entonces debemos intervenir en toda la medida

que haga falta para alcanzar nuestro objetivo (...) Y debemos estar preparados para que nos critiquen por apoyar a gobiernos amigos reconocidos por EE.UU., aunque se los moteje de dictaduras." (Citado por *U. S. News & World Report*, 26 de setiembre).

Así fue como EE.UU. apoyó a las "dictaduras amigas" de Batista y Trujillo y despliega enormes medios de acción contra Fidel Castro. Para considerar dictador a Batista, EE.UU. esperó a que cayera; su "amistad", las ventajas económicas que otorgaba a ciertas sociedades norteamericanas, su respeto por un sistema que permitía a EE.UU. realizar cómodas ganancias, la actitud siempre comprensiva de los delegados cubanos en la ONU: todo eso merecía que se tendiera un velo sobre los crímenes del ex-sargento. En nombre de los intereses superiores de Estados Unidos se sacrificaba la democracia cubana, se compraba más azúcar al dictador pocos meses antes de su caída, se le enviaban instructores militares para preparar a un ejército en lucha contra los "barbudos". Es cierto que en 1958 Washington tuvo la prudencia de embargar las armas destinadas a Cuba, pero no sin verificar que Gran Bretaña continuaría entregándolas.

Se comprende la nostalgia del ex-embajador Earl Smith, que agregaba: "Hasta la llegada de Castro al poder EE. UU. tenía en Cuba una influencia tan irresistible, que el embajador norteamericano era el segundo personaje del país, a veces hasta más importante que el presidente cubano".

¡Esa era la *belle époque* de la dictadura! Ahora el gobierno revolucionario no consulta al Embajador cuando quiere diversificar la producción económica y los mercados para que la isla no sea más un "satélite económico" de Estados Unidos, para que el crecimiento de la producción corra parejo con el aumento de población, para que los campesinos y obreros puedan trabajar y ganarse la vida, para que se exploten los recursos que las compañías

norteamericanas conservaban como reserva estratégica, para que se cultiven las tierras improductivas.

Y el prodigioso esfuerzo, tanto tiempo demorado, se cumple a pesar de las tentativas norteamericanas de ponerle trabas. El esfuerzo supone una reforma agraria que lesiona intereses privados norteamericanos, un programa de industrialización que cambia los mapas. Supone, en la gestión de los fondos públicos, una honestidad que sorprende a los adversarios de la revolución. El asombroso impulso inquieta a Estados Unidos. Se produce cuando su embajador ya no es el primer personaje de Cuba. Por el contrario: Mikoyan viaja a La Habana, se restablecen relaciones diplomáticas entre Cuba y Moscú, y se establecen relaciones por primera vez con Pekín.

VII

DE BANDUNG A LA HABANA

EN los meses que siguen a la victoria de Fidel Castro, dos grupos de "barbudos" se lanzan a temerarias incursiones en territorios vecinos. El primero, que ataca Panamá, provoca una intervención de la OEA. El segundo, dirigido por un francés, parece haber sido exterminado en Haití.

En ambos casos el gobierno revolucionario da a conocer su punto de vista: son iniciativas que escaparon a su control y que le merecen pública condena. Fidel Castro llega a decir que no piensa "exportar" su revolución. Cualquier otra actitud le valdría la abierta hostilidad de los gobiernos americanos. Luego debe frenar a ex-guerrilleros que preparan una expedición similar.

La situación del gobierno cubano ya es lo bastante difícil para agravarla con ataques a países vecinos, sea cual sea su régimen. Además el fervor revolucionario de Cuba es contagioso. Es inútil exportarlo a punta de machete. El virus se propaga por contacto. Ha contaminado diversas capas sociales en toda América Latina. En principio, los dirigentes cubanos podrían contentarse con dejarlo obrar.

DIPLOMACIA EN LA PELUQUERIA

La realidad no es tan simple, porque el virus plantea serios problemas al régimen revolucionario. En una entrevista increíble y apasionante, estos problemas me fueron expuestos y comentados por un diplomático extranjero de larga veteranía en La Habana.

El diplomático, que es de una distinción perfecta, se excusa con una cortésia muy del siglo pasado por las condiciones en que me recibe. Estamos en su peluquería habitual. Con la navaja en la garganta, tiene la prudencia de entreabrir apenas los labios para decir con suma claridad cosas muy importantes.

—Conocí la dictadura —dice—, y la revolución es realmente admirable. Hace lo que había que hacer, aunque a veces pueda criticarse su manera de obrar. La mayoría de sus realizaciones permanecerá. Y sin embargo, esta revolución nos preocupa...

Se adivina la objeción antes de que la diga. Es grande el prestigio de Fidel Castro ante la opinión pública de América Latina. Y las poblaciones comparan la actitud moderada de sus gobiernos con el eco que les llega de la revolución cubana. De ahí una cierta tensión entre los hombres que están en el poder y una opinión que los juzga timoratos. Los gobernantes cubanos se animan cuando hablan de las dictaduras de América Latina (Nicaragua, Paraguay, República Dominicana), pero también de los gobiernos "seudo-democráticos" que no nombran.

—No es sólo eso —dice mi interlocutor—. Hay algo más concreto.

La manicura ha terminado de hacerle las uñas de la mano derecha, y comienza ahora con la izquierda. El barbero pincha el labio superior del diplomático, que se interrumpe un momento bajo el acero.

—Washington —continúa— empieza a comprender que hay que realizar un gran esfuerzo por América Latina. Y Fidel Castro, con su proyecto de conferencia de países subdesarrollados que convocó para el verano de 1960 en La Habana, quiere traer a toda África y Asia, a los hambrientos del mundo entero. Entonces, ¿la torta va a ser más grande, pero habrá que dividirla en más porciones? No es serio. Ustedes dicen "La caridad bien entendida..."

UNA PRUEBA PARA LOS DOS BLOQUES

Pero la "conferencia del hambre" les parecía urgente a los dirigentes cubanos. Al hacer su revolución "en las narices del monstruo", deben contar con la hostilidad de los Estados Unidos. Dado que el fidelismo crea fuerte tensión en los países de régimen menos radical, también deben prever por lo menos la desconfianza de los países latinoamericanos. El Che Guevara iba a Caracas, pero el gobierno venezolano le rogó que renunciara al proyecto. Se temía que su presencia provocara manifestaciones populares contra un gobierno centro-izquierdista que quiere llevarse bien con Estados Unidos.

Se hacía urgente buscar otros apoyos. Al enviar a Mikoyan a La Habana, la URSS dio prueba de que había captado la situación y se proponía explotarla. Pero Cuba hace una revolución nacionalista y busca sobre todo el apoyo de las otras potencias "no comprometidas". El canciller Roa fue principalmente a Belgrado y El Cairo. Varias misiones recorrieron África y el sudeste asiático. En cada punta se formulaban invitaciones para la proyectada conferencia. El objetivo era transportar Bandung a La Habana, demostrar que la revolución cubana contaba con apreciables apoyos en el "tercer mundo", y romper así el complejo de aislamiento que estimula energías en lo interno pero puede volverse peligroso.

Y sobre todo demostrar que Cuba constituye un *test* de la actitud de ambos bloques frente a los países subdesarrollados.

¿Podía dar resultado la tentativa? Algunos dirigentes cubanos lamentan que no se haya hecho algunos meses antes. Pero entonces tenían algo más en qué pensar —la reconstrucción de un país con todas sus estructuras derribadas— y descuidaron el aspecto diplomático.

Al cursarse las invitaciones para la conferencia de La Habana, Argentina, Brasil, Chile y Ecuador dieron a conocer su negativa. Pero México y Venezuela aceptaron. Otros países latinoamericanos vacilaban. Llegó respuesta afirmativa de Irak, Irán, Líbano, Ghana, Nigeria, etc. La presencia de la India y Yugoslavia parecía probable pero no confirmada.

Las embajadas de EE.UU. en Africa y Asia hicieron todo lo posible por disuadir a los invitados. Y en muchos casos lo consiguieron. Era antes de que Cuba reforzara sus relaciones con el bloque comunista, y varios países neutrales que rechazaron la invitación no tuvieron siquiera la excusa de que temían comprometerse. Simplemente cedieron a la presión de Estados Unidos. Para América Latina fue más fácil zafarse, ya que Washington le prometía 500 millones de dólares en ayuda, los que fueron efectivamente otorgados en la conferencia de Bogotá (agosto de 1960). Así fue como los pueblos de Bandung no se reunieron en La Habana. La conferencia prevista no tuvo lugar. Pero ¿hay motivos para que EE. UU. se alegre de una victoria diplomática? Por ciertas declaraciones extremistas, los dirigentes cubanos se ganaron la hostilidad o la desconfianza de los países subdesarrollados, particularmente en América Latina. Washington explotó a fondo esa situación. Y Moscú y Pekín acudieron al rescate, ejerciendo en Cuba una influencia que aumenta a medida que se endurecen las relaciones entre La Habana y Washington. El fracaso de aquella tentativa neutralista acercó a Cuba a los países del Este.

Para Occidente —y no sólo para Estados Unidos—, la revolución cubana plantea nuevamente el problema de los nacionalismos jóvenes. A pesar de las distancias, América Latina no es impermeable a las corrientes que vienen de Asia y Africa. “¿Vd. conoce Egipto?” me preguntaba Fidel Castro mientras comía sus cócteles de ostras. “¿Y Argelia?” me decían humildes barbudos. “¿Qué va a pasar en Argelia?” me preguntó también Fidel Castro, en nuestra conversación nocturna.

Esa vez contesté. Le enumeré todas las trabas que había para un arreglo satisfactorio del drama argelino. Y Fidel Castro, el que se dice charlatán, mostró que también sabe escuchar. “En el fondo” me respondió, “lo nuestro era sencillo. Pero Cuba no podía votar por Francia en las Naciones Unidas: estamos en una corriente irreversible, de una anchura que supera ampliamente a Cuba...”. Los cubanos dicen que no eligieron esa situación: se les impone, estaba inscripta en el curso lógico de la evolución nacional.

Pero si se sienten solidarios con la rebelión argelina, su admiración por cierta imagen de Francia no deja de ser viva. ¡Milagroso prestigio de una cultura que la política concreta parece obstinarse en demoler sistemáticamente!

¿FIDEL CASTRO O TRUJILLO?

Aunque Francia se negó a venderle a Cuba radar, implementos de vigilancia costera y armas livianas, los cubanos —y el mismo Fidel Castro— no pueden hablar de su revolución sin evocar a 1789 y una imagen idílica de la tradición francesa. Bajo Batista, el inglés era idioma obligatorio en la enseñanza: ahora es optativo el francés. La mayoría de los becarios iban a universidades norteamericanas: ahora van a París.

Pero el gobierno cubano se resintió duramente por la negativa francesa de venderle armas. Para explicar su posición, París invocó una decisión interministerial según la cual no se entregaría material de guerra a los países del Caribe. Pero poco antes de esa decisión Francia vendió a la República Dominicana tanques y *Mystères IV*, que el general Trujillo se apresuró en hacer desfilar para exhibir los apoyos de que disponía.

Al gobierno cubano no lo convencen los argumentos de París, y considera que la única causa de la negativa francesa fue el voto cubano sobre la cuestión de Argelia. Sin embargo el mercado cubano es seis veces más importante que el dominicano para las exportaciones francesas, ya que representa U\$S 9:371.000 contra U\$S 1:564.000. Llevando más lejos su mal humor, Francia hasta rehusó comprar azúcar a Cuba, y finalmente debió procurárselo en el mercado de Nueva York (270.000 toneladas) a un precio más alto.

A pesar de todo, se entablaron negociaciones para la venta a Cuba de diversos materiales. Varias grandes empresas francesas enviaron representantes a La Habana, y algunas piensan instalar fábricas en la isla. La industria automotriz se interesa particularmente en el proyecto, dado que la red caminera cubana conviene más a los pequeños coches europeos que a los autos norteamericanos. Además incide sobre éstos un pesado impuesto, que favorece la importación de autos con poco consumo de nafta.

La hostilidad del gobierno francés no se explica sólo por un raptó de mal humor contra el voto de Cuba. También hay que recordar las trabas que inhiben a la diplomacia francesa. Si Cuba y los EE.UU., están en plena guerra económica, ¿cómo podría Francia ayudar a Castro cuando necesita continuo apoyo para la cuestión de Argelia? Francia sabe que no puede prescindir en la ONU de la voz de los gobiernos más moderados de América Latina; aquéllos, precisamente, cuyo equilibrio interno está mi-

nado por el prestigio popular de la revolución cubana. París decidió halagarlos para ganar sus favores, y el primer signo de tal actitud es su negativa a apoyar la revolución. Batista en su exilio y Trujillo en su trono vacilante se flocean con la Legión de Honor. Para los gobiernos conservadores de París, son aliados más seguros que el revolucionario barbudo...

A pesar de todas las descortesías sobre las "Naciones que se dice Unidas", el gobierno francés sabe que no puede prescindir de "ese armatoste llamado la ONU" y que el tema de "Francia sola", si bien pretexta discursos chauvinistas, no puede inspirar una política basada en la realidad. Chiang Kai-Shek y Franco son preciosos "amigos" no sólo para Washington, como se dice bastante a menudo, sino también para París... y con ellos Sudáfrica y las dictaduras de Nicaragua, de Paraguay, de Haití. Sólo una "revisión dolorosa" de su política, a comenzar por el absceso de Argelia, podría permitir a Francia un encuentro con sus verdaderos amigos.

La presión norteamericana no se ejerce sólo en Francia. Alemania Occidental, Bélgica y Luxemburgo vendieron armas a Cuba, lo que provocó insistentes intervenciones del Departamento de Estado. Washington pidió a todos sus socios de la alianza atlántica que negaran ayuda a la revolución cubana. Sin embargo, parece que Fidel Castro esperaba encontrar apoyo en Europa Occidental para liberar a su país de la tutela económica norteamericana. Pero la única respuesta favorable llegó de Europa Oriental.

El gobierno revolucionario proyectó un plan de industrialización que, sin pasarse de ambicioso, reforzaría la economía cubana. El subsuelo del país es rico en níquel, manganeso, cobre y, parece, petróleo. Se han establecido contactos con sociedades francesas para la adquisición de patentes. Las posibilidades que ahora tiene la industria francesa son mejores que en tiempos de Batista.

A condición, naturalmente, de que las relaciones di-

plomáticas entre ambos países sean normales. Política y económicamente, Francia y los demás países occidentales podrían ayudar a la revolución a que evolucionara en un sentido realmente democrático, así como pueden desviarla hacia el comunismo. Desde la caída de Batista, el partido comunista cubano —que tomó parte insignificante en la lucha armada— apoyó al nuevo régimen sin participar en el poder. Su posición fue al principio incómoda, pues asistía impotente a una revolución que, por así decirlo, le quitaba los bollos del horno.

Desde que empezaron a envenenarse peligrosamente las relaciones entre Washington y La Habana, Joseph Alsop recordó con insistencia que la revolución cubana era de inspiración nacionalista y no comunista. Pero es una verdadera revolución, que puede desconcertar a los observadores mal informados sobre la Cuba de Batista. En otros países fueron derribados dictadores en beneficio de la clase media, a veces mediante ayuda del ejército. En Cuba fue un movimiento profundamente popular; aplastarlo parece imposible. Ayudarlo a triunfar daría la prueba de que el comunismo no es la única respuesta a los problemas del subdesarrollo. Toda tentativa de ahogarlo, por el contrario, regocija al pequeño partido comunista de Cuba, cuyo público no ha dejado de crecer a medida que se endurecían las relaciones con Washington. A medida que Estados Unidos montaba el bloqueo económico de Cuba, el porvenir de la revolución dependía más y más de la ayuda suministrada por el bloque chino-soviético. El clima se volvía así favorable al Partido Socialista Popular. Y sus miembros eran llamados progresivamente a colmar los vacíos dejados por los elementos moderados, que se negaban a seguir la revolución hasta el extremo a que la empujaba Washington.

VIII

MECANISMO DE LAS DEFECCIONES

EN las últimas semanas de la dictadura, los diplomáticos cubanos abandonaban a Batista. Apenas Fidel Castro llegó al poder, algunos de sus colaboradores más cercanos se negaron a seguirlo más lejos. Manuel Urrutia, a quien él mismo había designado presidente, renunció a su puesto. Varios ministros hicieron lo mismo, entre ellos Manuel Rey, cabecilla de la "resistencia cívica" que había recibido la cartera de Obras Públicas. El Dr. Mario Llerena, representante del Movimiento en el exilio en Nueva York, también abandonó el barco. En Washington, Londres, Bonn, Ginebra, los diplomáticos se acogían al derecho de asilo declarando que la revolución cubana se había vuelto comunista.

Algunas defecciones fueron particularmente ruidosas: por ejemplo la del capitán Pedro Díaz Lánz, comandante de la fuerza aérea de Fidel Castro que aceptó luego, por cuenta de partidarios de Batista, ciertas misiones bien remuneradas.

Es imposible juzgar en conjunto casos tan diversos. No todos fueron al exilio, y por ejemplo el ex-presidente Urru-

tía lleva una apacible existencia cerca de La Habana. Otros se pasaron pura y simplemente al adversario, uniendo esfuerzos con las organizaciones contrarrevolucionarias batisteras.

El hijo de un ministro de Grau San Martín, crítico severo de la política fidelista, me describió al capitán Díaz Lanz como vulgar aventurero que se vendió al mejor postor. Según testimonios imparciales, Díaz Lanz se habría enriquecido con el abastecimiento de armas para el ejército rebelde, y sólo el interés financiero lo habría hecho cambiar de campo. Así también, ciertos diplomáticos que rompieron con el gobierno revolucionario parecen haber cedido a propuestas contantes y sonantes. El hecho en sí no tiene nada de asombroso, ya que algunos de los desertores eran rezagados de la época de Batista (por ejemplo el representante en Ginebra ante la ONU) y otros oportunistas que no se habían plegado desinteresadamente a la revolución. Por eso fue que un distinguido universitario, designado embajador en una gran capital, no quiso dimitir aunque su mayor deseo era volver a su biblioteca y su laboratorio: no quería que el gesto pudiera interpretarse como una toma de posición contra Fidel Castro.

Ciertas renunciás hacen palpable la increíble ingenuidad que reinaba en los círculos fidelistas luego de la victoria. El error de Fidel Castro y sus compañeros fue otorgar confianza a gente que no la merecía, como Díaz Lanz o servidores del antiguo régimen. Por otra parte, el servicio diplomático fue visto al principio como una actividad secundaria. Es cierto que los problemas más urgentes se planteaban dentro del país, y necesitaban a los más competentes y los de mayor devoción. Una trágica escasez de personal calificado y convencido hizo que la representación diplomática se confiara con excesiva frecuencia a personajes poco firmes, que a los pocos meses se volvían "agentes contrarrevolucionarios". El efecto que ello produjo en el extranjero fue muchas veces desastroso para el nuevo régimen.

LA HUIDA DE LOS HONESTOS

Pero las defecciones más publicitadas no son las más interesantes. Su significado político es casi nulo, ya que involucraron a gente de medio pelo que denunciaba la influencia comunista en Cuba con un entusiasmo que no respondía a motivos primordialmente políticos.

En cambio fue decisivo que abandonaran a Fidel Castro los sinceros y los desinteresados, los que se habían puesto a prueba en la lucha contra Batista, y que fueron apartados o se apartaron en razón de su desacuerdo, si no con los objetivos, al menos con los métodos de la revolución. Esta categoría incluye al ex-presidente Urrutia y varios ministros del primer gobierno revolucionario.

Porque eran hombres que no se habían comprometido jamás con los regímenes anteriores, detestados unánimemente. Habían tenido la honestidad de rechazar propuestas tentadoras, y a veces la valentía de correr riesgos. Soñaban, como Fidel Castro, con un gobierno de gestión íntegra, que promoviera cambios necesarios en las costumbres y en las estructuras políticas. Pero soñaban también con una revolución por etapas progresivas, una revolución prudente y lenta. Y estos varones prudentes se hallan de improviso, primero sorprendidos y luego inquietos, en medio de un verdadero maelstrom, un impetuoso torbellino de ideas generosas hasta la audacia y la temeridad, un hervidero de iniciativas más o menos meditadas que hacían tabla rasa para reconstruir mejor. Pensaron que la corriente se calmaría poco a poco, a medida que bajara la fiebre de los primeros momentos. Pero pasaban semanas y meses: el curso de los acontecimientos, en vez de apaciguarse, tendía a la aceleración. Se produjo lo inevitable: estos hombres de buena voluntad no pudieron seguir la corriente; superados por ella, aparecieron como retardatarios. La historia seguiría su curso sin ellos.

LA VISION IDEAL

Este esquema general requiere algunas distinciones y precisiones. Desde el comienzo, Fidel Castro anunció que no ejercería el poder: era el jefe del ejército rebelde. Pero ¿qué es el poder? ¿Y cuál es su definición jurídica en una situación revolucionaria? Mientras el gobierno deliberaba, el jefe del ejército, héroe y símbolo de la revolución, recorría el país hablando a los campesinos y los obreros, en los pueblos y ciudades. Sería poco decir que ejercía el poder. El poder era él. Se comprende así la irritación del presidente y el primer ministro, irritación proporcional a su impotencia. Hablaban y hacían proyectos. Pero el pueblo no se volvía a ellos: volvía a Fidel Castro, sin intermediarios. Ninguna norma constitucional podía privar sobre ese impulso espontáneo, y menos si se conoce el temperamento de Fidel Castro. Llevaba la revolución dentro de sí, y desde hacía tiempo. Mientras que sus compañeros sólo tenían un concepto muy vago de la revolución, Fidel Castro ya la vislumbraba con exactitud en la época terriblemente lejana en que sonaba presuntuoso hablar del fin de la dictadura. El 16 de octubre de 1953 lo proclamó en términos apasionados ante sus escépticos jueces de Santiago:

"La primera ley revolucionaria devolvía al pueblo la soberanía y proclamaba la Constitución de 1940 como la verdadera ley suprema del Estado, en tanto el pueblo decidiese modificarla o cambiarla; y a los efectos de su implantación y castigo ejemplar a todos los que la habían traicionado (...) el movimiento revolucionario, como encarnación momentánea de esa soberanía, única fuente de Poder legítimo, asumía todas las facultades que le son inherentes a ella, excepto la de modificar la propia Constitución: facultad de legislar, facultad de ejecutar y facultad de juzgar.

"(...) La segunda ley revolucionaria concedía la pro-

piedad inembargable e intransferible de la tierra a todos los colonos, subcolonos, arrendatarios, aparceros y precaristas que ocupasen parcelas de cinco o menos caballerías de tierra, indemnizando el Estado a sus anteriores propietarios a base de la renta que devengarían por dichas parcelas en un promedio de diez años.

"La tercera ley revolucionaria otorgaba a los obreros y empleados el derecho de participar del treinta por ciento de las utilidades en todas las grandes empresas industriales, mercantiles y mineras, incluyendo centrales azucareros. Se exceptuaban las empresas meramente agrícolas en consideración a otras leyes de orden agrario que debían implantarse.

"La cuarta ley revolucionaria concedía a todos los colonos el derecho a participar del cincuenta por ciento del rendimiento de la caña y la cuota mínima de cuarenta mil arrobas a todos los pequeños colonos que llevasen tres años o más de establecidos.

"La quinta ley revolucionaria ordenaba la confiscación de todos los bienes a todos los malversadores de todos los gobiernos y a sus causahabientes y herederos. (...) La mitad de los bienes recobrados pasaría a engrosar las cajas de los retiros obreros y la otra mitad a los hospitales, asilos y casas de beneficencia (...).

"Estas leyes serían proclamadas en el acto y a ellas seguirían, una vez terminada la contienda y previo estudio minucioso de su contenido y alcance, otra serie de leyes y medidas también fundamentales como la Reforma Agraria, la Reforma Integral de la Enseñanza y la Nacionalización del Trust Eléctrico y el Trust Telefónico, devolución al pueblo del exceso ilegal que han estado cobrando en sus tarifas y pago al fisco de todas las cantidades que han birlado a la Hacienda Pública".

Y Fidel Castro, dejándose llevar por su visión ideal de un porvenir que en aquel momento se le escapaba provisoriamente, analizaba al detalle esas medidas revolucionarias,

las precisaba, las justificaba también invocando la Constitución y las necesidades del pueblo cubano:

"El 85 por ciento de los pequeños agricultores cubanos está pagando renta y vive bajo la perenne amenaza del desalojo de sus parcelas. Más de la mitad de las mejores tierras de producción cultivadas está en manos extranjeras. En Oriente, que es la provincia más ancha, las tierras de la United Fruit Company y la West Indian unen la costa norte con la costa sur. Hay *doscientas mil familias* campesinas que no tienen una vara de tierra donde sembrar una vianda para sus hambrientos hijos y, en cambio, permanecen sin cultivar, en manos de poderosos intereses, cerca de *trescientas mil caballerías* (más de cuatro millones de hectáreas) de tierras productivas (...).

"Salvo unas cuantas industrias alimenticias, madereras y textiles, Cuba sigue siendo una factoría productora de materia prima. Se exporta azúcar para importar caramelos, se exportan cueros para importar zapatos, se exporta hierro para importar arados... Todo el mundo está de acuerdo en que la necesidad de industrializar el país es urgente (...); pero los poseedores del capital exigen que los obreros pasen bajo las horcas caudinas, el Estado se cruza de brazos y la industrialización espera para las calendas griegas.

"Tan grave o peor es la tragedia de la vivienda. Hay en Cuba *doscientos mil* bohíos y chozas; *cuatrocientas mil familias* del campo y de la ciudad viven hacinadas en barracones, cuarterías y solares sin las más elementales condiciones de higiene y salud; *dos millones doscientas mil personas* de nuestra población urbana pagan alquileres que absorben entre un quinto y un tercio de sus ingresos; y *dos millones ochocientas mil* de nuestra población rural y suburbana carecen de luz eléctrica. Aquí ocurre lo mismo: si el Estado se propone rebajar los alquileres, los propietarios amenazan con paralizar todas las construcciones (...).

"En cualquier pequeño país de Europa existen más de doscientas escuelas técnicas y de artes industriales; en Cuba no pasan de seis, y los muchachos salen con sus títulos sin tener donde emplearse. A las escuelitas públicas del campo asisten, descalzos, semidesnudos y desnutridos, menos de la mitad de los niños en edad escolar y muchas veces es el maestro quien tiene que adquirir con su propio sueldo el material necesario (...).

"Un gobierno revolucionario, con el respaldo del pueblo y el respeto de la nación, después de limpiar las instituciones de funcionarios venales y corrompidos, procedería inmediatamente a industrializar el país, movilizándolo todo el capital inactivo, que pasa actualmente de mil quinientos millones (...).

"Un gobierno revolucionario resolvería el problema de la vivienda rebajando resueltamente el cincuenta por ciento de los alquileres, eximiendo de toda contribución a las casas habitadas por sus propios dueños, triplicando los impuestos sobre las casas alquiladas, demoliendo las infernales cuarterías para levantar en su lugar edificios modernos de muchas plantas y financiando la construcción de viviendas en toda la isla en escala nunca vista...".

"PATRIOTISMO DE POLVOS DE ARROZ"

Estos grandiosos proyectos visionarios son de 1953. Pero en 1959, caída la dictadura, todos los problemas descritos seis años antes ante el tribunal siguen en pie, y el deseo de resolverlos se ha exacerbado. En el programa-requisitoria están trazadas a grandes líneas las realizaciones posteriores a la victoria. Cierto es que los detalles prácticos introdujeron algunos matices. No se rebajaron todos los alquileres a la mitad; por fortuna, ya que era indispensable contemplar la diversidad de situaciones. La reforma

agraria tampoco corresponde exactamente a su previa definición sumaria. Y el programa de industrialización fue más difícil de realizar que de soñar.

Pero cualesquiera sean las formas de aplicación, Fidel Castro tiene intención de no sacrificar lo esencial del programa que lo llevó al asalto del Moncada y que lo mantuvo dos años en la Sierra Maestra. Y quiere llevarlo a cabo con rapidez, porque sabe que todas las partes del rompecabezas son solidarias, y el edificio cojeará y caerá si falta una piedra. De ese programa que tuvo tiempo de madurar en la soledad de la Sierra tiene una idea relativamente clara, mientras que los nuevos depositarios del poder civil sólo lo conocen a grandes rasgos. Y así como estaban de acuerdo con el sentido general y la urgencia de la acción revolucionaria, algunos, al pie del cañón, retroceden ante la temeridad que hace falta para traducir las ideas en actos perdurables. Deseaban curar los males del país, e incluso habían pensado en los remedios. ¡Pero eran remedios! Fidel Castro está realizando sin anestesia una gigantesca operación quirúrgica.

Entonces los más prudentes se retiran. Quizá conocen demasiado la complejidad del problema. Temen desequilibrar el organismo por un tratamiento brutal. En todo caso se niegan a correr el riesgo.

Pero Fidel Castro sabe que su revolución está compuesta por jóvenes y sobre todo por campesinos. Los jóvenes se dejan llevar por un entusiasmo que nada puede frenar. Y los campesinos también quieren ir rápido porque al fin descubren, al alcance de la mano, un porvenir que les parecía inaccesible. Fidel Castro, si no les da rápida satisfacción, ¿no arriesga perder su apoyo? El campesinado es el motor de la revolución cubana. Si Fidel Castro llega a perder su confianza, una prudente revolución burguesa reemplazará a la impetuosa revolución popular que se ha puesto en marcha.

Y tampoco se descorazona el joven rebelde barbudo ante las defecciones que contempla. Nutrido en la obra del "Apóstol de Cuba", seguramente conoce las frases que pronunció José Martí el 26 de noviembre de 1891 en Tampa:

"Por supuesto que se nos echarán atrás los petimetres de la política, que olvidan cómo es necesario contar con lo que no se puede suprimir, —y que se pondrá a refunfuniar el patriotismo de polvos de arroz, so pretexto de que los pueblos, en el sudor de la creación, no dan siempre olor de clavellina. ¿Y qué hemos de hacer? . . . En la verdad hay que entrar con la camisa al codo, como entra en la res el carnicero."

Y mientras la revolución desmantela lo que subsiste del orden antiguo, los patriotas de "polvos de arroz" se repliegan hacia Florida, desde donde asisten apesadumbrados a un espectáculo que no fue pensado para ellos. Fidel Castro asume entonces las funciones de primer ministro y confía a su hermano Raúl el comando del Ejército. Sigue usando la camisa verde olivo y sus compañeros visten con descuido. El almidón no se hizo para ellos. En la lucha fraternizaron con los campesinos, y saben que el sudor no huele a clavellina. El romanticismo de la Sierra Maestra los siguió hasta La Habana, se asentó con ellos en la capital y continúa imprimiendo su marca a las realizaciones más asombrosas del gobierno revolucionario.

EL MESIANISMO

"Los minutos más difíciles de una Revolución", declara Fidel Castro en Nueva York el 22 de abril de 1959, "no son los minutos de guerra, los minutos de lucha heroica en que los hombres se enfrentan a la muerte; los minutos más difíciles de una Revolución son cuando los hom-

bres se enfrentan a la tarea de construir, porque morir puede cualquiera, construir sólo los que tienen la tenacidad y la inteligencia y el valor de saber construir. Y los hombres que ayer tuvieron el valor de morir, el valor de enfrentar la muerte, no son hoy siquiera dueños de sus propias vidas. Son esclavos de una idea, esclavos de un deber que tienen que cumplir. Y nosotros somos esclavos no de un deber cubano, sino de un deber americano. Somos esclavos de un anhelo de todos los pueblos de nuestra América."

Porque los revolucionarios cubanos no se contentan con liberar a su pueblo de la tiranía, de la corrupción y la miseria. Se sienten investidos de una misión que excede a la estrecha isla añagada entre Florida y Yucatán. No todos han leído a Martí, pero todos están convencidos, como él, de que "mientras haya en América una sola nación esclava, la libertad de todas las demás correrá peligro" (artículo publicado en Nueva York en 1891). Desde la gesta de Bolívar y San Martín se alienta el sueño de borrar fronteras, instaurar la unidad de una América Latina por fin capaz de afirmarse frente a la América anglosajona.

Pero los prudentes gobiernos de esos países llegados a la independencia un siglo antes que Cuba conocen la fuerza de los nacionalismos. Los obsede el ideal panamericano, que proporciona un tema exaltado a sus discursos; pero al mismo tiempo contemplan las susceptibilidades locales, y a lo sumo prevén un avance de paso lento hacia la unificación.

¿Cuáles son los rasgos comunes de esa América? El idioma, toda una historia marcada de sangre, tradiciones populares, una cultura egoísta reservada a la élite. Pero de un punto a otro estallan brutalmente los contrastes. Ni la historia ni la mano del hombre han podido nivelar las desigualdades naturales: la cordillera de los Andes no se parece a las selvas amazónicas, a las mesetas calcinadas, a la pampa. La población no es igual en todas partes, y la

presencia del indio plantea aquí y allá problemas intransferibles. Y aunque la raza fuera homogénea subsistirían las disparidades sociales entre regiones ricas y zonas estériles, campesinos famélicos y millonarios rumbosos.

Quizá sea paradójico el factor de unidad latinoamericana: la vecindad de los Estados Unidos, menos extensos pero unidos, igualmente poblados y mucho más ricos. Fue bajo el signo del dólar que ocurrieron al sur del Río Bravo los mayores cambios económicos. Las firmas norteamericanas tienen allí sus filiales, que irrigan el gran cuerpo hambreado sin alimentarlo. Como un árbol gigantesco, los Estados Unidos hunden sus raíces a través del istmo de Panamá hasta la Tierra del Fuego, y absorben del fabuloso depósito la savia transmitida a innumerables sociedades que transforman y venden petróleo, minerales, textiles, productos alimenticios, madera, cuero, etc., todo lo necesario para alimentar, vestir, alojar, caldear y transportar a los felices pobladores de una nación próspera, mientras los accionistas de Chicago y San Francisco cobran sus dividendos. Las raíces del árbol se hunden en el continente y lanzan ubicuas ramificaciones que encierran y contienen a las naciones y los hombres.

Pero los Estados Unidos unifican sin querer. Cuando el Sur mira al Norte, descubre lo que le falta: escuelas y hospitales, máquinas y vías de comunicación, higiene y confort. Para él, el ciudadano de Nueva York se vuelve peyorativamente "yanqui" o "gringo", "imperialista" si hace falta. Hace apenas medio siglo se rebelaba ante cada desembarco de los "marines". Pero es más fácil enfrentar con machetes una ametralladora que una compañía de explotación frutícola, una sociedad petrolera o un banco. El sentimiento de impotencia agrava la animosidad. Y no bien se eleva alguien para proclamar su antiyanquismo, le responde el eco de los conventillos, los paraninfos universitarios y los rancharíos campesinos. El desprecio del pobre por el rico forja vínculos sólidos. Para romperlo se coali-

gan los agentes de la United Fruit con los privilegiados de Caracas, de Río, de Buenos Aires. Así, al tiempo que suscitan la cohesión, los grandes intereses norteamericanos siembran la discordia en el hemisferio sur. Y la tensión aumenta a medida que crecen las inversiones en dólares.

Entonces los desposeídos, para evadirse de la miseria, sueñan con romper todo vínculo con los Estados Unidos. Pero los ricos saben que su fortuna depende del poderoso vecino del norte y buscan halagarlo, no sólo en interés propio sino también pensando en el futuro desarrollo económico de su país. Mientras en Cuba los pobres y los humildes que están en el poder quieren terminar con el imperialismo del dólar, en Buenos Aires y Caracas los gobiernos de la burguesía buscan halagarlo, arrancarle concesiones, obtener acuerdos comerciales más favorables y empréstitos más importantes. Pero estos moderados, incluso dentro de la mayoría que los apoya, observan disensiones: el ala izquierda les reprocha su timoratería y mira con ganas hacia Cuba.

Los gobernantes cubanos siguen con la mayor atención los remolinos que agitan al continente. Como una piedra lanzada al Caribe, la revolución fidelista produce ondas que llegan hasta la vertiente occidental de los Andes. Observan sobre todo las "naciones esclavas" de que hablaba Martí, y que amenazan su propia libertad. Los complotos tramados en Ciudad Trujillo y otros lugares alcanzan para convencerlos de que la amenaza no es teórica. Y algunos meditan en derribar a los últimos tiranos tal como derribaron a Batista. Pero Fidel Castro acusa a los irresponsables que quieren desembarcar en Nicaragua o Panamá. Les dice: "El anhelo es correr allí donde están los hermanos oprimidos para ayudarles a libertarse con nuestros propios brazos", pero les recuerda el carácter sagrado del principio de no-intervención: "Se nos ha preguntado si creemos que las revoluciones deben exportarse, y hemos respondido que no, que las revoluciones no se exportan, que se hacen por

los propios pueblos, que los pueblos son capaces de conquistar su libertad" (22 de abril de 1959).

Pero también sabe que la revolución cubana es un ejemplo, un llamado a la acción. Ante el prestigio de que goza en las capas más pobres de la población latinoamericana, desea que "la cordillera de los Andes sea al continente lo que la Sierra Maestra fue a Cuba". ¿Elocuencia de tribuno? Sí, pero también convicción profunda. Los gobernantes venezolanos y brasileños le reprochan entonces su mesianismo. Da el flanco a esas críticas cuando proclama el ejemplo de su revolución. Algunos de sus representantes diplomáticos en Buenos Aires y otras ciudades se hacen expulsar por actos de propaganda. Esas palabras y hechos eran inútiles: el hecho mismo de la revolución cubana alcanza para contaminar a los gobiernos moderados del continente.

Un incidente ilustra esa tensión. En la primavera de 1959 don "Pepe" Figueres, ex-presidente izquierdista de Costa Rica invitado por el gobierno cubano, pronuncia en La Habana, en un mitin obrero, un discurso en el cual declara que, en caso de guerra, los países latinoamericanos deberían alinearse junto a los Estados Unidos contra la Unión Soviética. David Salvador (*), entonces dirigente del sindicato, lo interrumpe para afirmar que "Cuba no podrá estar junto a los Estados Unidos, que nos oprimen", y Fidel Castro lo aprueba diciendo que Cuba será neutral. La declaración es muy mal recibida por los gobiernos moderados de América Latina. También inquieta a unos cuantos burgueses cubanos, algunos de los cuales se separan de Castro.

Pero la crítica de ciertos discursos inflamados del gobierno cubano no resuelve el problema. Porque aunque

(*) David Salvador obtuvo gracias a Fidel Castro la dirección del sindicato cediéndolo por los comunistas. En 1960 fue a la cárcel y lo reemplazó un dirigente de extrema izquierda. Signo de la evolución del régimen cubano.

hubieran tomado la precaución de no dar curso verbal al mesianismo que las agita, las realizaciones internas de la revolución cubana no habrían conquistado menos la imaginación popular desde Venezuela a la Argentina. Por su política radical, los fidelistas primero se distanciaron de los cubanos prudentes, y luego se ganaron la desconfianza o la hostilidad de la mayoría de los gobiernos latinoamericanos; esa tensión entre La Habana y otras capitales tuvo por resultado provocar nuevas defecciones en la burguesía cubana. Algunas se habían producido al ir subiendo la fiebre entre Cuba y Estados Unidos. Otras más ocurrieron cuando el conflicto cubano-estadounidense provocó reacciones desfavorables en el hemisferio sur. Para explicar su actitud, éstos denuncian con la ruptura con Washington, sino el relativo aislamiento de Cuba en América Latina; y ese argumento halla oídos complacientes. Los que se van dejan lugares que serán ocupados por gente de extrema izquierda.

Es entonces que se inquieta la iglesia católica.

IX

EL ANTICOMUNISMO Y LA IGLESIA

EL impacto que recibió la burguesía cubana debía repercutir necesariamente sobre la iglesia católica. Pocos meses antes de caer la dictadura, el episcopado publicó una carta pastoral que pedía en términos muy prudentes la formación de un gobierno de unión nacional, en el que se reconciliaran las fuerzas antagónicas. El piadoso voto no surtió efecto, y mientras militaban jóvenes católicos en la guerrilla o en los grupos de resistencia cívica, los obispos esperaban con paciencia el desenlace.

Luego de triunfar la revolución no se produjo ningún incidente notable hasta la promulgación de la ley de reforma agraria. Mons. Pérez Serantes, arzobispo de Santiago, hizo entonces varias declaraciones contradictorias que arrojaron confusión en el espíritu de los fieles. Pero la Iglesia no podía permanecer en silencio ante los grandes cambios que se anunciaban.

Entonces Mons. Evelio Díaz, obispo auxiliar del cardenal Arteaga, administrador apostólico de La Habana, pu-

blicó (29 de mayo de 1959), en nombre del episcopado, una declaración que resultó sensacional:

"En esta hora en que la Patria renacida tiene la más urgente necesidad de reformas públicas esenciales, nada es más necesario y oportuno que hacer un llamado a la conciencia y el patriotismo de todos los cubanos, para que las bases de esa nueva Patria se forjen sobre los principios sólidos y perdurables de la justicia, de la libertad y sobre todo del amor...

"Si los cristianos dignos de ese nombre se penetraran profundamente de ese precepto, cederían generosamente, sin resentimientos mezquinos y egoístas, antes los intereses que reclama el bien común. Ha llegado la hora de despertar las luces nuevas tan necesarias a la patria. La mayoría de quienes hasta ahora han vivido o, mejor dicho, sobrevivido en las condiciones más precarias e inconfesables, afectados hasta lo más profundo en su bienestar y su dignidad de hombres, exhortan con la voz fuerte, justa y sincera de la verdad, a la minoría, a los que han gozado de todas las comodidades, de la abundancia y de amplias riquezas, a que cumplan su función social".

Luego de esa exhortación, el prelado se hacía más preciso:

"Si quienes poseéis lo superfluo tenéis espíritu cristiano, preguntaos si es posible tener la conciencia tranquila frente al dolor, la miseria y el abandono de nuestros innumerables hermanos carentes de todo. Por eso a la luz de los principios cristianos no podemos sino elogiar y bendecir a todos cuantos contribuyen a que la nueva reforma agraria, proyecto magnífico y necesario, pilar esencial del bienestar común, del cual depende en gran parte el progreso futuro de la Patria, se vuelva con la ayuda de Dios una feliz realidad.

"Qué todo cubano sea propietario de su casa y de la tierra que trabaja, que todo cubano pueda ganarse honesta-

mente el pan, y que nos sea posible dar el pan de cada día a quien no está en condiciones de poder ganárselo".

Mons. Díaz agregaba que "nuestra actual reforma agraria (...) se ajusta al espíritu y el sentido de la justicia social y cristiana". Y concluía: "Las intenciones equitativas de la reforma agraria y su necesaria implantación en nuestra patria se ajustan al pensamiento de la Iglesia y a sus principios de justicia social. Su realización compromete la conciencia de todo cristiano que, como tal, repudiando todo interés egoísta y personal, debe contribuir al interés del bien común, generosamente, como buen cubano y mejor cristiano".

¿QUE SOCIALISMO?

La revolución estaba aún dando sus primeros pasos. Hacía tiempo que los gobiernos —incluso el de Batista— prometían una reforma agraria que nunca había visto la luz. Con el nuevo régimen, parecía que la promesa fuera a cumplirse. Y bien pronto los hechos se sumaron a las palabras. Las tierras fueron intervenidas y distribuidas a las cooperativas de campesinos. No se oyó ni una protesta mientras se intervinieron las propiedades de los dignatarios caídos: esta recuperación de bienes mal habidos no podía prestarse a discusión. Pero los ministros y generales de Batista no fueron los únicos en enriquecerse indebidamente. Más de medio siglo atrás cubanos y norteamericanos se habían adueñado de inmensos dominios a ínfimo precio. ¿Era posible documentar una sola transacción comercial honesta? La historia permitía dudarlo, porque el favoritismo y la corrupción extendían su imperio a todos los órdenes de la actividad económica. Propietarios que nadie pensaba denunciar como "criminales de guerra" fueron afectados también por la reforma agraria: dominios que excedían lo previsto por la nueva ley, rendimiento insuficiente, tierras improductivas, eran elementos que motivaban la intervención del Estado.

Y la reforma se efectuaba bajo control del todopoderoso INRA, enorme aparato estatal. Tradicionalmente, la iglesia siempre ha temido la ampliación de la autoridad del Estado, en la que ve tendencias a un socialismo que lleva directamente al comunismo. Los teólogos europeos pueden distinguir justificadamente varias formas de socialismo, establecer que cierto tipo de socialización se encuadra en la evolución de las estructuras económicas, y recordar que la Iglesia condena la filosofía atea que inspira los regímenes comunistas, pero no necesariamente cada una de sus realizaciones. En otros lugares esas distinciones elementales suelen considerarse peligrosos bizantinismos, trampas de conciencia. Fue lo que no tardó en ocurrir en Cuba.

LA CAPA RELIGIOSA

Pero antes de llegar a eso, algunos católicos cubanos tuvieron buena oportunidad de manifestar públicamente sus reservas frente a la revolución. En otoño de 1959 organizaron en La Habana un vasto congreso que tuvo profundas resonancias. Poco tiempo antes Fidel Castro había hecho aprobar en un mitin popular el restablecimiento de los tribunales revolucionarios. Su auditorio puntuaba el discurso con gritos de "¡Paredón! ¡Paredón!", destinados a los contrarrevolucionarios. El mitin católico observó un estilo parecido, pero la multitud gritaba en cambio "¡Caridad! ¡Caridad!".

Como ningún partido político osaba criticar de frente el programa revolucionario, habían ido muchos católicos, fueran o no opositores, a esta asamblea que dado su carácter confesional no podía ser prohibida sin que se acusara en seguida al gobierno de perseguir a los creyentes. La etiqueta religiosa permitía a la clase media, y a la burguesía terrateniente, mostrar en público la existencia de un

contingente que por lo menos manifestaba reservas frente a la revolución. Y el mismo Fidel Castro, educado en un colegio de jesuitas, asistió a la reunión sin que los organizadores señalaran su presencia. Había allí más gente de la que llenaba las iglesias para las grandes festividades. Es comprensible que los católicos hayan querido invocar la clemencia del gobierno, en nombre de la caridad cristiana, para con ciertos cómplices del antiguo régimen. Pero, bajo Batista, esas mismas personas no habían manifestado en pro de las víctimas de la dictadura. Y con ellos, al socaire de la providencial capa religiosa, se hallaban numerosos integrantes de la burguesía urbana o rural, indiferentes al problema religioso, muy satisfechos de salir a la calle en un momento en que sus intereses materiales estaban bajo amenaza.

El gobierno toleró la manifestación y no tomó ninguna medida, para mostrar que no quería conflictos con la iglesia.

"EL COMUNISMO ESTA DENTRO"

La diferencia estalló el 16 de mayo de 1960, cuando el arzobispo de Santiago (que dos años antes se había mostrado dispuesto, contra la voluntad de sus fieles, a aceptar el dinero de Batista para reparar el santuario del Cobre) declara en una Pastoral dirigida a sus diocesanos: "Los campos ya están deslindados entre la Iglesia y sus enemigos... No puede ya decirse que el enemigo está a las puertas, porque en realidad está dentro, hablando fuerte, como quien está situado en su propio predio". Y agregaba: "No en vano algunos más avisados, de percepción más fina, andaban hace ya algún tiempo, alarmados y cautelosos, disponiéndose a luchar con los que tratan de imponer, sin más ni más, el pesado yugo de la nueva esclavitud".

La pelea recién comenzaba. En junio, ante los alumnos

de la universidad católica de Villanueva, Mons. Boza Masvidal (obispo auxiliar de La Habana) se pronuncia contra los excesos del control público de la vida económica y social. En otras oportunidades el mismo prelado expresó su inquietud ante el acercamiento con Moscú. La universidad de Villanueva había funcionado normalmente durante los dos últimos años de la dictadura, mientras que todas las universidades públicas habían cerrado sus puertas, por acuerdo entre estudiantes y profesores, para protestar contra la brutalidad de Batista. Al huir éste los estudiantes, que habían pagado sangriento tributo a la tiranía, exigieron la anulación de los diplomas otorgados por Villanueva. Pero intervino Fidel Castro y se dio satisfacción a las autoridades católicas. Con todo, el nuevo régimen permanece hostil a la universidad de Villanueva, cuyo rector, Father Kelly, informaba a la policía de Batista sobre las actividades estudiantiles. Luego de sus declaraciones de junio, Mons. Boza Masvidal fue tratado por la radio oficial de "reaccionario con hábitos sacerdotales".

En julio de 1960, cuando Cuba recibía de Moscú una ayuda económica cada vez más considerable, los católicos hicieron celebrar misas en La Habana por las víctimas de la persecución religiosa en las democracias populares. Este ataque indirecto produjo motines. Católicos y fidelistas se enfrentaron ante las iglesias de los barrios burgueses de la capital, y hubo heridos. Ante la catedral de La Habana vieja, los fieles que salían de misa gritaban slogans anti-soviéticos. Incidentes análogos se produjeron en una parroquia del barrio residencial, al celebrar la embajada española una misa por el aniversario de la revolución falangista. La ocasión no podía haber sido mejor elegida... Le permitió a Fidel Castro criticar al clero cubano de origen español tratándolo de "fascista" y "falangista", denunciando a "los falsos cristianos que van a la iglesia para conspirar en vez de rezar". La "conspiración" estaría inspirada por el Departamento de Estado.

La verdad es mucho más simple. Más de la mitad del clero católico es español, y pertenece a órdenes cuyos superiores residen en España. Si el conflicto entre Fidel Castro y el general Franco no suscita ningún comentario particular, en cambio puede sorprender el papel que le cabe a la Iglesia. A principios de 1960 circuló una petición entre los curas españoles de Cuba, no todos franquistas, y varios confesaron haberla firmado bajo orden de sus superiores religiosos, so pena de volver a España. Algunos se negaron, pero no por eso dejó de constar su firma al pie del documento que, al afirmar completa lealtad a Franco, constituía un golpe oblicuo contra la revolución fidelista.

LA JERARQUIA APRUEBA Y CRITICA

Pero la máxima ofensiva fue lanzada el 7 de agosto de 1960, bajo forma de una carta pastoral colectiva del episcopado, leída en todas las iglesias. La declaración recordaba que un año antes la Iglesia había tenido motivos de satisfacción con el proyecto de reforma agraria, añadiendo que "oyó con esperanzada complacencia que se hablaba de vastos proyectos de industrialización" y que "vio con agrado que había autoridades que se preocupaban por tomar medidas encaminadas a rebajar el costo de la vida y aumentar los ingresos de las clases más necesitadas"; y celebró que se multiplicasen las escuelas y los hospitales, que se adaptasen y construyesen playas y campos de deportes a los que pudieran tener acceso las personas de más bajos ingresos". También "contempló con aplauso cómo se fabricaban (...) cientos de casas baratas", y "advirtió con patriótico regocijo, que se estaba luchando enérgicamente por sanear la administración pública, por erradicar el vicio del juego y por eliminar injustas limitaciones que eran impuestas a muchos de nuestros hermanos por razón del color de su piel".

Este balance que, al cabo de veinte meses de revolución, "agrada" a la Iglesia y la colma de "patriótico regocijo", conlleva a sus ojos algunas sombras inquietantes. Las realizaciones que aplaude se hicieron sin ella, aún con la participación de ciertos católicos militantes. Esa contribución, es mucho menos notoria que la campaña de hostilidad alimentada por el episcopado. Pero los obispos no se sienten en absoluto impedidos de criticar. Y declaran:

"Podríamos señalar algunos puntos en que las medidas de carácter social antes mencionadas no han sido llevadas a cabo con el respeto debido a los derechos de todos los ciudadanos con que fueron inicialmente anunciadas, pero creemos que será mejor que nos ciñamos a un problema de extraordinaria gravedad que ninguna persona de buena fe puede negar en este momento, y es el creciente avance del Comunismo en nuestra Patria.

"En los últimos meses el Gobierno de Cuba ha establecido estrechas relaciones comerciales, culturales y diplomáticas con los gobiernos de los principales países comunistas, y en especial con la Unión Soviética. Nada tendríamos que decir desde el punto de vista pastoral acerca de los aspectos estrictamente comerciales o económicos de estos acercamientos, pero sí nos inquieta profundamente el hecho de que, con motivo de ellos, haya habido periodistas, gubernamentales, líderes sindicales y aun algunas altas figuras del Gobierno que hayan elogiado repetida y calurosamente los sistemas de vida imperantes en esas naciones, y aun hayan sugerido, en discursos pronunciados dentro y fuera de Cuba, la existencia de coincidencias y analogías, en fines y en procedimientos, entre las revoluciones sociales de esos países y la Revolución Cubana.

"(...) Recuerden, pues, nuestros hijos, y díganlo muy alto a toda Cuba, que la Iglesia nada teme de las más profundas reformas sociales siempre que se basen en la justicia y en la caridad, porque busca el bienestar del pueblo y se alegra de él, pero precisamente por esto, porque ama

al pueblo y quiere su bien, no puede por menos de condenar las doctrinas comunistas. La Iglesia está hoy y estará siempre en favor de los humildes, pero no está ni estará jamás con el Comunismo.

"No se le ocurra, pues, a nadie venir a pedirle a los católicos, en nombre de una mal entendida unidad ciudadana, que nos callemos nuestra oposición a estas doctrinas, porque no podríamos acceder a ello sin traicionar nuestros más fundamentales principios. Contra el Comunismo materialista y ateo, está la mayoría absoluta del pueblo cubano, que es católico, y que sólo por el engaño o la coacción podría ser conducido a un régimen comunista. Que la Santísima Virgen de la Caridad no permita que esto llegue jamás a suceder en Cuba".

DIFERENCIAS IMPORTANTES

En otras palabras, la Iglesia aprueba las reformas económicas y sociales pero reprocha a algunos dirigentes que hayan hecho la apología de los regímenes comunistas, y pide a los creyentes que proclamen en voz alta su oposición a la doctrina comunista.

Esa posición, sin embargo, está llena de ambigüedades. Porque si algunos dicen que hay "coincidencias, analogías, tanto en el fin como en los medios" entre la revolución cubana y la revolución comunista, parece difícil negarlo. Esas "coincidencias" y "analogías" residen esencialmente en las realizaciones por las que dicen regocijarse los obispos cubanos: reforma agraria, industrialización, construcción de viviendas, escuelas, hospitales, aumento del nivel de vida de los más desfavorecidos, lucha contra la corrupción, etc. Sin duda es lamentable que muchos países hayan esperado un régimen comunista para cumplir reformas tan deseables. No es, por cierto, una razón suficiente para denegarlas a los países no comunistas. Y no es claro en qué sentido no se basan "en la justicia y la caridad". Y no hay que asombrarse

de que los dirigentes cubanos que visitan las democracias populares perciban ciertas similitudes entre esos regímenes y lo realizado en su país.

Pero esos mismos dirigentes, influidos algunos por el pensamiento marxista, están lejos de ser todos comunistas. Y junto a las analogías observan las diferencias, que son numerosas. La reforma agraria cubana supo evitar, en su primera etapa, el fraccionamiento de la propiedad rural que provocó inicialmente en las democracias populares un descenso de la producción. La revolución cubana no hizo propaganda atea. No procede de una ideología, sino que improvisa pragmáticamente, sin espíritu de sistema, su respuesta a los problemas concretos. No se efectúa por medio de un aparato monolítico estrictamente jerarquizado, como el partido comunista, sino que por el contrario exhibe tendencias a un desorden anárquico. No hay en Cuba campos de trabajo forzado.

El gobierno cubano se enorgullece de esas diferencias, y las defiende como la niña de sus ojos. ¿Resistirán a la prueba del tiempo, a la hostilidad de Estados Unidos, a la ayuda de la Unión Soviética? En todo caso, quienes desean que la revolución cubana conserve carácter propio y no se vuelva comunista harían bien en subrayar esas diferencias mientras denuncian el peligro, en esforzarse por salvaguardarlas, rechazando todo lo que pueda conducir a vínculos demasiado estrechos entre Cuba y las democracias populares mientras se profundiza el foso entre Cuba y Occidente. La declaración del episcopado, ampliamente explotada por la prensa norteamericana, sirvió al fin opuesto. Esa prensa afirma desde hace tiempo que Cuba es comunista, y aunque los obispos cubanos no van tan lejos, sus manifestaciones le permiten pensar que fue muy clarividente.

TUMULTO Y RESPUESTA

El día mismo que se dio lectura a la pastoral, estalló un tumulto entre milicianos y parroquianos de una iglesia

de La Habana; el cura fue arrestado, y puesto en libertad al poco tiempo. Al día siguiente el diario "Revolución", portavoz del gobierno, publicaba un texto firmado por "católicos revolucionarios" donde se afirma que la pastoral integraba un "plan urdido por algunos privilegiados cuyos intereses han sido afectados por la Revolución y que, como gozan de gran influencia, han conseguido sorprender a las autoridades eclesiásticas".

Pero se multiplican las manifestaciones ante las iglesias. Mons. Evelio Díaz se presenta el 9 de agosto ante el secretariado de la Presidencia: amenaza cerrar las iglesias si no se protege eficazmente al clero y los fieles. El 10 de agosto el presidente Dorticós declara que "a pesar de todas las provocaciones", el gobierno "continuará respetando todos los cultos". Concluye afirmando que "algunos quieren convertir el ejercicio del culto en una tribuna contra la revolución" y califica de "vil maniobra" toda tentativa de "poner a la religión contra la revolución".

El mismo día, ante los delegados de las cooperativas cañeras, Fidel Castro pronuncia un largo discurso en el que dice, entre otras cosas: "La Revolución no se hizo para luchar contra curas, la Revolución se hizo para luchar contra latifundios, y sin embargo hace meses que hay provocaciones reiteradas y sistemáticas, calumnias que buscan presentar a la Revolución contra la religión o el sentimiento religioso".

"Ahí está el clero con sus escuelas privadas, sin que nadie se haya metido en esa escuela, ahí están actuando sin ninguna restricción por parte de la Revolución, sin ningún acto inamistoso por parte de la Revolución. Y eso el pueblo lo sabe, y sabe que la Embajada Americana ha lanzado al combate sus últimos peones y que el imperialismo, socio de Franco y su fascismo, ha movido las influencias de Franco para movilizar contra la Revolución a cuanto cura fascista pueda contar en nuestro país.

"Saben los compatriotas que Franco asesinó a un mi-

llón de españoles... y que la parte fascista del clero santificó y bendijo los asesinatos de Franco. Y saben las magníficas relaciones entre Franco y el clero fascista... como saben que hay esa parte del clero que está al servicio de la pobreza, aunque desgraciadamente no estén en las posiciones de donde puedan determinar conductas. Saben de esa parte que se sacrifica pero no busca los honores, mientras las altas esferas sirven al rico.

"Me gustaría ver una hoja pastoral condenando a las compañías explotadoras, condenando la agresión imperialista a Cuba... Quien condene una revolución como ésta, traiciona a Cristo, y al mismo Cristo serían capaces de crucificarlo otra vez".

Ese tono excesivo no era el indicado para arreglar las cosas: difícilmente puede imaginarse que un obispo aceptara sin fruncir el ceño la acusación de crucificar a Cristo... Fidel Castro y los suyos no pueden comprender que los obispos los critican al mismo tiempo que aprueban sus realizaciones sociales más importantes. Pero no es necesario, para explicar la actitud del episcopado, invocar la acción conjunta del imperialismo norteamericano y del fascismo español. La iglesia oficial, aunque proclama que su vocación la alinea junto a los pobres, está ligada estrechamente, aunque más no fuera por sus feligreses, a la minoría privilegiada. Leyendo la carta pastoral, no puedo sino recordar aquel obstinado silencio de Mons. Pérez Serantes cuando lo interrogué en 1958 sobre la situación de la iglesia, en un país donde triunfaban la rapiña, el asesinato y la mentira política. Se echaba de menos en aquel entonces una voz autorizada que protestara contra las terribles injusticias sociales de que la iglesia sólo osó hablar por intermedio de Mons. Evelio Díaz, y en términos conmovedores, luego de la caída de Batista. Uno hubiera querido que la jerarquía afirmara con fuerza su doctrina contra la pesada realidad dictatorial, que estaba muy lejos de respetar "la eminente dignidad del ser humano". Pero la dictadura, sin identifi-

carse con la democracia norteamericana, tenía los plácemes de Washington, líder del Occidente cristiano, mientras que la revolución fidelista, sin identificarse con el comunismo soviético, recibe los plácemes de Moscú...

Fidel Castro hace una distinción entre parte del bajo clero y las autoridades eclesiásticas. Ese contraste no es invento suyo. Ya en 1958 dos curas de Santiago me afirmaban que su arzobispo era interesado y nada valiente... ¿Querrá Fidel Castro apoyarse en el bajo clero para suscitar la creación de una "Iglesia Nacional" que discuta la autoridad de los obispos nombrados por Roma? Sería un grave error, que lo privaría de numerosos apoyos y daría un excelente argumento a sus adversarios.

Ciertos diarios cubanos envenenan la situación planteando mal el problema y simplificándolo en extremo. El diario "La Calle" escribe: "Si la alta jerarquía católica, siguiendo órdenes de Washington, prefiere ponerse del lado de los contrarrevolucionarios, es hora de que reflexionen los católicos cuyas manos no están sucias con prebendas de la tiranía, los católicos que no se enriquecieron a expensas del hambre del pueblo, los católicos que aspiran a la creación de una Cuba próspera, libre y soberana".

Un grupo de católicos publicó entonces el manifiesto *Con la Cruz y con la Patria*, donde se afirmaba su fidelidad a la Iglesia y a la revolución. Hizo celebrar el 16 de agosto una misa a la que asistieron ocho mil personas, inclusive el presidente de la República.

EL CASO DE "LA QUINCENA"

Pero el hecho más significativo fue sin duda un comentario de la revista "La Quincena", publicada en La Habana por los franciscanos. "Fidel Castro ha declarado que la revolución se ha vuelto demasiado ardiente para algunos

y es cierto; está poniéndose de un rojo tan vivo que ya no se puede cogerla sin quemarse”.

Los lectores deben haberse sorprendido ante este lenguaje insólito. Porque bajo la dictadura “La Quincena” supo adoptar una actitud digna y valiente; y durante la revolución apoyó con inteligencia las reformas del nuevo régimen. Bajo la dirección del padre Biain, la revista afirmaba pocos meses antes que “los comunistas no dan el tono de la revolución, aunque acentúen y orquesten las medidas anti-americanas”. Agregaba que el peligro comunista es “prácticamente inexistente”. Más aún: estimaba que “nunca se conocieron en Cuba circunstancias más favorables para una intensa cristianización”. A condición de que los católicos no se mantuvieran aparte ni se pasaran a la eposición.

El P. Biain tampoco vacilaba a veces en criticar al gobierno revolucionario. Por ejemplo le reprochaba el cierre del “Diario de la Marina”, porque la posición de éste daba testimonio del liberalismo de la revolución. Pero en general “La Quincena” apoyaba el programa revolucionario, y sus críticas eran siempre constructivas.

Dicha situación duró hasta la pastoral del 7 de agosto. Por orden de sus superiores, el P. Biain tuvo entonces que dejar la dirección de la revista (*). Incluso se le prohibió escribir en otras publicaciones cubanas o extranjeras. Por espíritu de obediencia, el P. Biain se sometió sin vacilar. Y “La Quincena” cambió de director, al tiempo que de orientación y tono. Sin embargo había afirmado netamente la incompatibilidad doctrinaria entre catolicismo y comunismo. Pero no estaba de acuerdo con las autoridades eclesiásticas en su apreciación del peligro comunista en Cuba. Y además preconizaba una actitud positiva para enfrentar ese peligro: que los católicos y los no-comunistas asumieran

(*) A pesar de un categórico desmentido, estamos en condiciones de afirmar la autenticidad de ese hecho.

responsabilidades en el movimiento revolucionario, porque éste realiza una obra justa cuyo mérito sería absurdo dejar exclusivamente a la extrema izquierda. La jerarquía optó en cambio por una actitud negativa: condenó la revolución con una energía que nunca había desplegado contra la dictadura. Apenas se atreve uno a imaginar qué habría sucedido si un fidelista hubiera golpeado al cardenal de La Habana, como lo hizo antes un jefe de la policía de Batista... Mas para algunos habrá siempre mayor peligro a la izquierda que a la derecha.

ENTRE WASHINGTON Y MOSCU

Ese punto de vista fue confirmado con fragor por una pastoral de Mons. Pérez Serantes, con fecha 24 de setiembre de 1960. Declaraba el arzobispo de Santiago:

“Nunca pensó el pueblo cubano que la mano férrea y sin entrañas del comunismo habría de pender amenazadora sobre nuestras cabezas... Parece claro se pretende anular totalmente la influencia católica... Estamos envueltos en un mar de confusiones que es necesario despejar rápidamente.

“Hoy se considera traidor al que se permite el lujo de combatir el comunismo, o de expresar abiertamente que no está conforme con las directrices o el adoctrinamiento y procedimientos marxistas. Tal parece que, para algunos, sólo los comunistas y sus seguidores tienen derecho a trazar la línea de conducta obligatoria para todos.

“Para estos señores es, cuando más, ciudadano de segundo orden... el valiente que, por amor a los valores sobrenaturales, se empeña en no claudicar, firme en convicciones que no se asientan en los procedimientos cultivados en las frías estepas rusas. ¿Habremos de sufrir lecciones de

patriotismo [de los comunistas]? ¡Apañados estamos! Repetiremos siempre: Cuba sí, comunismo no, esclavos jamás."

Luego de contestar así al slogan de "¡Cuba sí, yanquis no!", Mons. Pérez Serantes agregaba:

"Los funcionarios de Norteamérica no han ejercido ni una sola vez, directa o indirectamente, influencia alguna sobre Nos, como no la han ejercido jamás los falangistas, ni los franquistas. Pero entre norteamericanos y soviéticos, para Nos no cabe vacilar en la elección."

No podría pensarse en una manera peor de plantear el dilema. Un gobierno o partido político sí puede considerar que el neutralismo es un cebo y que, entre Washington y Moscú, prefiere a Washington. Así define una política que, como todas las políticas, tiene ventajas e inconvenientes, se presta a discusión, provoca elogios y críticas. Y al final sólo la historia juzga con mayor o menor equidad la sabiduría de esa política. Pero para la Iglesia el problema es muy distinto. Por vocación no se le pide que elija entre Washington y Moscú. Sus llamados doctrinarios no pueden ser planteos partidaristas, o sólo si los simplifica en extremo. Su condena del ateísmo moderno no borra su condena del liberalismo económico y de las graves injusticias inherentes a una economía fundada en la noción de lucro. Su condena de una ideología que niega a Dios no ha sido jamás una aprobación de los sistemas cuyo pragmatismo no excluye lucrativas injusticias. La Iglesia no tiene por qué elegir entre Washington y Moscú. Ceder a esa tentación fácil equivale a identificar Occidente con cristianismo, a consagrar para el futuro un accidente de la historia, a encerrar a la Iglesia en un dominio estrecho que contradice su vocación universal.

El episcopado cubano podría al menos ocuparse de su grey. Las declaraciones obispales, si bien alentaron implícitamente manifestaciones antirrevolucionarias en las parroquias burguesas, no tuvieron casi efecto en el campo. Y eso por la buena razón de que las iglesias y los curas son ra-

rísimos en las zonas rurales, donde el catolicismo nunca logró implantarse. Contrariamente a lo que sucede en la mayoría de los demás países latinoamericanos, la iglesia ejerce muy poca influencia en las clases populares, que ni siquiera bautizan a sus niños y consideran el matrimonio (civil o religioso) como una ceremonia superflua. El gobierno revolucionario hizo grandes esfuerzos por dar regularidad al estado civil legalizando los concubinatos. Pero todo ocurre fuera de la Iglesia. Esta recluta sus fieles casi exclusivamente en la burguesía, muy reducida. Contrariamente a lo que afirma la carta episcopal, la mayoría de la población cubana no es católica. La mayoría es indiferente y a veces hostil.

¿Cuál es el origen de esa situación? El catolicismo fue importado a Cuba por los conquistadores españoles. La población indígena, en otros países sometida a la influencia del clero, fue enteramente exterminada. En el siglo XIX el nacionalismo cubano se levantó contra un colonialismo que había traído a los curas en su escolta. Y los héroes de la independencia, en particular José Martí, eran casi todos masones. Masonería que, por otra parte, era más antiespañola que anticatólica. Y recién a principios de siglo, con cien años de atraso sobre el resto del hemisferio, se liberó Cuba del colonialismo español. Luego no hubo tiempo de que surgiera una Iglesia auténticamente cubana. La isla tiene apenas un sacerdote por cada diez mil habitantes. Y menos de la mitad de ese clero es cubano. Tales circunstancias no eran favorables al progreso rápido de la fe.

Pero la iglesia podría haber preparado el terreno, ganar al menos la simpatía del pueblo cubano poniéndose resueltamente de lado de los pobres y los oprimidos. No supo hacerlo, o no tuvo el coraje de hacerlo. En sesenta años pudo proclamar el Evangelio, predicar su doctrina social, alentar y desarrollar los movimientos de acción católica que habrían penetrado en las clases desfavorecidas: Prefirió contentarse con las posiciones adquiridas, limitadas a una

clase media poco numerosa, mientras una pequeña clase obrera crecía fuera de ella y la mayoría campesina no era evangelizada.

El campesino de Cuba, casi siempre analfabeto, no conoce ni la doctrina cristiana ni la filosofía marxista. Habría apoyado al partido comunista de haber tomado éste en sus manos la revolución y la reforma agraria. Pero la revolución y la reforma agraria fueron realizadas por Fidel Castro, y es en él que confía el campesino. El comunismo lo sabe, y multiplica esfuerzos por introducirse en las cooperativas agrícolas. La iglesia aprueba el principio de la reforma, critica sus formas de aplicación y predica la cruzada anticomunista.

El abismo entre la masa campesina y la Iglesia se profundiza cada vez que la iglesia se pone contra el gobierno revolucionario. En momentos en que el campesino descubre que la mitad de las plantaciones de caña pertenecía a sociedades norteamericanas, que el régimen de propiedad territorial estaba vinculado al capital extranjero, el arzobispo de Santiago le dice que elija entre Washington y Moscú. El campesino escucha distraído y se encoge de hombros. Pero no habría que insistir mucho para provocar su cólera. El campesino está con la revolución. Sólo una parte de la clase media está con la Iglesia. La actitud de los obispos plantea sin duda más problemas para el futuro de la iglesia católica en Cuba que para el futuro de la revolución.

¿Y la burguesía católica? Luego de la victoria de Fidel Castro se fundó un movimiento demócrata-cristiano. La tendencia no se había manifestado nunca bajo los regímenes anteriores. El fundador del partido, Rasco, fue el principal organizador del gran mitin católico de otoño 1959 en La Habana. Fidel Castro le reprochaba que usara una etiqueta católica para su propaganda contrarrevolucionaria, y agregaba que no tendría problema en que la organización se denominara "partido de terratenientes".

Rasco terminó por exilarse en Estados Unidos. Se anti-

cipó al consejo que meses más tarde daría Mons. Pérez Serantes. Eligió Washington contra Moscú. Si la revolución cubana sólo puede derribarse desde dentro, habrá hecho así el juego a Moscú dejando el terreno a los que considera en bloque como comunistas. Pero su elección se explica políticamente si se juega por una agresión exterior que derribe al régimen fidelista. Y, tanto en uno como en otro caso, puede resultar asombroso que entre Washington y Moscú no haya elegido simplemente a Cuba.

X

¿UNA VICTORIA PARA MOSCU?

"No buscamos, con este nuevo sacrificio, nuevas formas, ni la perpetuación del alma colonial en nuestra vida con novedades de uniforme yankee, sino la esencia y realidad de un país republicano nuestro."

JOSE MARTI

26 de noviembre de 1891.

PARA la inmensa mayoría de los norteamericanos, y para amplios sectores de la opinión en otros países, el problema no tolera discusión: Cuba es "prácticamente" comunista. El 13 de abril de 1959, cuando el entusiasmo de la liberación alcanzaba su apogeo, *Newsweek* publicó bajo el título de "¿Otra Guatemala?" un largo artículo cuya primera fase interrogaba: "¿Cuba se hará comunista?". La respuesta ya era afirmativa, y el artículo concluía: "Debe ser motivo de preocupación para todo norteamericano, porque Cuba es más grande que Guatemala, y tenemos en Cuba una gran base naval que protege el canal de Panamá".

Una semana más tarde, el 20 de abril, la revista *U. S.*

News & World Report preguntaba en un gran titular: "¿Castro aliado de los comunistas?". El artículo explicaba que "Fidel Castro está vinculado con los comunistas desde su época de estudiante". Su hermano Raúl, afirmaba la revista, "es un comunista devoto y el más peligroso de todos". El "Che" Guevara es "casi tan peligroso como Raúl". Carlos Franqui, director del diario "Revolución", "es un comunista". Celia Sánchez, secretaria de Fidel Castro durante la lucha "actúa y reacciona como comunista". Y en conclusión, con un signo interrogativo que no dejaba lugar a dudas, la revista escribía: "¿Ha logrado la Rusia soviética colocar un avispero comunista a 90 millas de Estados Unidos?".

Pasaron diez meses, y la situación continuaba envenenándose. El 8 de febrero de 1960, *U. S. News & World Report*, para apoyar su demanda de que se suprimieran las importaciones de azúcar cubano, trazaba un sombrío cuadro que terminaba con una frase amarga: "Esta es una rápida descripción de la dictadura comunista instaurada a las puertas de Estados Unidos". Y, con cierta nostalgia, un púdico recuerdo:

"En 1953 el gobierno británico envió naves de guerra y tropas a la Guayana británica para sacar del poder al Dr. Cheddi Jagan, un comunista. En 1954, se tomó acción (*moves were made*) en Guatemala para derribar a Jacobo Arbenz, que presidía un gobierno procomunista."

Era la gran época de la guerra fría, cuando no se reparaba en los medios. Y la revista, con tono insinuante, deploraba que el gobierno de EE. UU., en vez de infligir a Fidel Castro la suerte de Jagan y Arbenz, se dispusiera "a ampliar la ley que asegura mercado protegido al azúcar cubano, a un precio muy superior al que Cuba obtendría en otra parte". Pero el Congreso ya estudiaba el proyecto de ley que reduciría la cuota de azúcar...

Además, para completar el cuadro, la revista publica en el mismo número un artículo muy elogioso sobre Luis

Somoza, dictador de Nicaragua, presentado como un hombre lúcido que guía al país por la ruta de la democracia.

En el mes de julio Roy Rubottom, secretario adjunto de Estado, afirma que Cuba "es una dictadura realmente cínica". El 4 del mismo mes, *Newsweek* titula una nota: "¿Cuba, un satélite?". Y el 11 de setiembre de 1960, ante una subcomisión de la Cámara de Representantes, este diálogo cerraba la declaración de Earl T. Smith, embajador de EE. UU. en Cuba hasta la caída de Batista:

Pregunta: Sr. Smith, su predecesor en La Habana, el embajador Gardner, expresó la opinión de que Castro es un instrumento del comunismo y no un comunista activo. ¿Está Vd. de acuerdo?

Earl Smith: Castro era un revolucionario y un terrorista. Desde la época en que estudiaba en la universidad le han gustado los revólveres. Me informó un diplomático que mató a una monja y dos sacerdotes durante el levantamiento de 1948 en Bogotá. No hay duda de que Castro fuera revolucionario y terrorista, para de que haya sido desde el principio un comunista, no estoy seguro...

Pregunta: ¿Hay en su espíritu la menor duda de que el gobierno de Cuba, bajo Castro, es un gobierno comunista?

Earl Smith: ¿Ahora?

Consejero de la comisión: Sí.

Earl Smith: Iré más lejos. Creo que se está convirtiendo en un satélite.

Senador Dodd: ¿Quiere decir un satélite comunista?

Earl Smith: Un satélite comunista.

Los diarios más serios participaron en la impresionante campaña contra Cuba. El mismo día que entraron los fidelistas en la capital, una de las cadenas radiales norteamericanas afirmaba que La Habana estaba más destruida que Saint-Lô cuando desembarcaron los Aliados en Normandía (*). Y el mismo presidente Eisenhower no desdeñó

(*) Cf. *New York Herald Tribune*, enero 8 de 1960.

entrar en el juego. En una carta dirigida en marzo de 1960 a los estudiantes chilenos, declaraba:

"Numerosos y antiguos amigos de Cuba en Estados Unidos y otros países del hemisferio, a quienes había impresionado favorablemente el ideal expresado por los actuales dirigentes del pueblo cubano al tomar control del gobierno, están seriamente desencantados por lo que consideran una traición a ese ideal...".

En lo sucesivo los diarios norteamericanos, de cualquier tendencia que sean, hablan de la "revolución traicionada". El gobierno de Estados Unidos dio armas a Batista hasta marzo de 1958, y nueve meses más tarde la misión militar norteamericana abandonaba Cuba en las huellas del dictador. Pero ¡qué importa! Contra Fidel Castro, el presidente de los Estados Unidos se erige en defensor del ideal revolucionario de Fidel Castro. Y en la misma carta a los estudiantes chilenos, afirma que "ningún miembro del gobierno hizo en público declaración alguna ni cumplió ningún acto que pudiera considerarse hostil al gobierno de Cuba o al pueblo cubano."

LA LIBERTAD DE PRENSA

¿Qué reproches le hace Estados Unidos al gobierno revolucionario cubano? Habiendo guardado casi silencio ante los crímenes de Batista, que hicieron 20.000 víctimas, Estados Unidos se indigna cuando Fidel Castro osa atentar contra el principio sacrosanto de la propiedad privada y la libre empresa.

Pero EE. UU. no quiere dar la impresión de que sólo lucha por la defensa del dólar y las inversiones privadas. No olvida que su más alta tradición lo ha hecho el defensor de la libertad de opinión, particularmente de la libertad de prensa. Entonces, con los enormes medios de información

de que dispone, acusa a Fidel Castro de haber suprimido toda libertad de expresión y haber confiado al gobierno el control directo de todos los periódicos y estaciones de radio. ¿Green realmente que la prensa era libre bajo Batista? ¿Ignoran que todos los diarios recibían cheques considerables del dictador, que el jefe de la principal agencia informativa norteamericana en Cuba era pagado por Batista? ¿Olvida que, a pesar de las cadenas de oro, algunos diarios alborotaban a veces el palomar y Batista tuvo que imponer una censura que se aplicaba incluso a los corresponsales extranjeros? ¿Cuándo protestó Estados Unidos contra esos graves atentados a la libertad de prensa? Pero el 8 de junio de 1960, en Nueva York, para el "Día de la Libertad de Prensa", la SIP recibe solemnemente a tres directores de diarios cubanos que se han exilado. Son Guillermo Márquez, de "El País", José Ignacio Rivero, del "Diario de la Marina", y Sergio Carbó, de "Prensa Libre". Los tres afirman bajo aplausos que el gobierno de Fidel Castro es un títere de la Unión Soviética, y comparan a Cuba con Hungría. Apparentemente, Estados Unidos olvida que ninguno de los tres fue nunca un periodista libre y que Carbó, por ejemplo, es el mismo que en 1933 arrancó a Batista los galones de sargento para reemplazarlos por estrellas de coronel, cuando dio el primer golpe de estado (*). El milagro no es que Sergio Carbó se haya refugiado en Estados Unidos. El milagro es que haya esperado dieciocho meses para huir de la revolución. Sin duda esperaba que con el tiempo se enfriara el ardor revolucionario, que las costumbres de antes recuperaran pleno derecho y que "Prensa Libre" pudiera emprender nuevamente su lucrativa carrera.

¿Era libre la prensa bajo Batista? Por cierto que no. ¿Lo es bajo Fidel Castro? Seguramente que no: ningún diario publicado en Cuba puede expresar hostilidad al régimen, así como no era posible criticar a la dictadura. La

(*) Cf. p. 21.

diferencia es que, bajo Batista, la prensa apoyaba a un régimen detestado unánimemente, mientras que bajo Fidel Castro apoya a un equipo y una política que gozan del apoyo de la inmensa mayoría de la población.

Tres hechos asestaron un golpe mortal a los diarios cuyos directores se fueron a Estados Unidos y participan en la campaña contrarrevolucionaria. En primer lugar, la desaparición de los subsidios que alimentaban sus caudales bajo la dictadura perjudicó sus finanzas, en un momento en que los periodistas, al perder los ingresos extra-profesionales devengados en condición de "funcionarios ficticios", reclamaban un reajuste de sueldos. En segundo lugar, esos diarios conservaron más o menos su público mientras participaron en la euforia de la liberación, pero a medida que intentaban criticar la acción revolucionaria, vieron que muchos lectores los abandonaban en beneficio de periódicos enteramente leales a la revolución. En tercer lugar, el endurecimiento de relaciones con Estados Unidos, y la política de austeridad económica, obligaron a muchas empresas a reducir su presupuesto de publicidad.

Pérdida de recursos secretos, reducción del tiraje y de los ingresos publicitarios; no hacía falta tanto para aniquilar las viejas estructuras de la prensa. Además surgieron graves conflictos entre la redacción y los operarios, que se oponían a la publicación de despachos norteamericanos desfavorables a Fidel Castro. Y cada vez que, ante tal acumulación de dificultades, un director abandonaba su diario y emigraba, el gobierno revolucionario tenía que elegir entre condenar el personal a la desocupación o encargarse de publicar el diario. Fue así como en pocos meses la prensa pasó bajo control del gobierno.

¿Era inevitable esa evolución? En 1945, Francia esperaba no volver a ver nunca diarios editados por ricos particulares. Se estudiaron diversos proyectos para dar a la prensa independencia financiera. Pero nunca vieron la luz. Y poderosos grupos de intereses controlan la mayoría de los dia-

rios como antes de la guerra, mientras que la radio está sometida al más estricto control gubernativo. La resurrección de la "prensa podrida" es sin duda una de las causas principales de la degradación de las instituciones y del "espíritu de la Resistencia", así como de la indiferencia de la opinión pública frente a los grandes problemas nacionales e internacionales.

La "prensa podrida" murió en Cuba, y no resucitará mientras dure el régimen revolucionario. Los periódicos revolucionarios que ocupan su lugar son sin duda más honorables que sus antecesores, y gozan del favor popular. Pero no nació una prensa verdaderamente libre sobre el cadáver de esa "prensa podrida"; no una prensa "libre" que diera a algunos privilegiados de la fortuna el derecho de utilizar a su antojo los grandes medios de información, sino una prensa que, totalmente liberada de las trabas de antes, cooperara con la acción revolucionaria que asegura el porvenir del país, pero comentando libremente sobre los medios de asegurar la recuperación nacional.

Este lamento parecerá irrisorio a quienes, dentro y fuera de Cuba, aprueban sin discusión todas las medidas del gobierno revolucionario. Contestarán que por dos años y medio la revolución cubana sobrevivió a los duros ataques de que ha sido objeto, mientras que los sueños de la Resistencia francesa ya estaban relegados al museo de antigüedades dos años después de capitular el III Reich. Agregarán que en su opinión la prensa cubana de hoy es mejor que la de antes. Pero el problema sigue en pie: si la mayoría de la población apoya al gobierno revolucionario, no tiene posibilidad de discutir sus métodos, ya que esa posibilidad exige una cierta diversidad en la prensa. No se trata de lamentar la ausencia de diarios que hagan la apología de Batista, así como Francia no habría podido aceptar, luego de la Liberación, periódicos que hicieran la apología de Vichy. No se ve muy bien en virtud de qué alto principio podría deplorarse la ausencia de periódicos contrarrevolu-

cionarios. Pero ¿sería posible introducir diversidad en una prensa revolucionaria que entablara debates y diálogos sobre todos los grandes problemas que afectan a Cuba? Sin diversidad, es de temer un conformismo que tarde o temprano esclerosaría y esterilizaría el pensamiento, sin el cual no puede sobrevivir ninguna revolución. Es lamentable que no se haya intentado esa experiencia en Cuba, pero quizá no sea demasiado tarde para ponerla en práctica.

En todo caso, no hay que olvidar un serio obstáculo. Al país le falta gente, inclusive periodistas competentes. Algunos que ejercían la profesión bajo el antiguo régimen siguen escribiendo. Así, cuando emigró el director de "Bohemia" fue reemplazado por uno de sus colaboradores, el que dirigía la sección mejor informada y más valiente de la revista. Hay jóvenes que, apenas terminados sus estudios, eligen esa profesión y no la habrían aceptado durante la dictadura. Pero son aún muy pocos y carecen de experiencia. El periodismo exige una tradición de rigor y de independencia que el antiguo régimen no toleraba.

Además un diario que no puede mantener corresponsales en el mundo entero depende para su información de las agencias noticiosas, es decir, en América Latina, sobre todo de la AP y la UPI, agencias norteamericanas de las cuales lo menos que se puede decir es que no son totalmente independientes... Fue por eso que se creó la agencia "Prensa Latina" en Cuba. Pero está subvencionada por el gobierno, y obviamente bajo control.

Cuenta habida de las dificultades, ¿es posible avizorar otra solución, ciertas mejoras? La agencia "Prensa Latina", al igual que algunos diarios y estaciones de radio, podría reclamar independencia del gobierno. En Gran Bretaña la BBC da un ejemplo de solución posible. En cada empresa, los periodistas y el personal podrían organizarse en cooperativa designando un director político y un administrador. También sería posible confiar tal o cual diario o estación de radio a una "fundación" cuyos miembros se designaran

teniendo en cuenta su carácter, integridad e independencia. Así quedaría garantizada una libertad de opinión y de tono, una posibilidad de discusión pública que sería sumamente beneficiosa para la revolución. Y al mismo tiempo el gobierno tendría la seguridad de que las empresas periodísticas no caerían en manos de grupos privadas que antepusieran sus intereses particulares al de la nación.

Semejante experiencia, que no tiene precedentes, permitiría a la revolución cubana hacer un aporte excepcional.

EL APARATO POLITICO

Al afirmar que Cuba tiene un régimen comunista, la prensa norteamericana demuestra más pasión que lucidez. Porque en apoyo de tal acusación da una "prueba" por lo menos discutible: Fidel Castro no se atreve a organizar elecciones. La conclusión habría sido la misma si el "libertador" hubiera llamado a las urnas en enero o febrero de 1959, porque habría obtenido entonces más del 95% de los votos, y los diarios norteamericanos se hubieran complacido en comparar ese porcentaje con el obtenido por la lista única de las democracias populares.

La mayoría de las consultas electorales realizadas en Cuba fueron fraudulentas, y era cosa fácil en un país sometido a la triple tiranía de la miseria, el analfabetismo y la corrupción. ¿Lo ignoraba la embajada de Estados Unidos? En todo caso no se oyó ninguna protesta norteamericana cuando la dictadura pretendía revestir apariencia democrática mediante el juego electoral. Y más: Estados Unidos esperaba que el simulacro de elecciones realizado por Batista en noviembre de 1958 (hubo 50% de abstención) pudiera representar una solución. Luego, ante el pequeño número de votos obtenido por el presidente electo, el Departamento de Estado comunicó a Batista, por intermedio de su embajada en La Habana, que el nuevo gobierno no

recibiría ayuda de Washington porque no se lo consideraba capaz de dominar la situación. "El último gran error cometido por Batista", declaró el ex-embajador Earl Smith, "fue no realizar elecciones honradas, como me lo había prometido muchas veces".

Los gobernantes y periodistas norteamericanos que acusan a Fidel Castro de haber reemplazado una dictadura de derecha por una dictadura de izquierda, y le reprochan no haberse sometido al veredicto popular, reconocen simultáneamente que las masas campesinas le son leales. Sin más, el campesinado constituye una sólida mayoría. Fidel Castro habría podido efectuar sin el menor riesgo un llamado a elecciones. ¿Por qué no lo ha hecho? En un primer momento, declaró que no podría haber auténticas elecciones hasta que el país se librara de la miseria y del hambre. Luego afirmó que las elecciones serían una inútil pérdida de tiempo ya que, de todos modos, confirmarían la confianza del pueblo en el gobierno revolucionario.

No son argumentos convincentes. En los seis meses siguientes a la victoria, Fidel Castro habría sido plebiscitado. Dieciocho meses más tarde, habría obtenido una mayoría superior a la de cualquier presidente de Estados Unidos o un país latinoamericano. Y esa ratificación popular lo habría puesto al abrigo de numerosas críticas. ¿Por qué renunció a una preciosa carta de triunfo?

Hay varias razones para explicar su actitud. Luego de la victoria, Fidel Castro quería seguir como jefe del ejército rebelde y no asumir el mando político. Sin embargo ya hemos visto que es él quien detenta el poder real y finalmente llega a primer ministro. Pero hasta algunos integrantes del Movimiento "26 de Julio" piensan que va demasiado lejos, que su revolución es demasiado radical. Las elecciones rubricarían jurídicamente esas divergencias de opinión, y él no lo quiere. Sin duda teme que el orden antiguo resurja antes de que la revolución haya atravesado sus etapas decisivas.

¿Podría acaso un régimen parlamentario llevar a cabo la revolución social, económica y política que necesitaba Cuba? Un país subdesarrollado, aunque sea tan rico, ¿puede quemar etapas dentro de un sistema pluralista? ¿No llegaría ese sistema a las "meras formas" que no contentaban a Martí? En un país que nunca conoció elecciones verdaderamente libres, ¿no hallarían los aventureros una serie de hambrientos dispuestos a vender su voto? Son preguntas que no se plantean únicamente para Cuba...

Pero, sin restaurar inmediatamente el sistema de partidos, Fidel Castro podía haber sometido a referéndum su propia persona y las grandes líneas de su programa. No lo quiso. Y aquí parece que se contradicen dos reacciones. Por una parte le gusta el contacto directo con el pueblo; es visiblemente feliz cuando se halla en medio de la multitud y habla, habla, habla horas de sus proyectos. Pero al mismo tiempo teme que la Revolución se identifique con la persona de él, que la Revolución sea tan vulnerable como él. Por eso es que el 26 de julio de 1960, el séptimo aniversario del asalto al cuartel Moncada, cuando cerca de un millón de personas lo aclama gritando "¡Fidel! ¡Fidel!", interrumpe con humor los gritos de la muchedumbre y le dice: "No es por un nombre que luchan, sino por la Revolución".

Pero Fidel Castro busca sin descanso la sanción popular. El 26 de octubre de 1959, para responder a la actividad de los contrarrevolucionarios cuyos aviones sobrevuelan La Habana, reúne en la capital a un millón de personas, en su mayoría campesinos que nunca han visto un ascensor o una puerta automática. Lo mismo hace luego de la explosión del barco francés "La Coubre" en el puerto de La Habana, que llevaba a Cuba armas y municiones compradas en Bélgica. Lo mismo hace cada vez que se trata de conmemorar una fecha histórica o de manifestar la resolución del pueblo cubano ante los ataques exteriores. Y la muchedumbre que escucha sus discursos televisados, aunque sean muy largos, lo confirma en la adhesión popular.

En realidad, Fidel Castro sueña con instaurar en Cuba un tipo nuevo de democracia. Sus compañeros evocan con gusto el ejemplo de Atenas. Él mismo habla de "democracia directa", y parece que fue ese aspecto de la revolución el que más sedujo a Jean-Paul Sartre. En enero de 1960 le hice a Raúl Castro esta pregunta:

—¿Cuáles son, o cuáles serán, las instituciones políticas de Cuba?

—Nuestra institución política —contestó— es el pueblo.

Creí que era una broma. Pero lo decía en serio. Y el 2 de setiembre de 1960, para protestar contra la "Declaración de San José", adoptada por la conferencia de Costa Rica, la muchedumbre se reúne al pie de la estatua de Martí en La Habana y adopta por aclamación la "Declaración de La Habana". La introducción estipula que "el pueblo... se ha constituido en Asamblea General Nacional". El texto condena luego "la intervención abierta y criminal" del "imperialismo norteamericano". Agradece a la URSS y China por su ayuda. Fue así, en la plaza pública, como La Habana decidió romper relaciones diplomáticas con Formosa y reconocer al gobierno de Pekín.

Pero éste es indudablemente el párrafo clave de la "Declaración de La Habana":

"La Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba expresa la convicción cubana de que la democracia no puede consistir sólo en el ejercicio de un voto electoral que casi siempre es ficticio y está manejado por latifundistas y políticos profesionales, sino en el derecho de sus ciudadanos a decidir, como ahora lo hace esta asamblea del pueblo, sus propios destinos.

"La democracia, además, sólo existirá en América Latina cuando los pueblos sean realmente libres para escoger, cuando los humildes no estén reducidos —por el hambre, la desigualdad social, el analfabetismo y los sistemas jurídicos— a la más ominosa impotencia."

Parece que Fidel Castro sólo quiere recurrir al voto

universal el día que el pueblo cubano se haya liberado de sus trabas sociales y económicas. Pero ¿significa eso que las multitudes que lo aclaman no son verdaderamente libres? Daría así razón a sus adversarios, que lo acusan de haber reemplazado una tiranía por otra. La verdad es que Fidel Castro conoce lo frágil de esa libertad que sus compatriotas gozan por primera vez en la historia. Sabe que no alcanza con proclamar la libertad para que ésta sea un hecho. Sabe que los "barbudos" que llegaron al poder en enero de 1959 no conquistaron la libertad sino sencillamente una oportunidad excepcional de crear, en las estructuras del país y el alma de sus hombres, los cimientos de una libertad auténtica y duradera.

Y esa tarea, apenas comenzada, despierta una feroz oposición. En 1959 las milicias populares dan captura a un comando batistero que viene de Santo Domingo. En otoño de 1960 las mismas milicias, luego de largos combates, capturan a más de doscientos contrarrevolucionarios procedentes de Florida. Entre ellos hay tres ciudadanos norteamericanos que, junto con varios elementos cubanos, son fusilados al día siguiente del juicio. Periódicamente vienen de Florida avionetas particulares a lanzar bombas incendiarias sobre los campos de azúcar y las fábricas, y hasta llegan a sobrevolar la capital arrojando panfletos. Se verá más adelante que los estrategas norteamericanos, al comprobar que sólo un número reducido de esas avionetas es derribado por la D.C.A. cubana, hallan un argumento para recomendar ese tipo de agresión.

Además la joven libertad de Cuba se encuentra bajo amenaza económica. El gobierno norteamericano, que en nombre de la defensa del "mundo libre" otorga miles de millones de dólares todos los años al mundo subdesarrollado, sabe bien que, en el mundo actual, la miseria no deja sitio a la libertad. Desgraciadamente EE. UU. concedió generosa ayuda a los regímenes que, por la corrupción o el terror (o ambas cosas), mantuvieron durante medio siglo al

pueblo cubano en la miseria y la ignorancia, y sostuvo a gobiernos que, a despecho de todas las consultas electorales, más o menos trucadas según las exigencias del momento, negaban la libertad a aquéllos de quienes pretendían recibir el poder. Se reconocía una sola libertad a una minoría: la libertad de enriquecerse rápidamente, haciéndose cómplice del sistema de corrupción y terror que conculcaba toda dignidad y libertad a más de seis millones de cubanos.

Ese sistema no era debido sólo a la rapacidad de los concesionarios, al sadismo de los torturadores. No alcanzaba con predicar la justicia y la bondad para corregirlo o anularlo. Era preciso abatir las estructuras económicas y políticas que le habían permitido imponerse en el correr del siglo. También era preciso crear estructuras económicas y políticas que cimentaran la libertad del pueblo cubano, liberándolo del analfabetismo y la miseria para que nunca más se viera obligado, por ignorancia o para asegurarse el magro sustento, a agachar la espalda y vender su libertad a los amos sin escrúpulos.

Queda en pie el debate sobre la prudencia, la oportunidad o la dosificación de tal o cual medida aplicada por el gobierno cubano para dar impulso a ese cambio. Para ello no hay más que un criterio: el éxito o el fracaso, la vida o la muerte de la revolución. El futuro dirá. Pero, sean cuales sean el *timing* y los métodos de la revolución, un punto es seguro: debía perjudicar a *todos* los grandes intereses, cubanos y norteamericanos, que habían prosperado bajo el antiguo sistema. Y no por razones morales, en nombre de la recuperación de bienes mal habidos, sino por razones muy concretas: porque la riqueza de unos se debía a la miseria de otros, porque la libertad de enriquecerse y robar era incompatible con la libertad de los campesinos sin tierras, de las familias sin vivienda, de los niños sin escuela, porque la escandalosa prosperidad de una minoría se basaba en su negativa a aumentar la capacidad de producción de un país cuya población crecía rápida-

mente. ¿Habrá comprendido Estados Unidos? Algunos signos permiten creerlo. El 20 de enero de 1960 el presidente Eisenhower afirmaba solemnemente que el gobierno norteamericano no intervendría en los asuntos de otros países, incluyendo explícitamente a Cuba (*). Reconocía "expresamente el derecho del pueblo y el gobierno de Cuba, en ejercicio de su soberanía nacional, a emprender las reformas sociales, económicas y políticas que pudieran creer deseables"; cosa que también afirmaba Cabot Lodge el 18 de julio de 1960, ante el Consejo de Seguridad de la ONU.

Esas transformaciones suponían primordialmente la reforma agraria, aprobada en principio por el gobierno de Estados Unidos el 11 de junio y el 12 de octubre de 1959, la nacionalización de la compañía de electricidad, que cobraba tarifas excepcionalmente altas, y una planificación de la industria.

Cada una de esas reformas afectaba a ciudadanos norteamericanos, fueran propietarios agrícolas, accionistas de la compañía de electricidad o industriales. Y tanto Eisenhower como Cabot Lodge prometían no poner obstáculo a esas realizaciones, a condición de que Cuba respetara sus "obligaciones conforme al derecho internacional". Precisan-do sus ideas, el delegado norteamericano ante la ONU agregaba en el mismo discurso: "No tenemos conocimiento de que un solo propietario haya sido reembolsado en Cuba por los bienes confiscados".

Es por fin este punto el que funda la hostilidad de Estados Unidos hacia la revolución cubana. Lo que se reprocha a Cuba es no haber reembolsado en dos años las inversiones norteamericanas (mil millones de dólares) que prosperaron en la isla por más de medio siglo, realizando ganancias considerables que eran inmediatamente repatriadas. Lo que está en causa no es la democracia, sino el funcionamiento del capitalismo en un país subdesarrolla-

(*) Ver nota p. 133. (N. del T.)

do. Es verdad que para una conciencia norteamericana el capitalismo es inseparable de la democracia. Durante treinta años los Estados Unidos no se preocuparon de saber si la democracia y el sufragio universal eran respetados en la República Dominicana, donde no estaban amenazadas las inversiones norteamericanas. Pero, dieciocho meses después de la victoria de Fidel Castro, Washington se indigna porque no ha llamado a elecciones. ¿Por qué? Hay una sola explicación: porque la reforma agraria, el gravamen a las ganancias industriales y comerciales, la supresión de los privilegios otorgados por regímenes corrompidos, y por fin las inevitables nacionalizaciones, perjudican bruscamente las inversiones norteamericanas.

Los gobernantes norteamericanos se defienden contra esa acusación diciendo que reposa en un terrible malentendido. La política norteamericana frente a América Latina, dicen, ha entrado en una nueva fase: la Casa Blanca está decidida a no apoyar más las dictaduras tipo Trujillo o Batista. Y desgraciadamente, en el momento en que se efectúa ese viraje, Fidel Castro viene a embrollar el asunto con sus excesos...

Suponiendo que eso fuera cierto —y los hechos concretos que lo demuestran son escasísimos—, se impone una comprobación. Las represalias económicas infligidas por Estados Unidos a Cuba son de lo más draconianas que se pueda imaginar. Ninguna medida similar se tomó contra la República Dominicana. Más: aunque Estados Unidos, en la conferencia de San José (agosto de 1960), votó la resolución venezolana contra Trujillo, luego continuó comprándole azúcar. Si, como afirma Washington, Cuba y Dominicana son dos dictaduras, una de izquierda y otra de derecha, ambas contrarias al ideal democrático norteamericano, ¿por qué dos varas para medirlas? No es porque la libertad de los ciudadanos de Cuba sea burlada más gravemente que la libertad de los dominicanos. Sino porque las inversiones norteamericanas, que Cuba confiscó, son

respetadas por la dictadura dominicana. No puede haber otra razón para la diferencia en el tratamiento acordado a ambos países. Las grandes declaraciones sobre la democracia son una mera coartada que no resiste análisis.

Pero, si bien los temas de la propaganda norteamericana contra Cuba no son fundados, queda en pie una cuestión. Fidel Castro no quiere volver inmediatamente al sistema de partidos que permitiría a las fuerzas contrarrevolucionarias, con los enormes recursos financieros y los apoyos externos de que disponen, organizarse oficialmente; ni siquiera desea hacerse elegir por un vasto plebiscito que estaría seguro de ganar; apoyado por la inmensa mayoría de la población, gobierna como amo absoluto sin someterse a un control democrático formalmente organizado; ¿cuál es, entonces, su concepción del poder? ¿Y en qué fuerza concreta se basa ese poder?

Porque al fin de cuentas ha podido destituir ministros, jefes militares, gobernadores de provincia. Tomó decisiones que han vuelto cabeza abajo la fisonomía económica, política y social de su país. Bajo su dirección, Cuba ha roto vínculos en menos de dos años con Estados Unidos y se ha acercado estrechamente al bloque soviético. Un hombre solo, por popular que sea, no puede cumplir semejante revolución. Le hacen falta instrumentos de autoridad. Precisa un aparato. Pero, en sentido estricto, ese aparato no existe.

Los revolucionarios cubanos pueden decir que el INRA es precisamente el instrumento que permitió realizar la reforma agraria, y que institutos u organismos análogos tienen a su cargo la construcción, el urbanismo, la industrialización, el cine, etc. Pero ¿dónde está el aparato político que pueda darles cohesión e impulso? Nadie ha podido contestar a esa pregunta. Todo sucede como si Fidel Castro gobernara sin aparato de gobierno.

El hecho es tanto más sorprendente porque en su lucha contra la dictadura Fidel Castro había forjado un

aparato, el Movimiento "26 de Julio", que lo llevó a la victoria. Todos los observadores preveían entonces que ese aparato ya probado sería, de una manera u otra, el instrumento político que asumiera la responsabilidad de la revolución en su segunda fase. Pero nada de eso ocurrió. El Movimiento "26 de Julio" no tiene ya existencia propia. Sus miembros no están organizados en comités, células, secciones, grupos o federaciones; no participan en las reuniones de los distintos niveles. El Movimiento "26 de Julio" no se ha convertido en un partido. De ninguna manera tomó el lugar que le correspondía para transmitir, por los complejos canales de una jerarquía revolucionaria, la corriente que debe animar al país en todos sus sectores. No es la correa de transmisión del poder y la autoridad. Y junto a él no se discierne el aparato político indispensable para todo hombre de gobierno.

Por cierto que todos los puestos de comando, en La Habana y en provincia, están ocupados por auténticos revolucionarios. Son hombres devotos a Fidel Castro, y confían en él para llevar a cabo la empresa propuesta. Pero parece evidente que su eficacia sería mayor si pertenecieran a una organización estructurada con vida propia, encargada de administrar el país. Las democracias populares tienen al partido comunista, así como la Alemania de Hitler tenía al partido nazi e Italia el partido fascista. La revolución cubana no tiene ningún equivalente.

El Movimiento "26 de Julio" contaba en sus filas elementos moderados que abandonaron a Fidel Castro pocos meses después de su victoria. Pero no alcanza como razón para que el Movimiento no se haya transformado en aparato político de gobierno, sino todo lo contrario. Fidel Castro odría haber sumado a las defecciones un depuramiento que eliminara los elementos tibios o dudosos. Así habría podido contar con un instrumento homogéneo y eficaz, aureolado del prestigio que le valió su victoria sobre Batista.

¿Por qué se privó Fidel Castro de esa ventaja? ¿Para no ser acusado de querer imponer a Cuba un régimen de partido único? Pero entonces se le reprocha que quiera imponer su poder personal. Bajo la dictadura, la esperanza del pueblo cubano se cifraba en un nombre: Fidel Castro. En enero de 1959, el entusiasmo popular se expresaba en el grito de "Viva Fidel". Dos años más tarde, el régimen sigue identificado con Fidel Castro.

Lo haya querido o no el "liberador", el resultado es éste: el dinamismo de la revolución, desde el principio, se debía a la persona de Fidel Castro; las etapas más audaces fueron franqueadas porque lo quiso Fidel Castro; y si Fidel Castro faltara, por cierto que toda la obra revolucionaria no desaparecería con él, pero la duda invadiría a muchos espíritus porque Fidel Castro es, el poder mismo, y así lo ha comprendido el pueblo que lo ve a la vez como primer artesano y símbolo vivo de la revolución. Lo que era la fuerza de la revolución pasa a ser su debilidad.

La ausencia de real aparato político es aun más inquietante porque existe en Cuba una sola fuerza organizada: el partido comunista. En rigor sólo el P. S. P., aunque no haya desempeñado más que un papel accesorio en la lucha contra la dictadura, podría adueñarse de los resortes del poder y colocar gente en los puestos claves; ciertas defecciones de moderados ya le han permitido obrar eficazmente en ese sentido. La revolución es fidelista, y sólo Fidel puede evitar que se vuelva otra cosa que fidelista. Sin duda es mucho para un solo hombre.

Pero Fidel Castro no es el Naguib de Cuba. El general Naguib era el símbolo de una revolución cuyos verdaderos artesanos eran los jóvenes oficiales agrupados en torno al coronel Nasser. Pero fue Castro quien planeó el asalto al cuartel Moncada. Fue Castro quien preparó y dirigió el desembarco del *Granma*; fue Castro quien creó las guerrillas y las condujo a la victoria; es Castro el que gobierna efectivamente a Cuba. Se ha vuelto el símbolo de la

revolución porque era su instigador y su primer artesano. Un Nasser cubano, de izquierda o de derecha, sólo podría reemplazarlo irguiéndose sobre su cadáver.

LA SOCIALIZACION TOTAL

En octubre de 1960 la revolución cubana franqueó una etapa decisiva: todos los bancos (a excepción de dos bancos canadienses) y todas las empresas industriales y comerciales de alguna importancia pasaron al Estado. La decisión afectó a 382 empresas cubanas y extranjeras por un monto estimado en dos mil millones de dólares, con una tesorería de U\$S 200:000.000. Con esta última medida quedaban nacionalizados todos los ingenios azucareros, y el Estado quedaba con el control de 90% de las industrias del tabaco, café, minas, etc. Anteriormente, casi todas las inversiones norteamericanas (mil millones de dólares) habían sido confiscadas.

Al mismo tiempo, el gobierno promulgaba una "Ley de Reforma Urbana" que inhibe a una persona privada o jurídica de percibir mensualmente más de seiscientos dólares de alquiler. Los inquilinos obtienen ahora el derecho a hacerse propietarios de su vivienda luego de haber pagado alquiler entre cinco y veinte años.

¿Por qué esa prisa en la socialización de la economía? ¿Es una nacionalización total la mejor respuesta a los problemas cubanos?

En Estados Unidos esto se ve como prueba concluyente de la influencia soviética. El problema es menos simple. La experiencia de las democracias populares demuestra que Moscú preconiza una socialización por etapas. Sólo China se afirma partidaria de medidas mucho más radicales. Y, hasta ahora, la economía cubana depende mucho más de la ayuda soviética que de la ayuda china. Además, no es seguro que Moscú aspire al establecimiento de una "democracia popular" en Cuba, por dos razones: porque Cuba

está en el corazón del hemisferio occidental, lejos de la "madre patria" del socialismo, a tal distancia que no podría intervenir el Ejército Rojo, con lo cual la amenaza formulada por Jrushchov de enviar cohetes sobre EE. UU. no sería de ningún socorro contra la guerra subversiva que amenaza a Cuba; y además, porque en Cuba el partido comunista no está en el poder, y Moscú tendría buenos motivos para inquietarse por la evolución de una "democracia popular" cuyo aparato no controla.

Sin embargo, la ruptura de relaciones económicas entre Cuba y Estados Unidos permite a Jrushchov especular sobre una eventual toma del poder por el partido comunista, en un país cuyo porvenir económico depende cada vez más de la ayuda que el bloque chino-soviético quiera darle.

Las ciencias políticas tienen ahora en Cuba un tema de estudios completamente inédito: una economía enteramente socializada a varios miles de kilómetros de Moscú, en un país cuyo vecino más próximo es Estados Unidos (150 kms.) y que no tiene cerca ninguna democracia popular, y donde además el poder no es ejercido por el partido comunista. Es la primera vez que un país socializa su economía tan lejos de la base de partida del socialismo.

Pero si bien es difícil prever qué sucederá con esta experiencia sin precedentes, ya es posible dilucidar las principales causas de esta aventura por lo menos audaz.

1º La socialización de la economía cubana empezó con la confiscación de bienes mal habidos. Al principio, esa medida no provocó ninguna discusión. Las únicas protestas se referían a los métodos de intervención, o bien a casos particulares, porque habían sido complejos los medios que permitieron amasar ilegalmente enormes fortunas. Pero la operación "recuperación" no podía modificar por sí sola la economía cubana.

2º El segundo hecho importante fue la confiscación de las refinerías de petróleo Texaco y Standard Oil (norteamericanas) y Shell (inglesa). Estas compañías se habían

negado a refinar el petróleo comprado a la URSS por el gobierno cubano. Este afirmó entonces que las compañías violaban una ley de 1938, aplicable a las empresas cubanas y extranjeras existentes en Cuba. Para La Habana el problema era relativamente simple: como las reservas de oro habían sido expoliadas por Batista y el país debía efectuar grandes inversiones para desarrollar su economía, había interés en comprar petróleo soviético, menos caro que el petróleo venezolano (zona del dólar) que hasta ese momento aprovisionaba a las refinerías. Fue lo que las compañías no aceptaron, y el gobierno revolucionario, al estimar que estaba en juego el interés nacional, nacionalizó sus instalaciones. El mismo problema se plantea en otros lugares, aunque no siempre con el mismo desenlace: por aquella época la Shell amenazó a la India con aplicarle sanciones si continuaba comprando petróleo soviético, menos caro que el de Cercano Oriente, Cuba, por su parte, reaccionó enérgicamente osando atacar el cartel.

Las compañías petroleras no son el gobierno norteamericano. Pero éste, fiel a su política de protección a las inversiones norteamericanas en el exterior, protestó contra la confiscación de la Texaco y la Standard Oil.

El profesor Alfred E. Kahn, decano de la facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Cornell, escribió a ese respecto:

“Cuando nuestros principales estados productores de petróleo reducen radicalmente la producción autorizada, como lo hicieron desde principios de 1957, obligan a los refinadores norteamericanos a comprar en otros países, a precios artificialmente altos, el petróleo bruto que podrían producir para sí mismos, a un costo —se quejan varios de ellos— de millones de dólares por año. Y cuando el gobierno federal restringe las importaciones de petróleo bruto, impone un fardo análogo a las refinerías con capacidad autónoma de producción extranjera a bajo precio. El petróleo venezolano se paga en dólares. El petróleo ruso se

ofrece en trueque contra azúcar... No veo cómo puede negarse a un gobierno soberano el derecho de ahorrar divisas, así como tampoco puede negarse el derecho a limitar la producción invocando la defensa nacional.” (*New York Times*, 11 de julio de 1960.)

El mismo experto añade que no pretende criticar la actitud de la Texaco y la Standard Oil, porque “es bien sabido que en el mundo de los negocios petroleros las ganancias se obtienen con la producción, y que las refinerías y el sistema de distribución se justifican para las compañías esencialmente como un medio de asegurar salida beneficiosa al petróleo bruto que producen”. La Texaco y la Standard Oil no tenían ningún interés financiero en refinar un petróleo que no fuera el suyo. Desde un punto de vista estrictamente comercial, es comprensible que se hayan negado a refinar petróleo soviético. Desde el mismo punto de vista comercial, el gobierno cubano tenía interés en comprar petróleo soviético, que es más barato y no se pagaba en dólares. Esa opción implicaba casi inevitablemente la negativa de la Texaco y la Standard Oil. Y la nacionalización de las refinerías era la única respuesta posible al rechazo.

³⁰ Inmediatamente el gobierno estadounidense redujo en 700.000 toneladas la cuota de azúcar cubano. El gesto fue aprobado por un solo gobierno latinoamericano, el del dictador Somoza (Nicaragua), que aplaudió las “represalias económicas” añadiendo que no eran suficientes y que hacían falta sanciones militares.

La tesis oficial norteamericana es aquí sumamente incómoda. Como hace notar el profesor Alfred E. Kahn, la reducción de la cuota de azúcar sólo puede aparecer como una medida de venganza contra la confiscación de las refinerías. Sólo algunas horas separan ambos hechos. Pero la ley que autorizaba al presidente a limitar las importaciones de azúcar estaba bajo estudio desde hacía varios meses... Y si Estados Unidos tiene derecho a reducir sus

importaciones de azúcar, no se comprende por qué Cuba no puede reducir sus importaciones de petróleo. Si los EE. UU. son realmente *business-minded*, deben comprender que Cuba tiene interés en reemplazar petróleo de la zona del dólar por petróleo soviético más barato. En cambio el azúcar importado por EE. UU., venga o no de Cuba, se paga necesariamente a precio alto a fin de proteger a los productores norteamericanos de azúcar.

Washington precisaba entonces otro argumento. Y el presidente Eisenhower afirmó que la decisión fue adoptada porque los actos del gobierno cubano arrojaban dudas sobre su capacidad para abastecer de azúcar al mercado norteamericano. El argumento fue repetido el 18 de julio de 1960 ante el Consejo de Seguridad por Cabot Lodge, quien hizo notar que "alrededor de un tercio de nuestras existencias de azúcar proviene de Cuba" y que la política cubana permite preguntarse "si, en el futuro, Estados Unidos podrá seguir contando con ese país para obtener cantidades de azúcar tan considerables".

La lógica se somete así a una ruda prueba. No se reducen inmediatamente las importaciones de un país que suscita la duda de si, en el futuro, podrá satisfacer las necesidades del cliente. Pero el gesto fue preparado de largo tiempo atrás por una propaganda que afirmaba que la reforma agraria haría bajar la producción cubana de azúcar. No ocurrió nada de eso; al contrario.

Por otra parte, ya que paga el azúcar más caro que cualquier otro país, EE. UU. podría haber seguido comprando azúcar cubano, planteando no condiciones políticas (que habrían sido rechazadas) sino compensaciones comerciales que podrían haberse negociado: les compramos el azúcar a un precio más alto que el ofrecido por Rusia, y ustedes nos compran petróleo aunque sea más caro que el petróleo ruso. Sólo esa política podría haber protegido los intereses de la Texaco y la Standard Oil. La reducción de la cuota azucarera, por el contrario, al privar a Cuba

de una considerable fuente de dólares, la obliga a limitar aun más sus importaciones de la zona del dólar.

Del mismo envío se empuja a Cuba dos veces hacia la URSS: para comprarle petróleo, y para venderle el azúcar que Estados Unidos no quiere.

Pero ese juego riesgoso tiene otra consecuencia: en respuesta a la decisión del presidente Eisenhower, Fidel Castro ordena nacionalizar más empresas norteamericanas.

4º La rápida socialización de la economía cubana tuvo otra causa. A medida que aumentaba la tensión entre La Habana y Washington, muchos hombres de negocios norteamericanos sintieron inquietud por el futuro de su situación en Cuba. Y tanto más que cada decisión de Washington, en lugar de asegurarles una protección eficaz, los exponía a nuevas represalias.

Desalentados, cantidad de *businessmen* abandonaron la plaza dejando empresas que no sólo estaban ya amortizadas sino que, además, habían dado ganancias considerables repatriadas hacia tiempo. Al hacer las valijas estos comerciantes en realidad no perdían nada: simplemente dejaban de ganar.

Pero ¿iba a aceptar el gobierno cubano que las empresas cerraran puertas y sus obreros quedaran desocupados? Había que tomar medidas de urgencia. En una declaración del 19 de octubre de 1960, el Departamento de Estado analizó muy bien las decisiones adoptadas entonces por Fidel Castro.

"Una serie de impuestos y otras medidas restrictivas", precisa el documento, "han sido aplicadas a la importación de harina, patatas, arroz, productos farmacéuticos, cigarrillos, calzado, repuestos de automóviles y otros artículos provenientes de Estados Unidos". Lo que no dice el Departamento de Estado es que Cuba aumentó efectivamente su producción agrícola (en particular de arroz) y halló el medio de importar de otros países (especialmente Egipto) a mejor precio. Había que limitar las importaciones de

Estados Unidos en esos rubros. Otro ejemplo: Cuba, primer productor mundial de tabaco, fabricaba sólo cigarros de hoja e importaba de Estados Unidos cigarrillos rubios; situación absurda que se corrigió fabricando en Cuba cigarrillos rubios que ya no hacía falta importar. Así también los repuestos de automóvil, menos útiles que los tractores, fueron sometidos a restricciones.

El texto del Departamento de Estado agrega:

"Gravámenes suplementarios que van del 30% al 100% afectaron en setiembre de 1959 el gasto de divisas extranjeras para ciertas categorías adicionales de importación."

Eso no tiene nada de extraordinario. Un gravamen uniforme a todas las importaciones norteamericanas habría atestiguado la voluntad deliberada de romper con los exportadores norteamericanos. Por el contrario, la diferencia de categorías manifiesta el deseo muy legítimo de orientar la importación hacia las necesidades más urgentes, gravando las importaciones menos útiles o inútiles. Así fueron afectadas, en particular, las industrias de lujo. La revolución cubana, pocos meses después de su victoria, no tenía necesidad alguna de alhajas y perfumes norteamericanos.

El Departamento de Estado de Estado cita otra medida "discriminatoria":

"El contralor de las divisas en dólares se volvió más y más estricto hasta el 3 de noviembre de 1959, fecha en que una medida estipuló que todos los exportadores de productos cubanos, así como todas las personas que recibieran dólares por servicios incluso en Cuba, debían entregar sus divisas al Banco Nacional de Cuba."

Ese control de divisas existe en muchos países que no han despertado aún la cólera de Washington. Mientras la mayor parte del intercambio comercial cubano se realizaba con Estados Unidos, el peso estaba a la par del dólar. Era prácticamente un circuito cerrado. Y el sistema daba prioridad a la importación de bienes de consumo, descuidando la maquinaria. Con toda razón, la revolución quiso inver-

tir esa tendencia. Dos medios se imponían simultáneamente, y ambos fueron aplicados: un sistema de aranceles de importación, y un control estricto de la salida de divisas. El volumen del intercambio con EE. UU. podía permanecer igual, pero debía interesarse en otros productos. La mayoría de las empresas e importadores establecidos en Cuba no supo efectuar la transformación que se imponía. Muchos prefirieron dejar la llave bajo la puerta. Para evitar un problema de desempleo en el personal, un solo recurso: que el Estado tomara a su cargo dichas empresas.

El mismo documento llega a criticar a Cuba por haber "utilizado licencias de importación".

Los países del mundo entero pueden reprocharle a Estados Unidos que imponga trabas semejantes a la importación para proteger la producción nacional. Si ese cuidado es legítimo, con más razón lo es en un país que, como Cuba, se preocupa menos por proteger la producción nacional que por crear medios de producción indispensables, que le permitan librarse del dominio absoluto de las fuentes extranjeras.

Esto no lo comprendieron las compañías norteamericanas ni el gobierno de Washington. A cada iniciativa cubana por racionalizar la actividad económica, respondieron con sanciones que aceleraron la socialización de la economía. Y más: el citado texto del Departamento de Estado, que enumera todas las quejas de Washington contra La Habana, no constituye un acto platónico: son los considerandos para una decisión draconiana que provoca la última etapa de la socialización de la economía en Cuba.

5º En efecto, el documento concluye que "por estas razones y en virtud de la Ley de Contralor de Exportaciones, el gobierno de Estados Unidos pone hoy en vigor medidas generales de control que prohíben las exportaciones norteamericanas a Cuba".

Es el embargo total. Una sola excepción, falsamente humanitaria: los productos farmacéuticos. Estados Unidos

no se opone a que los cubanos cuiden su salud. Lo que no acepta es que adapten a sus propias necesidades la estructura económica del país, porque eso comprometerá tarde o temprano la exportación de productos manufacturados de EE. UU. a Cuba. Antes que resignarse a semejante perspectiva, prefieren poner a la economía de Cuba en cuarentena para asfixiarla, y junto con ella la revolución fidelista. Bajo Batista, las exportaciones norteamericanas a Cuba gozaban de condiciones preferenciales. Todo era para bien...

La respuesta cubana, de dudosa eficacia, no se hace esperar: todas las empresas norteamericanas son inmediatamente nacionalizadas. Es el fin del proceso.

El embargo decretado por Estados Unidos plantea tremendos problemas a la revolución. Afecta sobre todo a los repuestos. Y toda la maquinaria cubana, desde los transportes hasta las lavadoras y televisores, es de fabricación norteamericana. Al primer desperfecto, se hace imposible reparar la locomotora, el camión, el torno, el refrigerador o la radio. En esas condiciones, Cuba debe reemplazar la máquina en cada oportunidad. Evidentemente la URSS y Checoslovaquia no pueden suministrar los repuestos para el material norteamericano. ¿Pueden reemplazar todo el stock? A corto plazo, no. A largo plazo, sólo en parte. El ritmo del desarrollo económico de Cuba será necesariamente frenado —y quizá detenido— por la brutalidad de la respuesta norteamericana.

Algunas cifras son muy elocuentes. Las importaciones de artículos norteamericanos pasan de 617.5 millones de dólares en 1957 a 436.7 millones en 1959. Esta cifra se descompone como sigue, para los rubros principales:

alimentos	125	millones de dólares
textiles	43.3	„ „ „
maquinaria industrial	31.5	„ „ „
artículos eléctricos	27.3	„ „ „

metales y artículos metálicos ..	27	millones de dólares
automóviles y repuestos	26.2	„ „ „
maquinaria agrícola	9.8	„ „ „
petróleo y derivados	6.7	„ „ „

Estos son los principales productos que Cuba no puede comprarle a Estados Unidos. Puede parecer excesivo que, de 1957 a 1959, las exportaciones norteamericanas a Cuba hayan bajado en un 30%. Pero en ese porcentaje hay que incluir las armas y municiones que EE. UU. entregó a Batista y negó a Fidel Castro, los productos de lujo que ninguna falta le hacían a la revolución, ciertos alimentos que Cuba comenzó a producir, objetos de consumo corriente que debían posponerse a la maquinaria, etc.

EL QUID DEL ASUNTO

¿Por qué eligió EE. UU. estos medios extremos? Los documentos oficiales conocidos hasta hoy son muy escasos para dar una respuesta definitiva. Sólo pueden adelantarse algunos argumentos con certeza.

En primer lugar, el embargo general del 19 de octubre de 1960 fue dictado en extrañas circunstancias. Pocos días antes, el 6 de octubre, en plena campaña electoral y luego de una viva polémica sobre los islotes chinos de Quemoy y Matsu, el senador Kennedy acusa al vicepresidente Nixon del fracaso de la política norteamericana en Cuba. Dicho fracaso dio como resultado, dice, el establecimiento de un "régimen comunista satélite" en ese país.

El candidato demócrata a la presidencia recuerda que Richard Nixon fue a Cuba cinco años atrás. La única conclusión que sacó en aquella época, afirma Kennedy, es que el régimen del dictador Batista lo había impresionado fuertemente. "Si es por ese género de experiencias que el Sr. Nixon cree justificar su derecho a la presidencia, debo decirle que el pueblo norteamericano no puede permitirse

muchas experiencias así", declara el senador Kennedy, que añade que los intereses norteamericanos en Cuba han prosperado bajo un régimen dictatorial que pedía un cambio brutal de la situación.

La primera reacción del vicepresidente Nixon es bastante blanda. Siente que no puede contentarse con oponer bellas palabras a la grave acusación de ceguera política que le ha lanzado el adversario demócrata. Comprendiendo que del apuro sólo pueden sacarlo los actos, prepara cuidadosamente la contraofensiva.

Y doce días más tarde, el 18 de octubre de 1960, elige el congreso de la *American Legion* (veteranos de guerra) reunido en Miami para dar a conocer su plan. Sabe que la Legión Americana es una de las organizaciones más reaccionarias que hay en Estados Unidos. Un público entusiasta lo escucha describir al régimen fidelista como "un cáncer intolerable en el hemisferio occidental". Utilizando un vocabulario muy poco diplomático, agrega que bajo la dirección de Castro, Cuba "continuará pudriéndose" a menos que las naciones occidentales intervengan rápidamente "para evitar que se amplíe la penetración soviética". Y bajo aplausos, concluye que Cuba debe ser "puesta en cuarentena".

En seguida después, un vocero de Nixon precisa que la declaración fue hecha previa consulta con el Departamento de Estado.

Al día siguiente, 19 de octubre, el Departamento de Estado decreta embargo general a las exportaciones a Cuba. Para socorrer al candidato republicano en su campaña electoral, Washington no ha vacilado a poner a Cuba "en cuarentena"... Se admite generalmente que ante la cercanía de las elecciones presidenciales la diplomacia norteamericana se hunde en el inmovilismo. Las preocupaciones electorales pueden también hacerle tomar las iniciativas más arriesgadas.

El día antes, toda la prensa hablaba del proyecto de embargo. El *New York Times* señalaba que la decisión "po-

día provocar ciertas críticas en América Latina", y plantea un grave punto jurídico:

"La Carta de la OEA, en la que Estados Unidos se basó para condenar las amenazas soviéticas de intervención en Cuba, prohíbe «el empleo de medidas coercitivas de carácter económico o político para reducir la voluntad soberana de otro Estado»".

Así se ha violado una norma fundamental de la OEA. Pero la polémica no había terminado. El 20 de octubre, el senador Kennedy, para no quedarse atrás, declara que Estados Unidos debía contribuir a la caída de Fidel Castro, y para ello congelar los bienes cubanos en Estados Unidos y dar ayuda armada a los antifidelistas dentro y fuera de Cuba, siempre que no fueran comunistas o partidarios de Batista.

Nixon considera esa propuesta como "la más terriblemente irreflexiva que haya hecho en nuestra historia un candidato presidencial". Daría "la excusa que la URSS anda buscando" para intervenir y, como Estados Unidos no podría quedar indiferente, el conflicto "podría tomar fácilmente proporciones de guerra mundial". Y por fin, dice Nixon, la propuesta de Kennedy violaría el principio de no-intervención contenido en la carta de la ONU, así como en la de la OEA. Diciendo eso, el candidato republicano parece olvidar que el bloqueo económico de Cuba, que él mismo preconizó e hizo adoptar, viola también la carta de la OEA.

Cuba se convirtió así en lo que se llama en Estados Unidos una "pelota de fútbol política", pateada entre dos equipos. Ya no se trata de estrategia mundial, de la defensa del "mundo libre", de proteger la paz. La suerte de un país se vuelve objeto de una competencia electoral.

¿Por qué Cuba? La opinión pública norteamericana estaba preparada. Ya se ha visto cómo reaccionó la prensa en enero de 1959 a propósito de los fusilamientos. Durante un año y medio no cesó de subir el tono de las críticas, y

la violencia oratoria de los gobernantes cubanos no contribuyó a apaciguar los ánimos. El asunto tomó un cariz particularmente acerbo el día que Jrushchov, sin que nadie se lo pidiera, amenazó con enviar cohetes a EE.UU. si Cuba fuera atacada. ¿Ingenuidad de su parte? ¿Esperaba realmente que desembarcaran en la isla soldados norteamericanos apoyados por la marina y la aviación? ¿Creía que un incidente grave, por ejemplo a propósito de la base de Guantánamo, provocaría una abierta agresión norteamericana? ¿O bien pensaba que sólo un ataque de "cubanos libres" intentaría renovar en Cuba el "golpe de Guatemala"? Entonces su amenaza no lo comprometía, y sólo constituía una intempestiva maniobra de propaganda; pero no podía no haber previsto que su gesto sería muy mal recibido en EE.UU., que aumentaría la animosidad norteamericana contra la revolución. (*) Esta sería entonces empujada a endurecerse, y después de todo, ¿qué le importa a Jrushchov la suerte de seis millones de cubanos? Tal es, por lo menos, el razonamiento que se hacen antiguos adversarios de Batista, los que reprochan a la revolución fidelista el no haber sabido adoptar un ritmo más racional.

Sin embargo, en EE.UU. no queda una sombra de duda: Cuba se ha convertido en una avanzada del comunismo mundial en pleno hemisferio occidental. Guerra fría o alivio, tensión internacional más o menos grande, el gran problema sigue siendo el enfrentamiento Oriente - Occidente. Y, especialmente en período electoral, el anticomunismo es un tema muy remunerador. ¿Una base comunista a las puertas de América Latina? Al hacer que se diera crédito a esa idea el gobierno republicano proporcionó una ventaja a sus adversarios demócratas. La línea de resistencia al comunismo no pasa sólo por el corazón de la lejana Corea, por Quemoy y Matsu, por Laos o a lo largo de la "cortina de hierro" que corta a Europa en dos: se acercó a 150 kiló-

(*) Luego Jrushchov dijo e hizo decir que su amenaza era "simbólica".

metros de la costa de Florida. El espantajo comunista está ahora al alcance de la mano. ¡Bien tonto sería el que no lo atraparara! De cerca, asusta mucho más...

Pero hay otra razón por la que Cuba merecía ese tratamiento excepcional. Las inversiones privadas norteamericanas en Cuba representaban alrededor de mil millones de dólares. La cifra es modesta en relación con la que abarca la totalidad de América Latina. Un informe redactado por Nelson Rockefeller, a pedido del presidente Eisenhower, establece para el año 1956 la distribución de inversiones privadas y ayuda económica gubernamental (*véase página siguiente*). Las cifras muestran claramente que los capitales privados se dirigen con preferencia a los países industriales, donde alcanzan mil millones de dólares más por año que en los países subdesarrollados. En éstos evitan las zonas que les parecen más expuestas a la subversión comunista (África, Asia, Cercano Oriente), donde por el contrario son más altos los créditos oficiales precisamente para intentar protegerlas contra la influencia comunista.

Así se llega a una situación paradójica: América Latina recibe menos créditos gubernamentales que Yugoslavia (diez veces menos poblada) y menos inversiones privadas que Canadá (igualmente diez veces menos poblado). Reducida a pan y agua en materia de créditos oficiales de ayuda exterior, está sin embargo en situación de privilegio por lo que respecta a las inversiones privadas: el gobierno de Estados Unidos no sentía necesidad de mostrarse generoso con América Latina, porque es un "coto reservado" de Washington, pero aunque los *businessmen* prefieren el Canadá no sienten en ella los temores que les inspira Asia, por ejemplo.

Comprobada esta tendencia natural, el informe Rockefeller aconsejaba alentarla: prioridad para las regiones expuestas a la subversión comunista en los créditos gubernamentales, aliento a las inversiones privadas en las zonas que parecen fuera de alcance de las maniobras del Kremlin.

Así podría aliviarse el presupuesto federal, que los contribuyentes están cansados de alimentar en beneficio de países que luego no demuestran reconocimiento. Y esa política fue seguida a partir de 1956.

<i>Países industrializados:</i>	<i>MILLONES DE DOLARES</i>	
	<i>Inversiones privadas</i>	<i>Créditos gubernamentales</i>
Canadá	1.446	5
Europa Occidental	990	542
Otros	307	141
Total	2.743	688
<i>Países subdesarrollados:</i>		
América Latina	1.056	155
Dependencias de Europa Occidental	212	6
Países independientes de Africa, Asia y Cercano Oriente	443	1.361
Europa Oriental	28	3
Total	1.739	1.525

En su estrategia económica frente a los países subdesarrollados, Washington juega así con dos armas que son los créditos oficiales y las inversiones privadas. A éstas úl-

timas les corresponde papel principal en América Latina, donde alcanzan un promedio de mil millones de dólares *por año*, o sea más de seis veces el volumen de la ayuda gubernamental. Mil millones de dólares es también el monto de las inversiones privadas en Cuba *durante sesenta años*.

Las nacionalizaciones y expropiaciones no representan, como se ve, una gruesa pérdida para el capital norteamericano. Pero atentan contra un principio fundamental: si es tolerado el ejemplo de Cuba, lo seguirán otros países latinoamericanos, y entonces se tambaleará todo el concepto norteamericano de la ayuda a esos países. Se agotarán las inversiones privadas en el hemisferio sur. Y Washington, presionado todos los años por el Congreso para que reduzca su presupuesto de ayuda económica, no podrá reemplazarlas por créditos federales negociados con cada gobierno. América Latina escapará así a la influencia económica de Estados Unidos y quedará ampliamente abierta a los empréstitos y regalos de la Unión Soviética.

La revolución cubana amenaza así no sólo el capital privado norteamericano, sino también el papel que el gobierno de EE.UU. le atribuye para todo el hemisferio sur en su política económica. No son afectados sólo los intereses particulares, sino una parte esencial de la estrategia norteamericana frente a los países subdesarrollados.

Washington decidió poner freno a la revolución cubana por dos razones: por fidelidad a una tradición que coloca los intereses de sus ciudadanos bajo protección de la bandera estrellada, pero también, y sobre todo, por la imposibilidad de elaborar una política nueva.

Por eso es que el Departamento de Estado reaccionó vivamente contra Fidel Castro aunque, pocos años antes, predicaba moderación a Gran Bretaña y Francia cuando Nasser nacionalizó el canal de Suez. Para un movimiento revolucionario es más grave atacar el dólar que la libra o el franco, sobre todo en América Latina, donde el dólar,

aunque sea de origen privado, constituye la pieza maestra del juego gubernamental.

Así Cuba permaneció sesenta años en la órbita económica de los Estados Unidos sin liberarse de las plagas sociales y políticas que provocaron la revolución fidelista. Y cuando ésta quiso romper vínculos de dependencia tan estrechos, suscitó en toda América Latina una esperanza que Washington necesitaba poner a raya. Para ello tenía que golpear en dos sentidos: *contra* Cuba y *por* los demás países latinoamericanos. El Departamento de Estado no ahorró medios: contra Cuba fue el embargo total; por los otros países serán los 500 millones de dólares en ayuda propuestos por Douglas Dillon en la conferencia de Bogotá. 500 millones de dólares, o sea más del triple de la ayuda otorgada en 1956. Por eso es que América Latina no bautizó ese maná "plan Dillon" sino "plan Castro". Sin la revolución fidelista, Washington habría sido mucho menos generoso. Pero no está probado que esa generosidad ponga obstáculos al contagio cubano. (*)

¿UN PLAN PREESTABLECIDO?

En su discurso ante el Consejo de Seguridad del 18 de julio de 1960, Cabot Lodge proclama solemnemente, en respuesta al canciller cubano que ha citado declaraciones norteamericanas hostiles a Fidel Castro:

"En lo que se refiere a la política exterior de Estados Unidos (y en este caso, frente a Cuba) el presidente constituye por sí solo el gobierno de Estados Unidos. El gobierno de EE. UU. no son 75 miembros del Congreso. No es la Legión Americana. No es el *Wall Street Journal*. No son los Fiscales Supremos en su congreso. No es Joseph Alsop. No es James Reston. No es el senador Smathers. Es Dwight D. Eisenhower, presidente de Estados Unidos, que habla por intermedio de sus agentes, y yo soy uno de ellos".

Setenta y cinco miembros del Congreso, en un total

(*) Posteriormente, en la conferencia de Punta del Este, Estados Unidos fijó objetivos más altos para su ayuda económica. (N. del T.)

de 535, habían tomado violenta posición contra Fidel Castro. La Legión Americana va más lejos y pide sanciones militares. El *Wall Street Journal* ejerce una vigorosa campaña contra Cuba. El congreso de los Fiscales Supremos votó resoluciones muy severas. El senador Smathers es uno de los críticos más virulentos de Fidel Castro. Entre todos —Cabot Lodge tiene razón— no forman el gobierno de Estados Unidos. La Constitución hace del presidente el único responsable de la política norteamericana. Pero lo que no dice Cabot Lodge es en qué medida el presidente y su gobierno pueden ser influidos por los adversarios de la revolución cubana.

Cabot Lodge podría haber agregado con razón que la *National Review* no es el gobierno de Estados Unidos. Y sin embargo, en su número del 16 de julio de 1960, la *National Review* publicó un artículo que merece ser leído atentamente:

"...La dictadura de Castro hace la guerra a Estados Unidos (...). Es tiempo de que Norteamérica se dé cuenta de que es atacada y tome la ofensiva. Si la nación no actúa rápidamente contra Fidel Castro, Cuba se volverá un Pearl Harbor diplomático y estratégico en el hemisferio occidental, blanco de una agresión comunista indirecta. Ya no es hora de que el público norteamericano se pregunte si una intervención en Cuba es aconsejable. Luego de la recepción de Mikoyan por Castro, luego del pacto con Varsovia para el suministro de aviones militares (*), luego de ser confiscados bienes norteamericanos por valor de millones de dólares, luego de las presiones ejercidas sobre la base de Guantánamo (**), y luego de la campaña de odio sistemático,

(*) N. B. — Fidel Castro no obtuvo de Estados Unidos el material militar que se suministraba a Batista. Para la aviación se dirigió entonces a Gran Bretaña y Francia, que rehusaron. Como último recurso se dirigió a los países comunistas. Su propósito: resistir a una eventual agresión de Trujillo o a un "golpe de Guatemala".

(**) N. B. — Todas las declaraciones de dirigentes cubanos proclaman el deseo del gobierno revolucionario de resolver pacíficamente el problema de Guantánamo. En toda evidencia, Cuba no tiene medios para reconquistar la base mediante la guerra.

concebida para destruir la tradicional amistad entre EE.UU. y Cuba, Estados Unidos tiene una sola cuestión a considerar: ¿cuál sería la mejor forma de intervención?”

“*Enviemos a los marines* es un clamor que estos días pronuncian muchos ciudadanos indignados por las tácticas agresivas cripto-comunistas de Cuba. Como último recurso, que puede ser necesario, Joseph Alsop reconoció hace poco que bien pronto podía presentarse la necesidad de una intervención armada por los *marines*. James Reston, en el *New York Times*, rompe con la línea política de ese diario para preguntarse, en un despacho de la Habana, cuánto tiempo podrá abstenerse EE.UU. de utilizar sus tropas”.

La *National Review* aconseja luego oponer la contra-subversión a la subversión, la contra-guerrilla a la guerrilla, porque “una intervención clásica en Cuba... haría perder a Estados Unidos muchos de sus amigos cubanos”. Y desarrolla así su idea:

“El máximo de ventaja para EE.UU. estaría en el empleo de métodos de guerra parcialmente ocultos. El empleo de métodos conspiratorios no excluye el uso de las armas clásicas, pero no permite que las usen soldados con uniforme norteamericano, al menos en la primera fase del gran movimiento contra Castro.

“Para echar de Cuba a Castro y los elementos comunistas, EE.UU. puede y debe contar con los cubanos. Millares de patriotas cubanos anticomunistas emigraron a EE.UU. Otros se exilaron a diversos países del Caribe. Otros se ocultan en Cuba, a la espera de una señal para levantarse contra la dictadura roja que ocupa el poder. El que fuera juez de un alto tribunal cubano lava platos en un restaurante de Miami. Muchos ocupan empleos modestos, esperando algún día poder golpear al enemigo en Cuba. El camino lógico para Estados Unidos es dar a esos cubanos la ocasión y los medios para echar a Castro del poder”.

Según explica la *National Review*, primero habría que organizar un comité de cubanos libres. Luego:

“La etapa siguiente sería presionar al Departamento de Estado para que permita y estimule la formación de un movimiento cubano de liberación dirigido por exilados cubanos conocidos como amigos de Estados Unidos y del sistema capitalista...”

Estados Unidos, prosigue la revista, ya no tendría entonces necesidad de reconocer al gobierno de Castro como gobierno legítimo de Cuba. ¿Sobre qué base jurídica? “Como Castro rechazó los pedidos de elecciones y amordazó a la prensa, EE. UU. tiene amplia justificación para anunciar que ya no considera que el régimen de Castro representa al pueblo cubano”.

Y la *National Review* llega entonces a la parte esencial de su plan:

“A partir de ese punto, la tarea de las autoridades norteamericanas es esencialmente militar. Mientras que el Departamento de Estado no quiere tomar acción firme contra Castro, las fuerzas armadas no manifiestan ese tipo de vacilaciones (...).

“Una completa ruptura diplomática y económica con el actual gobierno debe preceder al lanzamiento de operaciones militares contra Castro por las fuerzas cubanas libres. El Congreso debe invocar la doctrina Monroe y declarar que una potencia europea comete agresión indirecta contra Estados Unidos y otras naciones americanas creando un régimen satélite en Cuba. A esto tendrá que seguir un embargo de todos los suministros de esos países a Cuba, inclusive repuestos automotores y partes de maquinarias, esenciales en un país donde casi toda la maquinaria es de fabricación norteamericana. Estados Unidos debe negarse a permitir que se envíe a este hemisferio material de guerra destinado al gobierno de Castro, y ordenar a la flota del Atlántico que organice patrullas para impedir a los navíos europeos que lleven armas a Castro”.

Aunque, para repetir lo dicho por Cabot Lodge, tal o cual periódico no compromete al gobierno norteamericano,

es sorprendente el estrecho paralelismo entre el plan que preconiza la *National Review* y la política seguida por Washington:

1º Los cubanos emigrados hallaron en Estados Unidos todo el apoyo necesario, incluso ayuda financiera oficial.

2º Una activa campaña de prensa, unida a gestiones de congresales, presionó sobre el Departamento de Estado para que endureciera su actitud frente a Cuba, contra la opinión del embajador en La Habana. Así fue, por ejemplo, como la reducción de la cuota de azúcar fue decidida por el presidente luego de un voto del Congreso que lo autorizaba —y lo invitaba— a obrar así.

3º Las voces más autorizadas, inclusive la de Eisenhower, afirmaron que el régimen de Castro ya no era representativo del pueblo cubano.

4º En la conferencia de la OEA en San José de Costa Rica, el Departamento de Estado trató de lograr una condena del régimen fidelista, así como en 1954 había obtenido una condena de Guatemala. La maniobra fracasó, a causa de la reserva de otros países latinoamericanos, pero serviría de preludio a una ruptura de relaciones diplomáticas con La Habana.

5º Operaciones militares de "cubanos libres" marcaron el fin del verano y el principio del otoño. Los ciudadanos norteamericanos capturados en ellas fueron condenados por un tribunal revolucionario y ejecutados.

6º Tal como sugería la *National Review* el 16 de julio, la doctrina Monroe fue invocada el 18 por Cabot Lodge ante el Consejo de Seguridad de la ONU para protestar contra la ayuda suministrada por la URSS a Cuba. Unos días antes había lanzado la idea el senador Kennedy, candidato demócrata a la presidencia.

7º El embargo económico, que afectaba particularmente a los repuestos, fue decretado el 19 de octubre.

8º El último punto, a saber la organización de patrullas navales para evitar el suministro de material soviético de guerra a Cuba, no ha sido aplicado a la fecha de escribirse estas líneas. ¿Lo será algún día? En todo caso es llamativo que el gobierno norteamericano haya denunciado oficialmente esos cargamentos y que una gigantesca campaña de opinión haya intentado volver el furor público contra la llegada de material militar a la isla. A mediados de noviembre, se envió una flota al Caribe so pretexto de defender a Nicaragua y Guatemala contra una eventual agresión cubana.

¿Qué pasará luego? Nada permite afirmar que las otras medidas preconizadas por la *National Review*, y por cantidad de diarios como el *Wall Street Journal*, se aplicarán efectivamente. Pero como la línea trazada por la *National Review* fue seguida al pie de la letra, no deja de ser interesante conocer las otras medidas que propone.

La *National Review* excluye la hipótesis de una prolongada guerra civil en Cuba, que sería impopular en Estados Unidos. Prefiere contemplar fórmulas más radicales:

"El postulado fundamental de los Estados Unidos debe ser que el pueblo cubano se unirá a las fuerzas de liberación cuando desembarquen en la isla. Si esa hipótesis no parece realista, una tentativa de liberación constituiría un derroche del esfuerzo nacional. En el caso de que la liberación fuera rechazada, la única vía posible para EE. UU. sería armar los cohetes defensivos (sic) que hicieran falta para borrar a Cuba del mar (*to blast Cuba out of the sea*), aunque ello precipitara una guerra total entre el mundo libre y el mundo comunista.

"Debe darse un golpe contra Castro al mismo tiempo que se subleva a las fuerzas anticastristas. La preparación de ese plan para un ataque coordinado sería tarea común de los grupos contra-subversivos de cubanos libres y de la CIA (Oficina Central de Inteligencia), así como de los ser-

vicios militares de información. El choque militar sería dado por la aviación. La longitud de Cuba hace necesario el transporte aéreo o por paracaídas de los combatientes de la libertad. La impotencia de la aviación castrista para derribar las avionetas utilizadas para incendiar los campos de caña azucarera indica que la defensa aérea de la isla es y será débil (*), especialmente porque el número disponible de aviones sería insuficiente para detener un vuelo masivo de aviones sobre Cuba.

“Ese vuelo masivo sería necesario. Como EE. UU. puede no tener interés en que se usen sus propios aviones militares en las misiones contra Castro, tripulados por personal norteamericano, los cubanos libres deben obtener una formidable flota de aviones particulares. No es irrealizable, porque la mayoría de las operaciones aéreas en América Latina cuando hay situación revolucionaria exigen precisamente ese tipo de aparatos. Además, las avionetas podrían aterrizar en las carreteras y depositar a los combatientes de la libertad cerca de los principales centros de comunicación”.

La revista explica que esas avionetas no tienen suficiente autonomía de vuelo para alcanzar los puntos más alejados de la isla. Pero hay remedio: “La aviación militar norteamericana, obrando bajo órdenes secretas y bajo la responsabilidad de oficiales de la CIA, podría lanzar paracaídas sobre Santiago de Cuba y otros puntos alejados”.

Y la *National Review* termina examinando las tareas que se impondrían a Estados Unidos para reconstruir a Cuba después del éxito de la empresa militar.

¿Se seguirá hasta el fin el plan preconizado por la *National Review*, cuyas primeras etapas ya fueron franqueadas? El gobierno cubano denunció las “intenciones agresivas” de Estados Unidos. No sólo porque diarios y periodis-

(*) Algunas de esas avionetas, con todo, fueron derribadas, y algunas estaban pilotadas por norteamericanos. Washington responde que por supuesto eran aparatos particulares, con pilotos particulares.

tas respetados (como Alsop y Reston) se interrogaban sobre la oportunidad de organizar en Cuba un desembarco de *marines* mientras que algunos congresales, así como Nixon y Kennedy en su campaña electoral, hacían las declaraciones más violentas, sino también y sobre todo porque, efectivamente, y a pesar de las protestas de Cabot Lodge, las medidas preconizadas por la prensa y algunos congresales se convirtieron muy rápido en la política oficial de Washington. El guión establecido por la *National Review* se siguió hasta el embargo económico total y hasta el desembarco de “cubanos libres” llegados de Florida. ¿Será franqueada también la última etapa? (*)

Los dirigentes cubanos actúan como si estuvieran convencidos de que sí. La amenaza creó en el país una psicosis de guerra, evidentemente muy útil para mantener el tono revolucionario. Según lo dicho por el Che Guevara y otros gobernantes, “el ritmo de la revolución se adaptará al ritmo de la contrarrevolución”. Así como, a cada decisión de EE. UU., Cuba replicó nacionalizando bienes norteamericanos, así Cuba respondió a la amenaza militar acercándose todavía más a Moscú. ¿Es lo que deseaba Washington?

Sólo dos hipótesis tienen cabida en principio:

a) un error de apreciación hizo pensar a Washington que las sanciones económicas, un intenso esfuerzo de propaganda y las gestiones diplomáticas tendientes a aislar a Cuba, pondrían miedo a los dirigentes revolucionarios y entibiarian su ardor. En ese caso habría que deducir un traspié en los servicios diplomáticos y de información, que habrían inducido al Departamento de Estado (y el Consejo Nacional de Seguridad) a correr “un riesgo mal calculado”. Y la obstinación por esa vía durante largos meses sería un desafío al sentido común.

b) Washington no se equivocó y llegó progresivamente a adoptar una política extrema. Ésta consiste en empujar

(*) Ver nota p. 133.

a Cuba a brazos de la URSS, a fin de poder acusar al régimen fidelista de ser un peón del juego soviético. Así la diplomacia norteamericana puede alimentar varias esperanzas. Por una parte, la etiqueta comunista hará huir de Cuba a muchos moderados que la revolución necesita. En segundo lugar, esa etiqueta comunista constituye el mejor argumento para aislar a Cuba de las demás repúblicas latinoamericanas. En tercero, nada asegura que el bloque chino-soviético quiera y pueda seguir ayudando mucho tiempo a Fidel Castro. ¿Qué ganaría Washington? Así como es difícil oponerse a una revolución nacionalista y neutralista cuyo programa lesiona los intereses norteamericanos en Cuba y mina los propios fundamentos de la inversión privada en todo el hemisferio, se hace fácil luchar contra una revolución bautizada de comunista, cuya supervivencia depende efectivamente de la buena voluntad del mundo comunista.

Pero estas dos hipótesis tienen en común el inconveniente de suponer que la diplomacia norteamericana es coherente, fría y precisa. Su vicio profundo es olvidar la parte grande de improvisación que define la diplomacia de Washington. Un esquema elemental no puede dar cuenta objetiva de una política que es la resultante de fuerzas múltiples, no siempre convergentes. En realidad, es probable que las dos hipótesis hayan conjugado sus propios errores. Los defensores de ambas estuvieron de acuerdo, por distintos motivos, en adoptar una actitud de firmeza, alentados por los negociantes perjudicados, por los diplomáticos que comentan el prestigio del fidelismo en América Latina, por una prensa que descubre demasiado tarde que Fidel Castro no era Robin Hood, por ciertas imprudencias verbales de los dirigentes cubanos, por los representantes de un nacionalismo emotivo que no admiten que su país pueda equivocarse o ser menos generoso de lo que piensan, por las declaraciones intempestivas de Jrushchov sobre el uso de cohetes, etc.

El drama de Washington es que el conjunto de tales

factores, u otros equivalentes, juega en la definición de toda su diplomacia. En dosis variables, esto le deparó a EE. UU. muchos fracasos en la escena mundial: son quizá el precio de una democracia donde no sólo todas las opiniones se expresan, sino que todas las fuerzas pesan en el poder a través de los poderosísimos *lobbies*. La mayor parte de los intereses privados puede así aplaudir las decisiones enérgicas que han provocado, o las medidas que consiguieron bloquear neutralizándose. La desdicha es que la suma de los intereses privados no hace el interés nacional. No está en el interés de los Estados Unidos que una revolución latinoamericana se realice contra ellos. No está en el interés de Estados Unidos ser o aparecer como el principal obstáculo para una revolución que una larga ceguera hizo inevitable. No está en el interés de Estados Unidos que el futuro de esa revolución quede en manos de Moscú. Y finalmente no está siquiera en el interés de Estados Unidos que la revolución fidelista fracase, porque el fracaso prometería, a corto o largo plazo, en Cuba o el resto del continente, sobresaltos aún más violentos.

EL FIN DE LOS "COTOS RESERVADOS"

El error de Washington se explica en parte por su apego a una concepción superada de su papel en América Latina. Para Estados Unidos, América Latina fue siempre un "coto reservado" que interesaba preservar de las ingerencias externas. Comete el error de pensar que la "Doctrina Monroe", proclamada en 1823, es todavía valedera un siglo y medio más tarde.

La "Doctrina Monroe" estipulaba, sí, que Estados Unidos consideraría la intervención de un poder europeo en América Latina como un gesto "inamistoso" para EE. UU. y "peligroso" para su "tranquilidad" y "seguridad". Pero esa política tenía una contrapartida explícita: que Estados Unidos no se inmiscuiría nunca en los asuntos del continen-

te europeo. Si América era para los americanos, Europa quedaba para los europeos. Así se echaron las bases de un aislacionismo que aseguraría a EE. UU. un largo período de paz, aprovechado para edificar su formidable poderío industrial. Se buscaba al mismo tiempo proteger el futuro de las jóvenes repúblicas sudamericanas que podían eventualmente amenazar la política de la Santa Alianza, y poner el continente a cubierto de las querellas que desgarraban a la vieja Europa.

La Doctrina Monroe facilitó durante largo tiempo la penetración de Estados Unidos en el sur del hemisferio, así como su intervención armada en varios países del Caribe. Pero no sobrevivió a los trastornos mundiales que arrojaron a EE. UU., contra su voluntad, en medio de los conflictos europeos. El aislacionismo está muerto y no hay posibilidad de que reviva. En la primera guerra mundial Estados Unidos salió de su caparazón, para gran alivio de Europa, que se lo pedía desde tiempo atrás. A pesar y quizá por causa de su negativa a entrar en la Liga de las Naciones, se vieron obligados a intervenir —y de manera decisiva— en la segunda guerra mundial. Desde entonces Norteamérica está presente en todas partes, no sólo en Europa, sino también y sobre todo en Asia.

Así se derrumbó en los hechos uno de los dos elementos de la Doctrina Monroe. ¿Podía quedar en pie el otro? La paradoja de la posición norteamericana se ve ilustrada por el hecho de que Estados Unidos mantiene bases militares en la periferia del bloque chino-soviético, mientras que se inquieta por el eventual establecimiento de la URSS en la cercanía de sus costas. La verdad es que en lo sucesivo ningún estado podrá atenerse a una política de aislacionismo. Terminó la era de los "cotos reservados". Por eso es que Estados Unidos, rompiendo con una larga tradición, no vacila en intervenir dondequiera le parece que están amenazados los intereses del mundo occidental.

En rigor, Washington podría haberse reservado el privi-

legio de intervenir en Europa, en Asia y en Africa, y al mismo tiempo oponerse a toda intrusión europea en el continente americano. Pero para ello tenía que asegurarse la fidelidad inquebrantable de toda América Latina. Política exigente que suponía en primer término que el hemisferio no fuera más un "coto reservado", y que cada uno de sus miembros se constituyera en socio integral. Había que velar por que no se produjera ninguna grieta en el hemisferio. Había que evitar a todo precio el contraste entre la pobreza de los latinos y la riqueza de los yanquis. No había que tolerar y apoyar, en nombre de la democracia, las dictaduras que cundían más allá del Río Bravo.

Y bien, el apoyo otorgado por Estados Unidos a las dictaduras de Perón en Argentina, Pérez Jiménez en Venezuela, Batista en Cuba, Somoza en Nicaragua, Stroessner en Paraguay, Trujillo en Santo Domingo, etc., traducía una política de tiro corto. En realidad, sólo constituía una solución de facilidad, de comodidad. Lo que se buscaba era preservar, por medios de fortuna, la inversión privada y las bases aeronavales que debían asegurar en opinión de Washington la estabilidad del mundo latinoamericano, y mantenerlo en el bloque occidental.

Ese precario equilibrio no se vio amenazado mientras las dictaduras derribadas fueron reemplazadas por otras dictaduras, o por gobiernos moderados, cuyo principal interés era cuidar las relaciones con el poderoso vecino del norte. Pero mientras tanto se acumulaban las causas de descontento que no tardarían en provocar situaciones explosivas: analfabetismo, miseria, progreso económico más lento que el desarrollo de la población, caída de estructuras antiguas que nada venía a reemplazar, negación de toda auténtica democracia. ¿Por cuánto tiempo sería posible tener en la misma casa a gentes que, según que hablaran inglés o español, serían ricas o pobres, respetadas o despreciadas, tendrían libertad o les sería negada? Al haber logrado un apoyo ampliamente popular, y al haberse embarcado por ese mo-

tivo en una política radical, la revolución cubana hizo tratabillar el frágil edificio.

¿Era muy tarde para reparar el daño? Sí, como se dice en Washington, Fidel Castro es un dictador, el argumento no es convincente para negarle la ayuda otorgada a los dictadores Batista, Pérez Jiménez, Trujillo, Somoza. Y aún si la revolución cubana se mostrara glotona, más valía alimentarla que dejar ese cuidado a la Unión Soviética.

Washington prefirió aferrarse a la quimera de la Doctrina Monroe y excomulgar a la revolución cubana. Para lograrlo hacía falta que las repúblicas latinoamericanas siguieran a Estados Unidos. Pero aquéllas vacilan en romper brutalmente con Cuba. Y el fidelismo, sin desembarco de barbudos, sigue infiltrándose en América Latina. Lo quiera o no, hace el juego de quienes lo sirven. El fidelismo se volvió así uno de los principales vehículos del marxismo en los países latinoamericanos. Otra actitud de Washington lo habría hecho el vehículo de un nuevo ideal americano. Pero Estados Unidos fue incapaz de encarar la transformación económica y política que exigía esa perspectiva.

Ahora la suerte está echada: para Washington, Cuba es un satélite de la URSS, Cuba es comunista. Pero ¿qué es un país comunista? Desde su ruptura con el Cominform, Tito ha recibido de Estados Unidos año a año una ayuda económica y militar más considerable que la otorgada a toda América Latina. Sin embargo Yugoslavia es un país oficialmente comunista, con un aparato que está íntegramente en manos del partido comunista, dirigido por un hombre de quien no puede dudarse que sea comunista. Cuba, por el contrario, es sometida a un severo boicot; pero el partido comunista cubano no ocupa el poder y los dirigentes revolucionarios, aunque expresan su gratitud respecto a Moscú, proclaman que no son comunistas. ¿Apoyaría Estados Unidos a la Yugoslavia de Tito si fuera una isla del Caribe? Está claro que los clamores de democracia y comunismo no constituyen más que vanos argumentos retóricos: la revolu-

ción cubana demuestra que las decisiones de Washington son dictadas primordialmente por consideraciones estratégicas más o menos adecuadas.

¿Podía ser de otra manera? Tres meses después de su victoria, Fidel Castro fue no a Moscú sino a Washington. Pero la tarea emprendida se topaba con una dificultad que parece haber pasado por alto. Al condenar al mismo tiempo el capitalismo y el comunismo, optaba por una vía neutralista. Los países emancipados de la tutela europea pueden mantener un difícil equilibrio entre Washington y Moscú. ¿Es eso posible para un país decidido a sacudir el yugo económico de Estados Unidos? Mientras que Moscú y Washington se unían en 1956 para detener la expedición franco-británica contra Egipto, Moscú y Washington no podían sino chocar a propósito de Cuba. Cuanto más trabe Estados Unidos la revolución cubana, mayor será la tentación de apoyarla para la Unión Soviética. Parece impracticable un verdadero neutralismo en un país que quiera emanciparse de uno u otro bloque. Un verdadero neutralismo sólo parece accesible a los países que pueden jugar con Washington y Moscú contra el colonialismo europeo.

Era inevitable que el juego de los dos bloques endurciera la revolución cubana. Es quizá un motivo de alegría para Washington. Porque otros países latinoamericanos, seducidos por el fidelismo de 1959, pueden vacilar ante el fidelismo de 1961, apoyado por Moscú y Pekín. ¿Cuánto tiempo durará ese apoyo? ¿Da resultado separarse de Estados Unidos para depender de la ayuda soviética? Algunos pueden razonar que es más peligroso depender de un vecino próximo que de una potencia geográficamente alejada. Pero muchos vacilarán ante una elección tan extrema. Y Moscú habría podido alentar revoluciones moderadas en varios países latinoamericanos, pero es difícil que la URSS disponga de medios económicos suficientes para ayudar simultáneamente a varias revoluciones, comprándoles como a Cuba lo

esencial de su producción, y suministrándoles todo lo que precisan.

Sabiéndolo, Washington se ve obligado a empujar la revolución cubana todo lo lejos que sea posible, acariciando la idea de que naufragará y Moscú terminará por cansarse. Pero Washington también tiene miedo. Miedo de ver cerca de Florida un país amigo de la URSS. Sin embargo la URSS no ha edificado en Cuba, por lo menos todavía, una fortaleza militar comparable a la que EE. UU. construyó en Formosa, a las puertas de China. Cuba plantea a Washington menos problemas de los que Formosa plantea a Pekín. Mientras que Chiang Kai-Shek habla de reconquistar la China continental, Fidel Castro jamás ha pensado ni puede pensar en lanzar a sus barbudos contra Estados Unidos... A la inversa, así como Washington se ha comprometido a defender Formosa y las Pescadores contra toda agresión comunista, el Departamento de Estado y el Pentágono deberían entender que Moscú promete su protección a Cuba.

En paridad de condiciones, la ayuda soviética a Cuba y la ayuda norteamericana a Formosa confirman la muerte de la Doctrina Monroe. La era de los "cotos reservados" ha concluido para siempre. Estados Unidos seguirá fracasando en América Latina mientras se niegue a reconocerlo. Durante más de un siglo la Doctrina Monroe fue un bastión de la paz en todo un sector del mundo. Aferrarse a ella a pesar de los hechos nuevos la convertiría en un peligro de guerra.

CONCLUSION

EL DESVIO

Cuando subió al poder, Fidel Castro se negaba a elegir entre los dos sistemas que se reparten el mundo, "entre el capitalismo, que mata de hambre a los pueblos, y el comunismo, que resuelve los problemas económicos pero suprime las libertades que son tan caras al hombre". Se educó en un país donde la miseria no cesaba de aumentar a medida que se hacía más pesado el dominio de las grandes empresas norteamericanas. Y ese capitalismo, al tiempo que hambrea a un pueblo, alentaba regímenes corrompidos que le negaban toda dignidad.

Pero la revolución económica que Fidel Castro quería realizar sin métodos comunistas provocó muy pronto una enérgica respuesta de Washington, mientras Moscú corría el albur de alentar y ayudar a un movimiento que escapaba a su control directo. Como tantos otros pequeños países, como Corea y Vietnam, Cuba fue promovida así al rango de primera estrella en el escenario donde chocan los dos gigantes. ¿Conseguiría Fidel Castro arrancar a su país del imperialismo económico norteamericano sin ponerlo bajo la égida del imperialismo soviético? Cada incompreensión, cada ataque de Washington y Occidente lo acercaban más al Este, de donde recibía el apoyo que necesitaba. Y en otoño de 1960, en el recinto de las Naciones Unidas en Nueva York, le dio un abrazo a Jrushchov, jefe del más poderoso estado comunista, que "con su concepción totalitaria, sacrifica los derechos del hombre". ¿Habría olvidado ese juicio que pronunció a poco de su victoria?

Ayudados por el bloque soviético en su conflicto con Estados Unidos, los dirigentes cubanos ya no hablan más de la vía neutralista que habían elegido luego de caer la dictadura. ¿Cómo iban a ser "neutrales" cuando su revolución, dirigida contra Estados Unidos, recibe de Moscú una ayuda decisiva? A decir verdad, tenían una posibilidad —muy vaga— de evitar la prueba de fuerza con Washington: habría sido preciso que el gobierno de EE. UU. adoptara una actitud positiva frente al neutralismo. Pero la historia de la revolución cubana es la historia de la desconfianza de Estados Unidos por quien no forme filas incondicionalmente con ellos. Es también el primer ejemplo de un pueblo que intenta liberarse de la forma moderna del colonialismo: el imperialismo económico.

La lucha contra el dominio político de Occidente pertenece ya al pasado: la mayoría de las antiguas colonias ha llegado a la independencia o está por conquistarla. ¿Son con ello realmente libres? El control ajeno de amplios sectores de su economía, más sutil y también más eficaz, les propone tremendas dificultades. ¿Cómo pueden explotar por cuenta propia sus recursos naturales? ¿Cómo adaptar a sus necesidades una economía concebida para asegurar el máximo de ganancias al capital extranjero invertido en las minas, en la industria, en los transportes, en la agricultura?

Entonces la revolución cubana se les aparece con carácter ejemplar, que al mismo tiempo las seduce y las inquieta. Cuba rompió todos sus vínculos con el capitalismo norteamericano, y tanto las compañías privadas como el gobierno de Estados Unidos lo hicieron todo para empujarla a ese extremo: quería diversificar sus mercados, y Washington respondió por un ostracismo brutal que puso a la economía cubana a merced del bloque chino-soviético.

¿Es posible zafarse de uno de los dos bloques sin pasar a control del otro? Cuando la insurrección de Budapest, Moscú no se hizo muchas preguntas sobre el particular. Su respuesta brutal fue la sangrienta parodia del dicho evan-

gélico: "Quien no está conmigo está contra mí". Cuba planteaba a Estados Unidos un problema análogo, pero en otros términos: la rebelión era económica, y también lo fue la respuesta. Mientras que Washington no podía encarar una ayuda militar a los rebeldes húngaros sin riesgo de desencadenar un conflicto mundial, la URSS pudo sin riesgo aportar su ayuda económica a los revolucionarios cubanos.

Desde ese momento, Washington prácticamente perdió la iniciativa. La suerte no estaba echada, por cierto, y en principio nada impedía a la diplomacia norteamericana limitar los daños aceptando compromisos. Pero esos compromisos habrían alentado el fidelismo en toda América Latina. Para evitar el riesgo, Washington adoptó una actitud resueltamente hostil que empujó la revolución cubana a nuevos excesos. Y cada vez el apoyo soviético se volvía más intenso.

Más invasor también. A medida que se cortaban puentes con tierra firme y se anudaban vínculos con la URSS, sectores cada vez más amplios de la burguesía cubana, invadidos por el pánico, huían a Estados Unidos. Los puestos que abandonaban eran ocupados inmediatamente por hombres de extrema izquierda. Al mismo tiempo el partido comunista, viento en popa, triplicaba sus efectivos. Se aseguraba sin dificultades el control de los sindicatos, que el propio Fidel Castro le había impedido a principios de 1959. Los comunistas se hacían cada vez más numerosos en la administración, en las milicias populares, en las cooperativas agrícolas.

Hecho extraño: el juego de Washington se aliaba con el juego de Moscú para favorecer los progresos del comunismo en Cuba. ¿Logrará la revolución fidelista mantener su originalidad inicial? Lo menos que se puede decir es que esa originalidad está gravemente comprometida. Los dirigentes cubanos afirman que el país está demasiado lejos de Moscú para convertirse en un verdadero "satélite". Pero ¿no estarán sobreestimando sus fuerzas? En el gran debate ideológico que se desarrolló hasta el verano de 1960, Pekín

reprochaba a Moscú sacrificar el porvenir del comunismo en los países donde la revolución era realizada por la burguesía nacional. Pero Cuba los puso de acuerdo, y ni Moscú ni Pekín tienen la menor vacilación en socorrerla. Las dos capitales del comunismo mundial consideran, en toda evidencia, que la revolución fidelista aporta una contribución capital a su lucha.

Esa revolución tomó cariz decisivo cuando la ayuda chino-soviética, frente a la abierta hostilidad de Estados Unidos, se volvió determinante. La crisis se coloca alrededor de junio de 1960. Se marca por una guerra económica entablada simultáneamente en el frente del petróleo y el frente del azúcar. Guerra sin cuartel, porque Cuba la hace en nombre de la supervivencia revolucionaria, y Estados Unidos en nombre del control de materias primas, sin las cuales el capitalismo norteamericano sabe que está condenado. EE. UU. importa de los países subdesarrollados más de tres cuartas partes de su materia prima. Si llega a imitarse el ejemplo cubano, el país más rico del mundo se verá afectado en sus estructuras básicas.

La coexistencia pacífica no es una palabra vana, y Estados Unidos tiene razones para desconfiar de ella. Es en primer término una competencia económica, sin duda menos espectacular y menos apocalíptica, pero tan temible como ese enfrentamiento nuclear que resulta demasiado peligroso para ambas partes. Si Moscú y Pekín dan su ayuda a la revolución cubana, no es porque Rusia y China hayan descubierto súbitamente su gran amor por el pueblo de Cuba. No es tampoco para establecer en la isla una "base" que el comunismo mundial podría utilizar para sus ataques contra el continente americano: la guerra económica tiene poco en común con la estrategia militar. Si la URSS y China vuelan en ayuda de la revolución cubana, es porque ésta mina los cimientos mismos del sistema económico norteamericano. Cuba *debe* dar la doble prueba de que un país puede prescindir de una fuente de energía, el pe-

tróleo, que le llegaba de la zona del dólar, y que puede vender fuera de la zona del dólar el azúcar que le proporciona el 80% de sus ingresos.

Washington creyó poder forzar la capitulación de Cuba en la guerra del petróleo abriendo fuego en el frente del azúcar. Y Cuba creyó poder forzar el retroceso de Estados Unidos decretando que las compañías norteamericanas nacionalizadas sólo serían indemnizadas con el producto de sus ventas de azúcar en el mercado de Nueva York. Pero si bien las inversiones norteamericanas en el extranjero son interesantes por la ganancia que aseguran, no son estratégicamente importantes más que en la medida en que aseguran libre acceso a las materias primas que necesita Estados Unidos. Aunque refunfuñaran, los responsables norteamericanos podían en rigor resignarse a no ser nunca indemnizados, a perder el monto de las inversiones en Cuba. Pero no podían resignarse a perder el control del azúcar cubano. Porque, cuando hablan de azúcar, piensan también en los minerales y metales raros, en el petróleo, caucho, yute, etc., que reciben del Tercer Mundo. Perder el control del primer productor mundial de azúcar significa autorizar una brecha tentadora para los países productores de materias primas, que EE. UU. importa para que 180 millones de norteamericanos, que representan apenas 6% de la población del globo, puedan consumir la mitad de la producción mundial.

El conflicto será entonces implacable. Además no puede limitarse a Estados Unidos y Cuba. La guerra económica por las materias primas del Tercer Mundo no opone sólo al gigante norteamericano y un minúsculo país del Caribe. Cuando, a fin del siglo pasado, José Martí rechazaba el "imperialismo yanqui", podía evocar con razón la "honda de David" ante la desproporción de fuerzas. Pero en la segunda mitad del siglo XX, David ya no está solo frente a Goliat. Otros gigantes hacen irrupción en la escena mundial. El combate ya no puede hacerse en campo cerrado.

Cuando se abren las hostilidades, Cuba recibe aliento de Moscú y Pekín. Pero al aliento se agrega una ayuda importante cuando, a continuación de las escaramuzas preliminares, empieza la batalla del petróleo y el azúcar.

Por otra parte los revolucionarios cubanos saben que sería fatal para ellos obstinarse en luchar solos. Envían a Moscú una misión económica dirigida por Núñez Jiménez, director del INRA, seguida pronto por una misión más importante que dirige Ernesto Guevara, director del Banco Nacional. Durante varias semanas, éste negocia en Moscú, y luego va a Pekín, vuelve al Kremlin y visita las principales ciudades comunistas de Europa. Se firman acuerdos considerables: afectarán los 4/5 de la producción cubana de azúcar si Estados Unidos interrumpe sus compras. El Che Guevara puede proclamar entonces que la economía cubana está estrechamente ligada a la economía de los países socialistas. Y Fidel Castro afirma que su país no tiene ya nada que temer de las maniobras del campo capitalista.

Para los dirigentes cubanos, así como para una masa popular fácilmente maleable, el bloque soviético se vuelve el salvador de la revolución. Gobernantes y periodistas echan a los cuatro vientos su gratitud y no ahorran elogios a los países del Este. La iglesia católica se inquieta, y con ella toda una clase media que no se opone a planificar la producción pero tampoco siente ninguna atracción por el socialismo soviético. El partido comunista cubano sólo puede regocijarse. No sólo es un aliado en la lucha contra los "monopolios norteamericanos", aliado útil aunque haya tomado parte muy pequeña en la guerra contra la dictadura. Se vuelve un socio privilegiado en ese conflicto que, por voluntad de Moscú y Pekín, no está perdido de antemano.

¿Podía Fidel Castro, como Nasser en Egipto, elegir un camino que tarde o temprano le haría poner a los dirigentes comunistas en la cárcel y los campos de concentración? Sí, pero entonces debía renunciar a liberar a Cuba del dominio norteamericano. Tenía que preferir a la revolución eco-

nómica pequeñas reformas, que básicamente no habrían cambiado nada. Y en tal caso, por añadidura, toparse con un partido comunista que habría sido obligado a destruir.

Al optar por el ataque al "imperialismo económico" norteamericano, perdía el apoyo de los moderados, el centro de gravedad de su política se desplazaba a la izquierda, y ese movimiento se acentuaba al irse endureciendo la prueba de fuerza con Estados Unidos, al irse afirmando la ayuda chino-soviética. Por su temperamento personal, por el acondicionamiento histórico y geográfico de sus respectivos países, y también por elección deliberada, Fidel Castro y Nasser avanzaban en direcciones distintas. Al romper con el colonialismo europeo, Egipto se aseguró cierta comprensión por parte de Estados Unidos, que se manifestaría en favor de Egipto cuando la expedición de Suez, y cierta simpatía por parte de la URSS, que otorgó créditos en momentos en que los comunistas egipcios morían en los campos del desierto. Cuba, por el contrario, sólo hallaba ayuda en el Este, porque una actitud intermedia habría exigido que se contemplaran los privilegios norteamericanos. Mientras que Nasser adoptaba un neutralismo hecho de compromisos, Fidel Castro se orientaba hacia una posición extrema que lo llevaría más lejos de lo previsto en enero de 1959. Osaba cambiar de pies a cabeza la economía del país, cosa que Nasser no se atrevió a hacer, y esa audacia lo alejaba de Estados Unidos y lo acercaba a la URSS. Su revolución económica, así como la actitud internacional que ésta provocaba, modificaban radicalmente la fisonomía política de su movimiento.

A cada ataque de Estados Unidos, a cada gesto de solidaridad de la URSS, correspondían defecciones de los moderados y un refuerzo del Partido Socialista Popular. Este llegó pronto a hablar alto, a hacerse oír y a pesar en los acontecimientos. Prudente en los primeros meses, luego se fue afirmando cada vez más. Su victoria decisiva llegó a mediados de 1960, cuando la Texaco y la Standard Oil se

negaron a refinar petróleo soviético (lo que provocó su nacionalización), y cuando Estados Unidos decidió reducir la cuota de azúcar. En lo sucesivo el comunismo cubano quedaría instalado sólidamente, y más cuando estos hechos empujaron al gobierno revolucionario a confiscar las empresas norteamericanas, a socializar precipitadamente toda la economía. La aprovechó para acentuar su ventaja: quienes podían molestarlo fueron denunciados como contrarrevolucionarios, acusación que no perdona. Así fue cómo acomodó a sus hombres en los puestos claves, particularmente los sindicatos obreros y las cooperativas agrícolas. David Salvador, elegido por Fidel Castro para dirigir un sindicato, fue a la cárcel y se vio reemplazado por un comunista. La depuración alcanzó a la misma guardia personal de Fidel Castro, compuesta por hombres que le eran fieles en cuerpo y alma.

En Cuba, como en otros lugares, hay campo de acción para el oportunismo. Luego de caer Batista era demasiado tarde para entrar en el Movimiento "26 de Julio", montado ex-profeso para derribar a la dictadura. Todavía había tiempo para adherirse al partido comunista. Y no faltaron reclutas cuando la ciega hostilidad de Estados Unidos y la ayuda chino-soviética llevaron al PSP a la cresta de la ola. En todas las iglesias, sectas y confraternidades, los neófitos son de lejos los más peligrosos. Los neófitos del PSP no escaparon a la regla. Y los dirigentes del partido, viendo claramente la oportunidad que se les ofrecía, supieron jugar dos cartas maestras: por un lado se afirmaban fidelistas, fidelistas de puro cuño, si no más fidelistas que el propio Fidel Castro al menos más fidelistas que sus camaradas; y por otra parte denunciaron como tibios —o sea, en ese contexto, contrarrevolucionarios— a los que no compartían su exceso demagógico. Así irían a parar a la tiniebla exterior algunos de los partidarios más sinceros de Fidel Castro, y su sitio sería ocupado por "revolucionarios" de última hora, más hábiles en su propaganda y en sus ma-

niobras que lúcidos o valientes en la época de las guerrillas.

¿No adivinó Fidel Castro ese juego peligroso, no pudo neutralizarlo desde un principio? El es el único que podría contestar. Pero los hechos muestran que, cuando la victoria era reciente, evitó que el partido comunista se apropiara de una revolución que no le pertenecía. El fue quien impidió al principio que el PSP tomara control de los sindicatos, él fue quien puso "barbudos" en los puestos claves. La ceguera de Estados Unidos volvió más y más indispensables los apoyos interesados que Castro podía hallar en la extrema izquierda. Y sin duda consideró que ya no podía prescindir de ellos, y que debía hacerles un sitio más importante el día que la guerra del petróleo y la guerra del azúcar, seguidas por el aumento de la ayuda soviética, marcaron el punto culminante de la crisis.

Las consecuencias de esa política no dejan de ser trágicas. Algunos revolucionarios, que supe llenos de ardor en enero de 1960, empezaron a experimentar dudas a mediados de año. Algunos están hoy en la cárcel sin haber hecho más que servir fielmente a la revolución. Otros conservan títulos y funciones pero se encuentran paralizados, no osan ya expresar sus opiniones y han dejado de escribirme. Los más temerarios renuncian a sus sentimientos para continuar avanzando: ya no podemos elegir —dicen— más que entre volver atrás, lo que marcaría el fracaso de la revolución, y seguir la corriente, lo que desnaturaliza la revolución que soñamos.

Sabiamente orquestados por los elementos extremistas, el temor y la sospecha hacen dramática reaparición en la escena cubana. Auténticos obreros de la revolución dejan de hablar en cuanto se acerca un personaje cuyo único mérito es ser un comunista bien colocado. Porque también ellos pueden volverse sospechosos de la noche a la mañana, es decir, en la mayoría de los casos, culpables. Casi ninguno de los jefes políticos emigrados, que hacen tanto ruido en Miami, querían realmente una revolución.

Tienen sus agentes en Cuba. Pero también hay en Cuba verdaderos revolucionarios que están en la cárcel, o en la cuerda floja, u ocupando funciones pero reducidos a la impotencia o rehusando interrogarse sobre los métodos políticos utilizados. Estos últimos se absorben enteramente en la acción social y económica, y los progresos que realizan día a día les permiten alejar sus dudas sobre el sentido de la revolución.

Pero los regímenes corrompidos y tiránicos que Estados Unidos sostuvo durante más de medio siglo hacían inevitable la revolución. Unos podían deseársela, otros temerla y otros resignarse: la explosión era inevitable. Si no se trataba de una simple revuelta de palacio, la revolución debía necesariamente clavar el puñal a las estructuras políticas y económicas que, mientras subsistieran, harían posible y hasta probable una vuelta al *statu quo ante*. Y esa intervención quirúrgica suscitaba automáticamente la hostilidad de Estados Unidos, preocupado por salvaguardar no sólo sus inversiones privadas, sino el acceso que éstas le aseguraban a la materia prima de los países subdesarrollados, de la que hacen un consumo exorbitante. El juego no podía dejar indiferentes a Moscú y Pekín, que vendrían inmediatamente al rescate.

¿Era inevitable que el partido comunista extendiera indebidamente su influencia, que se le permitiera eliminar a los artesanos de primera hora, que la delación se volviera un arma eficaz, que se reforzaran los controles policiales? Estados Unidos, que no sabe combatir sin pegar una etiqueta infamante a sus adversarios, gritó "al lobo" en cuanto Fidel Castro entró a La Habana. Pero la puerilidad de su propaganda no cede un ápice a la ceguera de su política. Es cierto que le habría significado un acto de heroísmo tender la mano a una revolución que minaba las bases de su posición de consumidor privilegiado de materias primas. Pero era absurdo empujar a la revolución cubana co-

mo lo hizo, conscientemente o no, hacia posiciones extremistas que atenuaban progresivamente su ejemplaridad.

Al principio de 1960, los países subdesarrollados que desconfían de los dos Super Grandes podían mirar con esperanza hacia Cuba, donde estaba abriéndose una ruta nueva. Al principio de 1961, hay lugar a preguntarse si el comunismo es el único medio de escapar al imperialismo capitalista y la miseria. ¿Green los Estados Unidos que esa coyuntura les será más favorable a largo plazo?

Pero, puede preguntarse, ¿Fidel Castro no puede corregir la situación? Hay que desearlo. Mas nada parece anunciar esa nueva fase.

F I N

INDICE

UN EXTRAÑO PROCESO	9
ENTRE LA COLERA Y EL MIEDO	19
I. EL DICTADOR	
Las leyes de la corrupción. Un suicidio teatral. La sangre inocente. "Libertad o muerte". La justicia tarda	21
II. GANGSTERS Y VERDUGOS	
El dinero, clave del poder. El infierno del juego. Asuntós de familia. Terror y corrupción. Los torturadores	31
III. LA IGLESIA	
Otros rebatos. En nombre de la moral. El santuario del Cobre. ¿Moral política? Ametralladoras o vitrales. La voz del silencio	39
IV. UN PUEBLO POBRE EN UN PAIS RICO	
Sueldos de miseria. Funcionarios ficticios. La pirámide aplastada. El dinero del pobre	47
V. LA SOMBRA PROTECTORA	
El imperio del azúcar. El viraje. ¿Paradoja? ...	55
VI. LOS REBELDES	
En el cuartel Moncada. El ataque al cuartel. La represión. ¿Por qué la revolución? "Están aterrorizados..." Vida subterránea. ¿Una revolución comunista?	

Fé de erratas

Pág. 176, l. 14: léase "denuncian no la ruptura con Washington".

Pág. 232, l. 11: léase "contra Cuba fue el embargo total; para los otros países..."

EL CONTAGIOSO FERVOR

I. UN ALBA NUEVA

Una ruta minada. Ejército de aventureros. Objetivo: el exilio. Guerrilleros y ciudadanos. Un viejo general. El derrumbe. La revolución comienza. La explosión popular. El recibimiento de la capital. La hostilidad de la prensa norteamericana. Crímenes malos y crímenes buenos. Documentos humanos... Prudencia del capital. "Ni pan sin libertad, ni libertad sin pan". La caza de las brujas 87

II. EL EJERCITO REBELDE TRABAJA

Una "nursery" en el cuartel. Hornos y casas prefabricadas. Escolares en lugar de torturadores. El pistolero y San Francisco 109

III. LA TIERRA PARA LOS CAMPESINOS

Los grandes fundos. Con los "precaristas". Tractores y arroz. Vínculos rotos 117

IV. AL SERVICIO DEL PUEBLO

"Revolución es trabajar". Transformación de la lotería. Arquitectos tan jóvenes... Las virtudes del alcohol 125

V. LOS DOS HERMANOS

En un bar. El alma de la revolución. Jefe del ejército a los 28 años 135

VI. EN LAS NARICES DEL MONSTRUO

El ritmo de la revolución. "Un pueblo que desea morir...". La estrategia del azúcar. El "robo económico" 143

VII. DE BANDUNG A LA HABANA

Diplomacia en la peluquería. Una prueba para los dos bloques. ¿Fidel Castro o Trujillo? 155

VIII. MECANISMO DE LAS DEFECCIONES

La huida de los honestos. La visión ideal. "Patriotismo de polvos de arroz". El mesianismo 163

IX. EL ANTICOMUNISMO Y LA IGLESIA

¿Qué socialismo? La capa religiosa. "El comunismo está dentro". La jerarquía aprueba y critica. Diferencias importantes. Tumulto y respuesta. El caso de "La Quincena". Entre Washington y Moscú 177

X. ¿UNA VICTORIA PARA MOSCÚ?

La libertad de prensa. El aparato político. La socialización total. El quid del asunto. ¿Un plan preestablecido? 197

CONCLUSION. EL DESVIO 249

Este libro se terminó de imprimir
el 1º de setiembre de 1961 en los
Talleres Gráficos "33" S. A. — Piedras
522 — para las Ediciones MARCHA.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
<http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm>